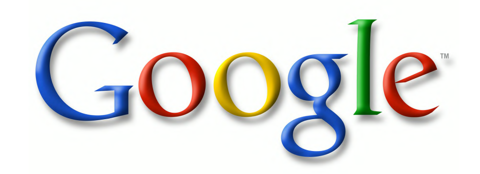
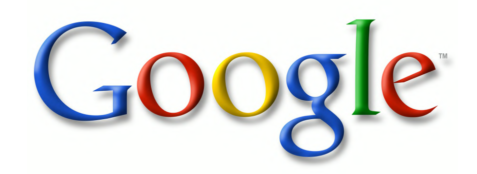



Google







A la señora
Eulogia del Campo de Pi
Su amigo i A. S.
Vicente Grez

VIAJE DE DESTIERRO

VICENTE GREZ

VIAJE

DE

DESTIERRO



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73

1893

A mis amigos Francisco Antonio Pinto, Ricardo Matte Perez i Valentin Letelier, con quienes pasé, durante la Dictadura, una agradable temporada de Penitenciaría, en un mismo calabozo.

VICENTE GREZ



VIAJE DE DESTIERRO

I

En la mañana del 3 de Julio de 1891 el dictador Balmaceda abre las puertas de la cárcel de Santiago a setenta detenidos políticos i los hace embarcar en un tren espreso que seguirá en marcha a Valparaiso, en cuya bahía espera el vapor ingles *Bolivia* para conducirlos a Iquique.

Los alrededores de la cárcel estan invadidos por un inmenso jentío: damas de la mas distinguida sociedad se confunden con los hombres i las mujeres del pueblo, i al aparecer los reos, en medio

de una doble fila de soldados, todas las manos se ajitan, saludando en silencio a las víctimas de la tiranía, demostracion elocuente que pone de manifiesto lo unánime del sentimiento público a favor de la revolucion.

El tren parte en medio de mudos adioses i todavía los sombreros i los pañuelos se ajitan en el aire, como votos de felicidad i de pronto regreso. Hasta en las mas lejanas i humildes chozas del camino se ven grupos de mujeres i de niños patriotas que al pasar nos saludan cariñosos i anhelantes. Uno que otro hombre viejo o inútil, pues los demas estan en los ejércitos, baten tambien su sombrero a nuestro paso. La impresion que estas manifestaciones producen en el ánimo de los que se alejan, es que todo el mundo odia al dictador i confía en el triunfo de la santa revolucion.

El viaje tiene para nosotros una estraña mezcla de alegría i de tristeza. Despues de largos meses de prision, respiramos el aire libre de la campiña; nuestros pulmones se ensanchan al contemplar el vasto horizonte; pero mi corazon, dolorosamente atormentado por la situacion angustiosa en que está la patria e inquieto por su porvenir, solo recobra su entereza en presencia de la fé profunda i sin nubes que se desborda del alma de la juventud que me rodea. ¡Heróicos i je-

nerosos muchachos! Todos van a ofrecer sus vidas en rescate de nuestras viejas instituciones, i sus ardorosos pechos confían en la victoria con la misma sinceridad con que a los veinte años se cree en la eternidad del amor primero.

Casi al anochecer, pues la noche desciende temprano en el mes de Julio, entramos en Valparaiso, i el tren se detiene frente al muelle del Matadero. Se nos va a embarcar como a las bestias destinadas al consumo.

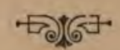
Un piquete de caballería, cuyos soldados estan armados de carabina i de sable, vijila a los inermes prisioneros. Se nos forma en fila, se nos revisa uno a uno i se comprueba la identidad de nuestras personas, leyéndose en alta voz una lista que contiene nuestros nombres. Tan esquisitas precauciones tienen por objeto evitar que se deslicen, confundidos entre nosotros, algunos de los muchos patriotas que anhelan por ir a prestar sus servicios a la revolucion. A pesar de estos cuidados, ya hai ocultos en las bodegas del *Bolivia* una docena de jóvenes que van a incorporarse al ejército de Iquique. Los patriotas son como los amantes: vencen con facilidad los obstáculos que para otros serian insuperables.

El mar está mui ajitado; enormes olas se despedazan impetuosas contra las rocas de la playa i contra las columnas del muelle, haciendo crujir

su enmaderacion. Se prepara el temporal que al dia siguiente echó a pique una media docena de naves, haciéndolas chocar entre sí o contra los tajamares de la esplanada. Parece que el dictador tuviera a sus órdenes esas furiosas olas i las ajitara para hacernos sentir su indignacion. Todos miramos con antipatía i recelo a ese mar torpe e injusto que en vez de recibirnos con benevolencia nos manifiesta un encono impropio de su grandeza.

Nunca me he sentido noblemente conmovido en presencia del mar. ¡Es tan desleal i tan falso! ¿Quién puede confiar en su aparente calma i quién no tiembla ante sus ciegas furias? ¡Oh, la tierra!, ésa sí que es noble i buena! Hasta en la muerte nos presta albergue cariñoso a la sombra de sus árboles i nos conserva para siempre en su seno; miéntras que el otro hace lo que no haria un bandido, nos arroja de sí i niega una sepultura hasta al mas grande i bueno de los hombres.

I si otra vez me embarco, ya sabré guardar el secreto de estas líneas, que no me las perdonaria nunca el vengativo mar.





II

A pesar de la reserva con que la autoridad procede para que el embarque de los prisioneros no sea conocido del público, algunas personas llegan hasta el muelle i consiguen saludarnos. En alta voz hablan de cosas insignificantes, miéntras en tono bajo i aparentando distraccion, nos informan de la situacion política de Valparaiso i de los trabajos que se organizan para derrocar la tiranía. Desde la mañana de ese dia circulan tristes rumores: se ha descubierto una conspiracion para entregar a la escuadra dos de las pequeñas torpederas. La *Guale* pretendió escapar, pero su intento fué frustrado i sus tripulantes captura-

dos. Se hacen en la ciudad numerosas prisiones. Es la eterna historia de los fracasos de los pueblos que luchan por su libertad.

Se da la órden de embarco, i una de las grandes lanchas que sirven para el trasporte de los bueyes está ya repleta de pasajeros e inmediatamente se dirije a bordo del *Bolivia*, fondeado mui afuera de la bahía. Otra lancha vacía ocupa su lugar i los prisioneros la asaltan deseosos de encontrarse a bordo, léjos del dictador, i a la sombra de una respetable bandera estranjera que es garantía para todos.

El temporal arrecia con violencia i gruesos goterones caen sobre nosotros; la embarcacion es levantada por las olas a una altura increible, i luego desciende al fondo del abismo que a su vez se convierte en una nueva montaña. El descenso es tan profundo que se pierden de vista los mástiles de las naves i hasta las pobladas montañas, i al ascender de nuevo surje la elegante ciudad i la bahía cubierta de buques. En medio de nuestra zozobra el espectáculo nos entretiene i hasta nos encanta.

De improviso se acerca a nosotros una gran lancha vacía gobernada por algunos remeros i en cuyo centro se ve de pié a un oficial que nos ordena trasladarnos a su bordo. Es difícil i mui peli-

groso dar cumplimiento a su órden en medio del ajitado mar. Hai resistencias i protestas de nuestra parte; pero el oficial insiste con tono i actitud impertinente.

—¿I para qué desea usted que nos traslademos a su lancha?

—Porque la de ustedes debe regresar para conducir al *Bolivia* a los demas prisioneros.

—¿I por qué no los conduce la de usted, que está vacía? Eso es lo mas natural.

—Así será; pero es la órden que tengo i la haré cumplir.

En medio de este incidente que amenaza convertirse en una agresion, llega hasta nosotros un bote a vapor, mandado por un ingles.

—Pero, señor oficial, dice el buen británico con calmado acento, lo que usted exije es peligroso para estos caballeros. Ya ve usted que las lanchas no pueden juntarse i hai un verdadero peligro en trasbordarlos.

—Esa es la órden.

Pero en nuestra lancha nadie se mueve para dar cumplimiento a la órden inhumana del oficial. De improviso notamos con agradable sorpresa que la embarcacion se aleja rápidamente remolcada por el vaporcito, i pronto nos encontramos frente a la escala del *Bolivia*, que asaltamos con

denuedo, i ya a salvo sobre su vasta cubierta. Algunos esperaban todavía ver aparecer la lancha del oficial para exijir el cumplimiento de la órden; pero por fortuna no volvimos a ver al impertinente i cruel sayon.





III

Poco ántes de las doce de la noche el *Bolivia* parte con rumbo al norte; lleva sus bodegas repletas con un valioso cargamento para el ejército dictatorial que acampa en la provincia de Coquimbo. Sus camarotes tambien estan ocupados en su mayor parte por viajeros i comerciantes de la costa que iran desembarcando en los diversos puertos. Pocos de nuestros amigos obtienen un alojamiento, los demas arreglan sus lechos sobre las mesas i sofáes del comedor, o en pleno aire, sobre la cubierta.

Es hermoso ver marchar el vapor iluminado en medio de la negra noche. Lo imprevisto del viaje i el contraste que ofrece nuestra vida de hoi con

la de ayer, hace que esta escursion tenga para nosotros algo de fantástico. El mismo temporal que nos azota, haciendo bambolear i crujir la nave, da cierto tono épico a la aventura. Se han apagado las luces de los camarotes i solo el comedor está iluminado débilmente; pero mui pocos son los que duermen; muchos se pasean desvelados en la cubierta, i los que descansan en sus lechos charlan en voz alta impidiendo el sueño de los otros. El *Bolivia* se cimbra demasiado, las camas improvisadas se resbalan sobre los cojines de cuero, los cristales se chocan i producen un estrépito alegre, un canario que viaja en una jaula de bronce canta burlándose de la tormenta, i mi vecino, que yo creia dormido, levanta la cabeza i me dice que si él tuviera alas como el canario, tambien cantaria i sobre todo no haria el viaje en un barco tan incómodo como el *Bolivia*.

A la mañana siguiente vemos aparecer algunos rostros pálidos por el mareo, pero que sonrien satisfechos comparando el calabozo del dia anterior con el inmenso i libre horizonte que se estiende ante su vista.

El dia es de alegre charla; se comenta nuestro viaje i destierro. ¿Estamos en libertad o se nos dejará en Coquimbo, vijilados por Carvallo Orrego, léjos de nuestras familias i amigos i de las ocultas influencias de los grandes centros de po-

blacion? ¿Se nos conducirá a las Islas de Pascua, como se susurraba en Santiago i Valparaiso? Hasta esta idea desagradable nos divierte.

La dictadura, vista de cerca, es canalla i ruin; pero desde el mar es simplemente grotesca. El vanidoso déspota, que tiene en sus manos la vida, el honor i la fortuna de los pueblos, es impotente en el océano, que solo puede recorrer a tientas. ¡Qué cómica i qué divertida se divisa de léjos la abigarrada chusma que esplota i aplaude al tirano! ¡Cómo avanzan hácia la Moneda en alegres partidas los aventureros de todas partes con el pecho henchido de ambicion i de esperanza! Injeniosos artistas que hasta entónces no se habian atrevido a pasar cerca de la policía, entran ahora triunfantes i en pleno dia al Congreso, a los Tribunales de Justicia, se hombrean con los Ministros de Corte, con los Senadores i con los Ministros de Estado en la intimidad de los compinches...

Miéntras meditamos en el angustioso i cómico carnaval que ajita al pais, el vapor sigue indiferente su carrera. Anochece i no tendremos el placer de ver hasta el dia siguiente la anchurosa i alegre bahía de Coquimbo. Al fin se divisa su faro, cuya luz parece elevarse a inmensa altura i descender despues hasta el nivel del mar, como movido por una máquina poderosa, ilusion producida por el movimiento del vapor. Pasamos

cerca de varios buques ingleses i americanos que forman la estacion naval estranjera en el puerto de Coquimbo i fondeamos, casi a media noche, frente a la pequeña pero elegante ciudad, cuyos faroles de gas nos diseñan su radio.

Al amanecer del dia 5 se presenta a mi vista la inmensa bahía en la que podrian evolucionar cómodamente las mas grandes escuadras. La Serena está oculta por una espesa bruma que aumenta el humo de las chimeneas de sus hornos de fundicion. Una tenue claridad, producida por la incesante labor de las fábricas, indica el sitio donde reposa la antigua ciudad que fundó el capitan Bohon por órden de Pedro Valdivia.

Las nubes dejan en descubierto una série de suaves colinas cubiertas de alegre verdor que se prolongan hasta Coquimbo. Entre estas ciudades se ostenta como una inmensa mancha oscura, el bosque de eucaliptus, propiedad del señor Lambert i algunas aisladas quintas cuyos edificios parecen abandonados por la guerra. Pero lo mas orijinal, lo que fija con preferencia la atencion del viajero, son las grandes rocas amarillas o de un gris claro, que forman la estraña colina de creacion calcárea que se estiende al este de la bahía de Coquimbo i llega hasta la misma ciudad, semejando las ruinas de un pueblo marino formado de arcillas, de margas i de jaspes.

Ademas de los buques de guerra hai en la bahía una docena de naves mercantes; pero como el mar sigue mui ajitado, la inmovilidad comercial es completa. Los viejos habitantes de Coquimbo aseguran que desde hace cuarenta años no se sabe de un temporal parecido en esta bahía eternamente impasible.

La ciudad parece desierta a pesar de estar ocupados sus alrededores por un ejército de diez mil hombres, i ni siquiera la novedad de ver llegar un vapor cargado de prisioneros lanza a la calle o al muelle a sus indolentes habitantes. Solo cuando el capitan de puerto se dirije al *Bolivia* se ve en la plaza un grupo de paraguas que resguardan de la lluvia la personalidad de algunos empleados públicos.

Un movimiento de curiosidad se produce entre los pasajeros del *Bolivia* al ver llegar al capitan de puerto acompañado de varios oficiales del ejército dictatorial. Son estos honorables sujetos los que sostienen aquí la tiranía de Balmaceda i se aprestan a pelear los primeros contra el ejército constitucional que se organiza en el norte, i cuyos primeros batallones ocupan la provincia de Atacama i sus avanzadas amenazan a la Serena.

Uno de los jóvenes prisioneros reconoce al capitan de puerto i comunica en voz baja su

nombre i antecedentes a sus demas compañeros. La hilaridad, la sorpresa i la alegría se pintan en los rostros de todos cuando se sabe quién es el capitan. Algunos rien a carcajadas i pretenden organizar una manifestacion en honor a la primera autoridad, pero los mas discretos la evitan recordando a los imprudentes que todavía estamos en aguas dictatoriales i que a la menor lijereza de nuestra parte se nos puede hacer desembarcar.

Pero cuando el capitan de puerto regresa a tierra en la falúa oficial, gobernada por ocho robustos remeros, sobre cuyas cabezas ondea avergonzada la bandera tricolor, las comprimidas risas estallan sonoras en la cubierta del *Bolivia*.

El capitan, que tiene el grado de teniente coronel del ejército dictatorial, ha sido payaso de uno de los circos que periódicamente recorren las principales ciudades de Chile. Algunos dudan de la verdad de este descubrimiento, pero los empleados del vapor la confirman: conocen personalmente, uno a uno, a todos los acróbatas porque muchas veces los han conducido con sus carpas a bordo de la nave.

Este hallazgo me llena de entusiasmo i corro a saludar al brillante guerrero; pero éste, receloso, parece comprender que su disfraz no le ha ocultado lo bastante, i trata de evitar toda manifestacion; pero yo, sombrero en mano, le hago desde

la cubierta la mas amable reverencia, i él me contesta con aire galante, el brazo estendido con bondadoso desenfado i los dedos de la mano recojidos en forma de canastilla, i este arranque natural me revela por completo al artista ecuestre.

Las risas estallan a bordo miéntras el bote se aleja llevándose al payaso vestido con el traje de los oficiales superiores del ejército de Chile i cobijado bajo nuestra gloriosa bandera.

En la tarde el mar está mas tranquilo i se da principio a la descarga del vapor. Grandes lanchas repletas de harina, de charqui, de fardos de pasto seco, se dirijen al muelle i pronto regresan vacías para repetir su tarea. El trabajo se hace con actividad, como si se temiera ver aparecer alguna nave de la escuadra constitucional que sin duda recojeria para sí la valiosa presa cuyo valor se estima en doscientos mil pesos. A bordo del *Bolivia* se hacen votos por que esa nave aparezca, capture la carga i dé libertad a los prisioneros que aun se creen amenazados.

Todos los datos recojidos respecto al estado de la opinion pública en la provincia de Coquimbo son desfavorables a nuestra causa; la mayoría de los coquimbanos pertenecen al partido del dictador, i esplican su adhesion al infame réjimen diciendo que Balmaceda les ha prometido un ferrocarril, ni mas ni ménos como se disculparía

una mujer de haber perdido su honor porque su amante le habia ofrecido un aderezo. Cuando tales frases se escuchan en boca de personas decentes sin que el rubor les encienda el rostro, parece que la dictadura se debiera, mas que a Balmaceda, al espíritu de corrupcion que jermina en algunas provincias i que fuera, mas que la obra de un hombre, el efecto de una situacion.





IV

La mañana del dia 6 aparece iluminada como mañana de primavera. En el cielo se ajitan blancas nubes que el sol parece empeñado en despedazar. Las mas oscuras i espesas se ciernen sobre la Serena; pero un oblícuo i largo rayo de sol, que semeja el dedo de alguna divinidad, desciende sobre el pueblo como para indicarnos su sitio. Gracias a esta luz se divisan las torres i edificios mas elevados que surjen de entre el verde follaje de los huertos. La Serena es una ciudad de flores, de mujeres bonitas i de dictatoriales. Tiene todo lo bueno i lo malo que puede crear la naturaleza, i esto sin contar a sus famosos gatos, los mas lindos de Chile, de suave i eléctrica piel.

Las suaves colinas que circundan la bahía parecen mas verdes i alegres que el dia anterior, como si se regocijaran al sentir el calor que desciende del cielo. Una brisa acariciadora llega hasta el *Bolivia*. Se aspira olor de toronjiles i de claveles.

El mar, mucho mas calmado, reproduce el brillo del cielo i su ajitacion no tiene el aspecto tenebroso de la cólera, sino el del contento. Los buques anclados dan tambien señales de alegría; los marineros estienden sus ropas al sol como si hubieran perdido el temor a que una nueva tempestad las moje, i del barco de guerra ingles se escapan los acordes de una banda de música. Esta mezcla de luz, de fragancia i de armonia nos hace felices i olvidamos todos nuestra situacion de presos i nos creemos séres libres.

Si no me dominara la idea de los grandes peligros que amenazan a la patria, quisiera vivir en este sitio que invita al descanso. En una de esas blancas casitas ocultas entre las arboledas puede uno amar i ser amado por algunos dias, aprovechando una temporada de ternura, no mui larga, para que la fiel amada no se aburra i se escape con algun capitan de buque.

Durante todo el dia continúa la descarga del vapor, tarea que se termina en la noche.

Algunos pasajeros dictatoriales que desembar-

caron en Coquimbo regresan a bordo con noticias siniestras que revelan en la mayor reserva a varios de los prisioneros. Tanto en Coquimbo como en la Serena se repite que los prisioneros políticos serán enviados a las Islas de Pascua. Esta noticia, que confirma los rumores que sobre el particular circularon en Santiago i Valparaiso, es creida por muchos, i en el acto se organiza una resistencia para dirijir el buque, por la razon o la fuerza, hácia el primer puerto ocupado por las armas constitucionales. Figuran al frente de este movimiento salvador los señores Juan Walker i Pedro María Rivas.

En tan críticas circunstancias se descubre entre nosotros a un marino capaz de dirijir las difíciles maniobras del *Bolivia:* este improvisado hombre de mar es el célebre corresponsal de *El Mercurio* durante la campaña contra el Perú i Bolivia, don Eloi T. Caviedes. La empresa es atrevida i la responsabilidad inmensa, i aun cuando algunos temen ir a parar al polo antártico o a los abismos del mar, semejante cambio de itinerario no seria peor que el de las Islas de Pascua.

La noche, que es sabia consejera cuando uno duerme tranquilamente en su lecho, no lo es tanto cuando se pasa en el camarote de un buque, sintiendo el salva-vida bajo las costillas como una permanente amenaza; la noche, repito, en vez de

disipar estos temores, les dió con sus sombras mas vastas proporciones.

El vapor aviva sus fuegos, preparándose para la partida, i los que estan al cabo del misterioso proyecto avivan tambien su decision i entusiasmo para el ataque. Se preparaban las armas: cuatro revólvers.

Los que miran con calma el desarrollo de esta aventura se creen tan víctimas del dictador como de sus propios amigos i salvadores. No se escucha la voz de la prudencia, que es estimada como un sentimiento de cobardía; como en estos casos lo que mas se teme es aparecer como un cobarde, al fin todos, los que se imajinan que se les conduce a la Oceanía como los que creen que se les lleva a Iquique, estan de acuerdo para organizar el plan de resistencia. El fondo de esta comedia no puede ser mas divertido: unos van a combatir porque el vapor se dirije a Iquique, i otros porque marcha hácia las Islas de Pascua, i todos de acuerdo!

Al fin el vapor abandona la bahía de Coquimbo sin que su tripulacion se dé cuenta de la oculta zozobra que domina a los viajeros; pero el aire inquieto i las misteriosas conferencias de los conspiradores llama la atencion del contador i pronto recelan los unos de los otros. Felizmente el ataque se postergó para el dia siguiente, pues

hasta ese momento la aguja de Caviedes estaba de acuerdo con la del capitan: el vapor sigue hácia Caldera, sin alejarse de la costa de Chile, cuyas sombras divisamos a la débil claridad de una luna poco llena.

Uno de nuestros compañeros cometió la indiscrecion de interrogar al capitan sobre el rumbo que seguia el *Bolivia* i el destino de los pasajeros; le revela los rumores que circulaban en Coquimbo i que traian alarmados a los ex-reos políticos.

El capitan, un ingles de carácter franco i caballeroso, i mui decidido amigo de la revolucion, al escuchar estas revelaciones se echó a reir de una manera casi impropia de la mesura i etiqueta británicas. La bandera inglesa, la libre i gloriosa bandera que cubre los mares, no se presta jamas a esas traiciones.

Los cuatro revólvers vuelven a sus cajas, Caviedes pierde la oportunidad de conducirnos equivocadamente a las islas de Pascua, i los conspiradores se echan a dormir tranquilos i al parecer mas satisfechos de este resultado pacífico que de una gloriosa pero sangrienta victoria.





V

Pero si el peligro personal que corrian los viajeros se ha disipado en una sencilla esplicacion con el capitan del *Bolivia*, aun nos molesta otra mala noticia recibida a la hora de nuestra partida de Coquimbo. Un escuadron de caballería dictatorial ha sorprendido en el valle del Huasco a la caballería constitucional que manda el bravo comandante Ovalle.

En medio del desórden de una sorpresa, nuestra tropa no ha tenido tiempo de organizarse, siendo en su totalidad dispersada. Casi todos los oficiales habrian caido muertos, heridos o prisioneros en esa triste noche.

Estas noticias las recibimos con la correspon-

diente reserva, pues siempre los triunfos de Balmaceda se exajeraban hasta hacerse inverosímiles. Esta vez, sin embargo, nos hace dar crédito a la version del momento el carácter de sorpresa que se le atribuye en medio de la improvisada fiesta de una cazuela.

Siempre las cazuelas nos han sido fatales, i de esto tenemos en nuestra historia militar mas de una leccion sangrienta. Las cazuelas i la imprevision han sido los dos mas grandes adversarios de Chile. ¿Cuál de las desgracias públicas que nuestra historia lamenta, no ha tenido su oríjen en la imprevision, en la confianza o en la cazuela?

Suplementos a los periódicos de Coquimbo i de la Serena que llegan ocultos hasta el vapor, anuncian en pomposos títulos el triunfo del dictador.

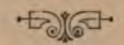
Todos lamentan la muerte de algunos oficiales conocidos, la magnífica tropa perdida en un encuentro que bien pudo evitarse, siendo la caballería de nuestro ejército tan escasa i difícil de reemplazar.

El *Bolivia* marcha hácia Caldera marcando diez millas por hora. De improviso se descubren varios humos en el horizonte. Son naves de la escuadra constitucional que se dirijen al sur.

La distancia considerable a que el *Bolivia* marcha ahora de la costa despierta sospechas en

nuestras naves de guerra: el *Cachapoal* se detiene sobre su máquina miéntras la *O'Higgins* sigue en nuestro reconocimiento. Hai un momento de persecucion; el capitan del *Bolivia* comprende lo que pasa i detiene la marcha de su nave. Los dos buques amigos se aproximan, i al reconocerse, un viva estruendoso se escucha a la vez en el vapor i en la corbeta. Un oficial de la *O'Higgins* pasó a bordo del *Bolivia*.

Ya se sabia en Iquique el combate de Vallenar, que no habia sido tan ventajoso para las armas dictatoriales como lo aseguraba la prensa de Coquimbo; i la escuadrilla que estaba a nuestra vista conducia un refuerzo de mil hombres para el valle del Huasco. Se charla un instante con el jóven marino, se le confunde a preguntas sobre el número i organizacion del ejército del norte i se le obsequian los suplementos que sobre el reciente combate han dado a luz los periódicos de Coquimbo. El marino contesta con sonrisas i medias palabras que nada dicen, i regresa a su nave miéntras el *Bolivia* continúa su interrumpida marcha hácia el norte.





VI

El 8, a medio dia anclamos en la magnífica rada de Caldera. Un sol ardoroso, que se asemeja mucho a un sol tropical, cae sobre nosotros.

Caldera causa una triste impresion: a primera vista se conoce que es una ciudad casi abandonada i en plena decadencia. Sus anchas calles desiertas, algunos grandes edificios construidos en la época de su prosperidad i que hoi, vacíos en su mayor número, se arriendan casi de balde, manifiestan la instabilidad de esa riqueza minera, que improvisa grandes pueblos que viven un dia. Caldera tiene mas que ninguna otra ciudad del norte el aire de un campamento, es desparramada i baja; los pocos edificios que se alzan sobre los

demas, recuerdan las ilusiones que sus dueños concibieron de crear un pueblo elegante, donde se acumulara la vida industrial de Chile i la riqueza inmensa de Chañarcillo.

Estos pueblos mineros, sin pasado i sin porvenir, entristecen el ánimo de una manera desdeñosa: nacen, viven i mueren sin alcanzar a formarse una historia i una civilizacion; sus ruinas son de madera i sus obeliscos el horno de fundicion apagado por el agotamiento de la mina. En medio del torbellino de la lucha por la vida, del anhelo por adquirir una fortuna rápida, no se créa nada sólido i que viva mas allá del hombre. Llenarse los bolsillos i embarcarse precipitadamente para ir a disfrutar en otra parte de la fortuna que se le ha arrancado a la tierra, es el empeño de todos; i sin embargo, aquí es donde se ha forjado la raza mas pujante de Chile, la que ha conquistado el desierto palmo a palmo, la que ha invadido con su espíritu de progreso el Perú i Bolivia, la que ha construido con su oro i sus potentes brazos los grandes ferrocarriles de la América meridional, el de Antofagasta a Oruro i el del Callao a la Oroya, la que se habia apropiado Tarapacá mucho ántes que la *Esmeralda* se hundiera en la inmortal hazaña de Iquique.

El hombre del sur que llega a estas rejiones, tanto el porfiado huaso de Colchagua, como el

agreste i varonil montañes del Ñuble i el ratero, pero habilísimo roto de Santiago, se trasforman como por encanto en ciudadanos que tienen conciencia de su valer. El alto jornal les da independencia i crea en ellos necesidades de hombre civilizado; el duro trabajo de horadar montañas i descender al fondo de la tierra para estraer sus riquezas, desarrolla su atrevimiento i sus fuerzas; i el patron agrícola, que cuida el zapallo i los porotos con una vijilancia que no se tiene en el norte con las barras de plata i las pepas de oro, ha sido reemplazado por otro mas desprendido i ménos vijilante.

Las calles de Caldera están cubiertas por una gruesa capa de arena que a medio dia el sol caldea con sus ardientes rayos. Esas arenas parecen llegadas del desierto arrastradas por los vientos, i se piensa que con los millones que los mineros derrocharon en otro tiempo en sus rumbosas francachelas, este pueblo podria tener sus calles cubiertas con arenas de oro, que ahora los ociosos del sur recojeríamos a puñados.

Hai en la ciudad dos o tres restaurants de aspecto mui decente i cuyos comestibles agotaron los setenta prisioneros del *Bolivia*, ya convertidos en hombres libres i con buen apetito. La comida del vapor nos tenia desesperados, nó porque fuera mala, sino por la detestable salsa con que se con-

dimenta desde la sopa hasta los postres; todos protestaban de ella i la comian gruñendo. Faltaba un hombre de carácter que, como en las revoluciones, se pusiera al frente de los descontentos; este hombre apareció mas tarde, en la travesía de Caldera a Antofagasta, i el aborrecido aliño fué suprimido de nuestros platos, con gran contentamiento de los ingleses, que doblaron su racion. Esta salsa, mas vieja que la Magna-Carta, está encarnada en la cocina inglesa como el parlamentarismo en sus hábitos políticos, i es estraño que la gran nacion que ha producido un Bacon, un Shakespeare i un Gladstone, no haya dado a luz todavía a un Savarin, que eche abajo esa detestable droga.

De la pasada grandeza de Caldera quedan dos monumentos vivos: la gran maestranza que era, i no sé si todavía lo es, la primera de Chile, i el histórico ferrocarril a Copiapó i Juan Godoi.

Fué en esta parte del continente sud-americano, donde la locomotora dejó oir sus primeros silbidos, hace ya cuarenta años. Este grito del progreso debió resonar en las montañas i en los valles como algo misterioso i aterrador; esa gran bestia irresistible cuyas fibras de acero han ido estendiéndose por todo el continente, sin que cordilleras i rios la detengan, miró por primera vez con su ojo penetrante estas inmensas soledades

donde ahora domina sin rival. Todos los leones de la cordillera i de las sierras, todos los monstruos de los rios, de las llanuras i de los bosques de América debieron sentirse sobrecojidos de espanto ante la nueva fiera bienhechora que venia a disputarles sus dominios, i este grito humano i civilizador partió de Chile, partió de aquí, de estas rejiones que sufren hoi una decadencia pasajera.





VII

La gran novedad que ofrecia Caldera en esos momentos era la presencia en ella de alguna tropa del ejército constitucional. Veia por primera vez a los soldados de esas lejiones que hicieron la campaña homérica de Tarapacá, venciendo tan completamente al grande ejército del dictador, cuyos restos .se encontraban desparramados en tierra estranjera, unos al norte i otros al oriente de Chile.

Muchos de esos soldados eran mineros de Taltal, otros de Antofagasta i Atacama i otros de las salitreras, i todos se manifestaron tan completamente convencidos del triunfo, que comunicaron a nuestro espíritu indeciso e incrédulo la fé de

que rebosaban sus corazones. Me sorprendió esta frase de un minero de Taltal:—"¿Cómo no hemos de vencer a los que están defendiendo una causa tan mala; ademas ellos están mandados por canallas i nosotros por hombres patriotas que ni sus sueldos cobran." El carácter sério, retraido i silencioso de estos soldados imponia respeto. Eran los mismos que en los campos de batalla avanzan i avanzan sonriendo, sin retroceder jamas, bromeando i riendo de la muerte. Al verlos me parecia cierta la frase que habia oido en boca de álguien: "Mas se asusta la muerte de matar a esos hombres que ellos de morir." Estaban mui mal vestidos; sus trajes blancos, de tela ordinaria, no tenian mas adorno que el distintivo de la franja colorada que ostentaban con orgullo en su brazo derecho. Tratamos de hacerlos referirnos algunos episodios de las siete batallas que en ocho dias se pelearon en Tarapacá, pero parecia que no daban importancia a esos sucesos.

Haciendo yo el elojio de su valor i de su patriotismo, uno de ellos me dijo: "Los oficiales sí que son valientes." Otro añadió: "i nos cuidan como a hermanos; nos dan hasta sus cigarros i nos prefieren en las raciones."—"¿Están, pues, contentos?"—"Bah! si todos somos voluntarios, i el que no quiera pelear se va sin que le detengan. Aquí nadie se deserta."

Al ver la firmeza i el espíritu resuelto de esta tropa, me parecia imposible no vencer.

Ya se tenia conocimiento en Caldera de la llegada a Iquique del vapor *Maipo*, que conducia las cápsulas para los Mannlincher, cañones de largo alcance i cinco mil Grass de primera clase. Estaban armados i podian marchar inmediatamente sobre Coquimbo o Valparaiso.

Álguien trató de conocer lo que pensaban los soldados de la cooperacion que los políticos i patriotas de Santiago dispensaban al ejército espedicionario, pero guardaron al respecto el mas prudente silencio.—Se conoce que solo confían en sus propias fuerzas, dijo el que los habia interrogado. Tanto mejor que así sea. Pero yo no estaba de acuerdo sobre esta interpretacion tan a fondo del silencio de los soldados.—En Santiago no se sublevarán jamas, ni harán nada! dijo uno mas impetuoso.

Con esta opinion sí que estaba de acuerdo, i a medida que avanzaba hácia el norte sentia que era la opinion unánime de estas provincias. De aquí nacían sus colosales esfuerzos por salvar al pais de una tiranía que se arraigaba, creando intereses positivos ante los que principiaban a inclinarse muchas frentes. Cuando penetraba esta horrible verdad de la decadencia moral de Chile, una especie de patriótica indignacion me dominaba.

¿Quién o quiénes eran los culpables? Buscábalos en la política que halaga i premia a los hombres aun cuando sean viles, i en el ejemplo corruptor que esto produce en los demas; i mui principalmente veia jerminar el mal en el sistema de elevar a los puestos de honor a hombres sin carácter i sin doctrina. Esa multitud de personalidades fofas, que vivian en cierta atmósfera de dignidad gracias a lo regular de nuestro sistema de gobierno, no habian sido por cierto la obra de la dictadura, sino de los partidos oficiales que trataban de formarse mayorías sumisas.

La misma Constitucion del 33, cuya defensa proclamó el Congreso secundado por la Escuadra, con su espíritu de poderoso centralismo, habia contribuido a abatir el carácter de los hombres hasta el punto de hacer de uno de los pueblos mas viriles en la guerra uno de los mas indolentes i sumisos en la política. Durante los ocho meses de la dictadura no hubo en Santiago un solo hecho que manifestara carácter personal: los sayones de la dictadura se paseaban desdeñosamente por los sitios mas concurridos de la ciudad sin que fueran molestados, sin que nadie castigara a los azotadores de mujeres. Talca, ciudad ingobernable en tiempo de libertad, vivió sumisa i tranquila aplastada por la bota de un sayon que en la mañana del 29 de Agosto huyó

de la Moneda implorando el perdon de los vencedores. En medio de esta corriente de sumision no hubo sino dos notas discordantes: el balazo de Alfredo Irarrázaval Zañartu i el zopapo de Ladislao Errázuriz. Jamas se dió un bofeton mas solemne: en medio de la ansiedad de todos i de un pomposo desfile militar, ese ruido de mejilla resonó en el pais como una esperanza i un aliento, i el bravo e imprudente coloso que lo recibió, desplomándose a su empuje, pareció como una alegoría profética de la dictadura vencida.





VIII

Una noticia desagradable circuló a medio dia entre los alegres jóvenes ex-prisioneros del *Bolivia.* Se habia recibido de Iquique un telegrama firmado por el señor Irarrázaval, Ministro del Interior, en que se hacia presente la conveniencia de que todos los que pensaban incorporarse al ejército constitucional se quedaran en Caldera.

Esta órden lójica,—puesto que la provincia de Atacama iba a ser el centro de la organizacion militar, i no convenia perder el tiempo en continuar viaje a Iquique para tener que regresar inmediatamente,—causó, sin embargo, en el espíritu de aquellos jóvenes la mayor contrariedad. Era una cruel desilusion. Todos deseaban ver a Iqui-

que, la querida ciudad que durante tanto tiempo habia sido una especie de tierra prometida. Ahí estaba el Gobierno que representaba la legalidad i cuyos hombres despertaban en el corazon de la juventud una especie de adoracion; ahí estaba el gran centro de la vida militar, Canto i Körner, el brillante e invencible ejército que habia ganado la provincia de Tarapacá, los amigos afortunados i gloriosos que habian tenido la dicha de esponer sus vidas por la libertad de la patria. Se queria ver los barrios destruidos de Iquique, la Aduana en que Merino Jarpa i sus compañeros se defendieron como héroes.

Por un momento hubo una especie de insubordinacion entre esos reclutas. ¿Se obedeceria la órden? ¿Tan rápidamente marchaban los acontecimientos que no se les permitiria dar un corto paseito por Iquique, a ellos que habian estado presos seis meses? Pero dos terribles i fieros ciudadanos, los señores Pedro María Rivas i Juan Walker, los llamaron al cumplimiento del deber. ¿Venian, acaso, a pasear? El momento era solemne: en Santiago esperaban impacientes a los libertadores; se venia a pelear i nó a divertirse. Un grito entusiasta de adhesion a estas palabras resonó en los fervorosos pechos i todos se cuadraron a la voz de *¡A Caldera!* Buscaron apresuradamente sus equipajes, se despidieron de los

amigos que seguian a Iquique i descendieron a tierra. ¡Ya eran soldados!

Entre esas despedidas nos impresionó profundamente la del jóven Horacio Lémus. Bravo i noble muchacho, nuestro amigo de prision durante cuatro meses i que tenia el presentimiento de su muerte.

—¡Acuérdese de mí! me dijo con varonil ternura, porque voi a morir en el primer encuentro. No entraré triunfante a Santiago, pues sé que no podré contenerme al divisar a esos infames.

I agregó con resignacion i casi con alegría:

—Mejor que muera jóven i en medio de un campo de batalla. ¿No es una gloria?

Fué herido mortalmente en la Placilla i espiró algunos dias despues.

Siempre le recordaré como a uno de los espíritus mas nobles, mas jenerosos i sinceros que he tenido la fortuna de encontrar en mi camino.





IX

Quisiera alejarme de Caldera sin traer a la memoria i sin consignar en estas pájinas el mas triste de los atentados que manos chilenas ejecutaron jamas contra la patria; pero ahí está visible para todos, en plena bahía, la punta del palo mas alto del *Blanco Encalada* sumerjido, que recuerda e indica el sitio de la catástrofe, como un inmenso dedo que amenazara i pidiera justicia.

La escuadra fué siempre para Chile la mas constante de sus preocupaciones; comprimido entre inmensas moles de granito, solo tiene fácil i espedito el anchuroso camino del mar, i su instinto de pueblo comercial i navegante le ha indicado que está ahí su peligro i su grandeza. Do-

minados por este sentimiento, los hombres de la revolucion de 1810 realizaron el mayor de los prodijios: la creacion de la primera escuadra nacional. Ninguno de los paises de América que luchaban por su independencia, hizo un esfuerzo mayor de patriotismo i de enerjía que el que realizó O'Higgins organizando aquellas *cuatro tablas*, de las cuales, segun su propia espresion, dependia la libertad del Nuevo Mundo. Lo que esa escuadra hizo los chilenos lo recordarán siempre: en poco tiempo nos dió el dominio completo del Pacífico, i durante tres cuartos de siglo conservamos sin contradiccion ese glorioso dominio. Pobres i desconocidos, sin rentas i sin crédito, hemos hecho los mayores esfuerzos por mantener con decoro nuestra modesta bandera, esperanzados en verla flamear algun dia sobre una escuadra poderosa; i a medida que nuestra riqueza crecia, un nuevo buque, mas fuerte que el anterior, aumentaba el poder naval de la República, en medio del regocijo de todos los chilenos.

La construccion de una nueva nave para nuestra escuadra llegó a constituir una fecha histórica; i cuando hablamos de las dotes de nuestros hombres de Estado, citamos como un ejemplo de su prevision i patriotismo la cooperacion mas o ménos poderosa que hayan prestado a la escua-

dra. No habia sobre la tierra de Chile dos monumentos que fueran tan queridos para el pueblo, como esas dos fortalezas que se mecian en el mar: el *Cochrane* i el *Blanco Encalada.*

Vimos durante la campaña hechos tan monstruosos, que los chilenos llegamos a imajinarnos que Balmaceda podia intentarlo todo, lo mas audaz i lo mas cínico; vimos talar los campos, saquear el Erario, azotar mujeres, glorificar a los pillos, fusilar a los patriotas i escarnecer todo lo que era digno de respeto i de aprecio; pero nadie se imajinó que el tirano intentara destruir la escuadra de Chile, los buques que eran la defensa i la gloria de la nacion.

El dictador tenia, sin embargo, bajo sus órdenes los elementos necesarios para acometer todas las empresas: tahures que deseaban rehabilitarse i valientes truhanes, capaces de desbalijar a las imájenes de los templos. Con semejantes elementos organizó su escuadrilla, i en la tarde del 17 de Abril la *Lynch*, la *Condell* i el *Imperial* salieron de Valparaiso en busca de una aventura fácil.

Miéntras la escuadra del dictador se dirijia al norte, una parte de la del Congreso, compuesta de los blindados *Huáscar* i *Blanco Encalada*, de la cañonera *Magallanes* i de algunos trasportes a vapor, marchaba hácia el sur con el

objeto de tomar posesion de Caldera i de toda la provincia de Atacama.

Caldera fué ocupada sin resistencia; el ejército del dictador que mandaba Stephan huyó en direccion a la Arjentina, como el ejército de Cámus, en Antofagasta, habia huido en direccion a Bolivia i el de Arrate en direccion al Perú, realizando la mas curiosa invasion pacífica de todas las naciones vecinas. Los soldados que diez años ántes vencian al Perú i Bolivia, entraban ahora en esos mismos territorios como derrotados siervos de la tiranía i entregaban a los vencidos de entónces sus armas i sus estandartes victoriosos en cien combates.

La flotilla del dictador observaba los movimientos de nuestra escuadra i sabia que el *Blanco Encalada* estaba solo en Caldera. En la tarde del 22 de Abril las contra-torpederas entraron a una caletilla situada algunas millas al norte de ese puerto, donde permanecieron hasta las tres de la mañana del dia siguiente. El *Imperial*, a las órdenes de Garin, surtido de carbon i provisiones para un mes, siguió rumbo al norte, debiendo esperar a las otras naves en sitio determinado. Se asegura que al anochecer del 22 un bote de tierra llamó a la *Lynch* i comunicó a Fuentes que el *Blanco Encalada* se encontraba solo, anclado en la bahía, i que si deseaba sorprenderle no habia tiempo que

perder. En el acto se arregló el plan de ataque, debiendo pasar por Caldera despues de oscurecer, i como a las tres de la mañana entrarian a la bahía por el norte, yendo la *Lynch* adelante, como a doscientas yardas de distancia; una vez dentro de la bahía, la *Lynch* se dirijiria por estribor i la *Condell* por babor, i despues de acercarse todo lo posible lanzarian los torpedos a la nave que yacia anclada i amarrada a una boya.

A bordo del *Blanco* reinaba la mayor confianza i ni siquiera se hacia el servicio de ronda que prescribe la Ordenanza. Una luna llena, que iluminaba el mar, dificultaba la sorpresa; pero permitia a las naves asaltantes divisar despejado el camino que las conducia hasta su adversario.

Poco despues de las cuatro de la mañana la *Condell* se acercó al blindado, i a la distancia de trescientos metros dirijió tres torpedos que no dieron con la nave. En pos de la *Condell*, que prosiguió su rumbo a todo vapor, siguió la *Lynch*, que se acercó hasta unos cincuenta metros del buque enemigo, i disparó dos torpedos, lanzados por el mismo comandante Fuentes, uno de los cuales pasó rozando lijeramente la proa, miéntras el otro daba en el centro del costado, produciendo una lijera esplosion que pareció provenir del departamento de la máquina, i casi instantáneamente, en el espacio de solo cinco o seis mi-

nutos, el *Blanco Encalada* se inclinaba sobre el costado herido i se hundia en el mar, a ocho brazas de agua.

Al primer torpedo Whitehead lanzado por la *Condell*, uno de los marineros que montaba la guardia del blindado dió la señal de alarma; pero como los cañones no estaban cargados ni habia vapor en la máquina, la defensa se hizo imposible. El buque se hundia con su tripulacion, i en tan solemne instante solo predominaba el sentimiento natural de la propia conservacion. La jente se arrojaba al mar i perecia envuelta en las violentas corrientes que producia el buque al sumerjirse; algunos, mas tranquilos i previsores, esperaron que el buque desapareciera por completo en el mar ántes de lanzarse al agua, pues veian tambien el horrendo e inútil sacrificio de sus compañeros. Así, manteniéndose en el agua hasta que fueron recojidos por los botes que de tierra enviaron al socorro de los náufragos, pudieron salvar los señores Barros Luco, presidente de la Cámara de Diputados; Goñi, comandante del blindado, i varios otros oficiales. En esta catástrofe, increible obra de la imprevision de unos i de la audacia de los otros, perecieron 225 de los tripulantes del *Blanco Encalada*, i entre las víctimas mas ilustres se recordará siempre el nombre

de Enrique Valdés Vergara, uno de los corazones mas esforzados que la revolucion tenia a su servicio.

Terminada esta desgraciada sorpresa, la *Condell* i la *Lynch* hicieron rumbo al sur con el propósito de atacar a los buques de la escuadra congresista que se encontraban en Carrizal Bajo. A las 6 A. M. divisaron al trasporte *Aconcagua*, mandado por el bravo i sereno comandante Merino Jarpa, que se dirijia al norte despues de haber desembarcado en dicho puerto la tropa que conducia. En la creencia de que el trasporte estaba armado de un cañon de grueso calibre, lo dejaron pasar, situándose las torpederas a los costados del vapor, a una distancia de 600 metros, i lo persiguieron en seguida, haciéndole, con mal éxito, un sostenido fuego de artillería.

El comandante Merino Jarpa era hasta ese momento la figura mas brillante que la revolucion habia hecho surjir en la escuadra: poseia el valor sereno de los jefes i de los hombres de mando; desconfiado i previsor, no perdia de vista, ni en medio de los mas grandes conflictos, los detalles mas nimios que contribuyen al éxito. Todas sus espediciones habian sido afortunadas, i su defensa de la Aduana de Iquique es una lucha troyana que ningun episodio de esa campaña homérica de Tarapacá ha superado.

A las 7 A. M. de la mañana del 23, el comandante del *Aconcagua* divisó, como a siete mil metros de distancia, a la altura del Morro Copiapó, a la *Lynch* i a la *Condell*, i ordenó inmediatamente poner la proa hácia ellas, tocar zafarrancho i aumentar la marcha del vapor. Cuando estuvo a cuatro mil metros del adversario, rompió los fuegos con los cañones de tiro rápido, fuegos que fueron contestados con una rapidez i precipitacion que parecia, por lo nutrido, mas bien descargas de fusilería que de cañon. En el primer momento las contra-torpederas se abrieron, como para tomar entre dos fuegos al *Aconcagua*; pero luego desistieron de su intento, talvez porque de esa manera permitian al trasporte aprovechar de su artillería por ámbas bandas, i las dos naves se colocaron por la mura de babor. En el instante en que efectuaban esta evolucion, la *Lynch* recibió una granada que le hizo escapar mucho humo i vapor, cubriéndola por completo por el espacio de dos minutos; desde ese momento disminuia su andar, quedándose atras, miéntras la *Condell* seguia al trasporte paralelamente, a distancia de mil quinientos metros. No pudiendo el *Aconcagua* en esa posicion utilizar toda su artillería, inclinó su proa hácia la *Condell*, disparándole sus cañones de a trece. El torpedero aumentó su andar i se retiró hácia afuera.

El *Aconcagua* continuó haciendo fuego hasta que sus dos lijeros adversarios estuvieron fuera del alcance de sus cañones, i solo entónces se dirijió a Caldera, donde el victorioso Merino Jarpa tuvo conocimiento de la catástrofe del *Blanco*.

"Este encuentro, dice modestamente el comandante del *Aconcagua*, en su parte oficial al jefe de la escuadra señor Montt, ha puesto de relieve la idea que teníamos de que las torpederas solo son eficaces para un ataque sorpresivo i que no valen como buques de combate, como les habrá hecho meditar a los marinos dictatoriales ver que durante hora i media de reñida lucha no han obtenido ventaja alguna sobre un simple vapor mercante, trasformado en buque de guerra, solo por habérsele colocado algunos cañones de poco calibre; lo que hace ver que el dia que se encuentren con alguno de nuestros buques de guerra que pueda obligarlas a combatir, están perdidas."

No fué, pues, el humo de la *Warspite* que venia del norte i que los marinos dictatoriales confundieron con el crucero *Esmeralda*, la causa de la fuga de las contra-torpederas en el combate del Morro Copiapó, sino el empuje atrevido del comandante Merino Jarpa.

Es indudable que la presencia de la *Warspite* contribuyó a aumentar el desconcierto que reinaba a bordo de las torpederas; pero ya la actitud del *Aconcagua* habia puesto en retirada a sus dos adversarios.

La *Warspite*, que venia de Iquique para Valparaiso, conducia a su bordo al almirante Hotham que por encargo de los Ministros de Inglaterra i de Alemania en Santiago, de acuerdo con Balmaceda, habia ido a proponer negociaciones de paz a la Junta de Gobierno de Iquique. Hotham entró a Caldera, e informado de lo ocurrido, siguió viaje a Coquimbo, desde donde comunicó por telégrafo al dictador el hundimiento del *Blanco Encalada*.

La noticia cubrió de luto a Santiago. Se sabe que en todos los hogares patriotas se derramaron lágrimas por esta desgracia. Se lamentaba la pérdida de la gran nave, se lloraba la muerte de los tripulantes i se temia que este golpe comprometiera el éxito de la revolucion. El comandante Moraga comunicaba en su parte oficial a Balmaceda que el monitor *Huáscar* tambien habia sido echado a pique por otro torpedo, lo que hacia mas intenso el dolor producido por esta catástrofe. Se habia perdido casi la mitad de la escuadra!

Entónces ocurrió lo que siempre sucede en medio de las grandes desgracias: se acusó a la escuadra de imprevision i de torpeza. La campaña marítima habia sido desgraciada; no se habia tomado posesion del Estrecho de Magallanes, acto que la opinion pública i la mas elemental nocion de la guerra i de nuestra situacion marítima indicaban como indispensable; a esta falta se debia la pérdida para la revolucion de las torpederas *Lynch* i *Condell*, i, finalmente, tampoco se habia querido tomar posesion de las provincias de Chiloé i de Valdivia, base de abundantes recursos para la escuadra i que presentaba al Dictador estrechado entre el norte i sur de la República, dividiendo su atencion i su fuerza.

La posesion del Estrecho i de estas provincias habria producido un efecto poderoso en los gobiernos estranjeros, i talvez por este fácil medio se habria obtenido la declaracion de belijerancia que tanto perseguia el Gobierno de Iquique. Estos cargos, justos si la revolucion hubiera contado con poderosos elementos, eran en esos instantes el natural desahogo del patriotismo en desgracia i de las naturales i comprimidas impaciencias de una larga campaña; pero se hacian sin ofensas para nadie, reconociendo todos que casi no era posible alzar la menor queja contra los que con

tanto patriotismo se habian levantado en defensa de la Constitucion.

I miéntras los patriotas de Santiago se lamentaban en silencio, en la Moneda se celebraba con banquetes el triunfo que la demencia acababa de obtener contra la patria. En muchas otras mansiones de los patrióticos de la democracia dictatorial se repitieron las fiestas, se dió por terminada la revolucion i se proclamó a Moraga i a Fuentes émulos de Cochrane i de Prat.

Fué una fortuna para el sentimiento público, tan abatido en esos momentos, que el comodoro Moraga anunciara la pérdida del *Huáscar*, porque cuando la noticia se desmintió el pais respiró con ménos angustia. La desgracia era inmensa; pero aun quedaba una escuadra suficiente para continuar la campaña, aun éramos dueños del mar, i el tirano habia cometido un crímen inútil que serviria para aumentar la enerjía de los patriotas i apresurar su caida.

La sorpresa no se repetiria, pues los jefes de la escuadra, despues de tan dolorosa advertencia, serian mas previsores. El espíritu público principió a erguirse de nuevo, recobrando su antigua fé en el triunfo, i se esplicaba en parte el éxito de aquella siniestra aventura i el descuido inverosímil que reinaba a bordo del *Blanco Encalada* por las negociaciones de paz que se ajitaban en

esos momentos, i de las que el almirante Hotham era prestijioso mensajero ante el Gobierno de Iquique.

Miéntras tanto los marinos del Dictador recibian públicamente el precio de sus servicios, como para alentar a los demas i manifestar que hasta a los mismos émulos gloriosos de Cochrane i de Prat no les venia mal un poco de dinero en pago de tanto heroismo i lealtad.

Antes de alejarme de Caldera visito el sitio en que se encuentra sumerjido el *Blanco Encalada*. Las aguas trasparentes i tranquilas de esta bahía admirable permiten divisar a la nave recostada en el fondo del mar, por su costado de estribor, con la proa dirijida al sureste. Se asegura que en la baja marea aparece sobre el mar la batería blindada de babor, algunas jarcias i una parte de la popa. Atentos i conmovidos, todos los concurrentes fijamos nuestra vista en el fondo de las claras aguas, como si tratáramos de observar en el interior de un inmenso acquarium, i vemos surjir, como de un sueño, los detalles de aquel drama, medio oculto por las algas marinas i por una inmensa red de jarcias. Hasta hace poco se veían algunos cadáveres que parecian detenidos en un enredo de cordeles, aumentando la grandiosidad de este espectáculo. Una multitud de alegres pececillos retozaban sobre este escenario que pa-

recia tallado en piedra, iban i venian por todas partes como si quisieran esplicarse el curioso espectáculo que tenian delante de su vista, i, lo que es mas estraño, habian respetado a los cadáveres como si les inspiraran respetuoso cariño o los consideraran los guardianes de tan fantástica morada.





X

Al anochecer abandona el *Bolivia* la rada de Caldera en direccion a Antofagasta, pues en estos vapores está perfectamente calculada la marcha de noche a fin de aprovechar el dia en la descarga. Nos habria agradado mas viajar de dia i dormir de noche en la tranquila nave anclada en los puertos; de esta manera el viaje seria mas seguro, pues se evitarian mejor los escollos i demas inconvenientes de que está lleno el desigual pavimento del océano. Es indudable que los viajeros preferirian, al desembarque fácil de la carga, el dormir bien, sin esa cimbra de hamaca del lecho que a cada instante nos advierte que bien podemos saltar de improviso sobre el agua en traje correcto de bañistas.

Se dice que viajando se aprende mucho i es la verdad, pues he aprendido en este viaje que el peor sistema de locomocion que el hombre ha inventado es el buque, sea éste a la vela o a vapor; así como el mas cómodo i seguro es el de viajar a pié, para lo que bastaria comunicar a los pueblos con buenas veredas.

Tengo el sentimiento de pasar de noche frente a Taltal, sin divisar siquiera las luces del noble pueblo que tan principal papel hace en la campaña.

Ha sido Taltal el pueblo mas abnegado i heróico i el que ha prestado a la revolucion mas eficaz ayuda; fué el primero que se alzó solo, sin recibir cooperacion de nadie, contra la Dictadura, i batió a los famosos soldados del Buin i a la policía armada que formaban una fuerza respetable.

Desde este momento la revolucion tuvo un hogar i una base de hombres i de recursos relativamente poderosa. Aquí se organizaron batallones que pelearon con un denuedo heróico i fueron ejemplos de moralidad i de disciplina; de aquí salieron los primeros franco-tiradores que se denominaron de Taltal, i, lo que es mas estraño aun, aquí se formó la primera caballería del ejército constitucional; verdadero prodijio de patriotismo, i que mas tarde, en la Placilla, habria de

arrollar a la admirable caballería de Balmaceda. Está en la conciencia de todos que los hombres de este pueblo fueron los que principalmente nos dieron la victoria de Pozo Almonte. Cuando tales prodijios recuerdo, siento el natural orgullo de ser el representante de Taltal en el gran Congreso que destituyó a Balmaceda i dió el grito salvador de las instituciones.

I no se puede ser justo ni recordar al Taltal de la revolucion sin que el nombre de Manuel José Vicuña venga a la memoria lleno de prestijio i de gloria, porque él fué el alma de este pueblo en los dias de las crueles luchas, porque a su actividad i porfía se debió mui principalmente ese vigor que los contrastes no atenuaron, esa fé en el triunfo i esa constante reanimacion del espíritu público de que Taltal fué un vivo ejemplo durante la campaña.





XI

Es mas de medio dia cuando anclamos frente a la ciudad de Antofagasta, i no digo en la bahía porque aquí no existe. Se fondea en pleno mar i en medio de un constante temporal. El clima de este pueblo tiene una peculiaridad benéfica, pues casi todos los que se desembarcan se dan por lo ménos un baño de medio cuerpo, i nadie se muere i ni siquiera se enferma. Probablemente se tuvo esta condicion mui en cuenta para fundar la ciudad en semejante sitio, cuando a unas pocas millas existe desierta la bahía de Mejillones, una de las mas vastas i seguras del mundo; pero la preferencia dada a Antofagasta es una nueva prueba de la indolencia de las autoridades i del

ávido interes comercial que sacrifica a sus conveniencias los intereses de un pais. Esta situacion absurda da, sin embargo, a Antofagasta cierta fisonomía orijinal i divertida. El desembarque es aquí un espectáculo permanente, i como no hai teatros ni circos en la ciudad, es la única entretencion. Los viajeros se agolpan en las cubiertas de los vapores, i afirmados a las barandas pasan horas enteras riendo a carcajadas cada vez que algun infeliz logra poner los piés en la escala de la nave o descender al fondo del bote. A pesar de estos inconvenientes, son pocos los que se ahogan, sobre todo si se toma en cuenta el gran movimiento comercial de la plaza.

Talvez con el objeto de no privar a Antofagasta de los beneficios con que la Providencia la ha dotado, la autoridad no ha querido destruir las rocas de que está cubierto su mar. Navegar por lo que aquí se llama la bahía, es casi lo mismo que andar por las veredas de algunos barrios de Santiago: no sabria decir a dónde hai mas piedras. La mejor manera de desembarcar en Antofagasta es ir saltando de piedra en piedra hasta llegar a la ciudad. Es cuestion de equilibrio i de seguridad, i una vez que se ponga en planta semejante sistema, se hará inútil la construccion de muelles, lo que es otro beneficio para el Fisco.

Conocida la admirable facilidad para el desem-

barco que ofrece la bahía de Antofagasta, el lector no estrañará la resistencia de los viajeros para bajar a tierra. Algunos audaces lo hicieron, sin embargo, i tuvieron la fortuna de regresar al buque a la mañana siguiente, secos i salvos, pero dándose los aires de unos verdaderos Vasco de Gama.





XII

Antofagasta es una ciudad de ayer, que ha surjido al empuje vigoroso de los intereses mineros, tan opulentos i de tanto porvenir en estas rejiones. La ciudad tiene mas de diez mil habitantes, cuando, hace pocos años, bajo la dominacion boliviana, no tenia mas de tres mil. Se estiende en forma de anfiteatro sobre las faldas de las montañas, parodiando a Valparaiso. La impresion que Antofagasta causa al viajero es la de un pueblo que se ve crecer i cuyo porvenir se presiente. Las grandes chimeneas que se alzan sobre los modestos edificios le dan el aire de un pueblo fabril, i la locomotora que asciende atrevida las montañas i atraviesa los mas ricos minerales de

América para ir a perderse en el corazon de Bolivia, es la garantía mas segura de una vida poderosa i estable. Antofagasta no desaparecerá con el agotamiento de este o de aquel mineral, pues está llamada a ser el emporio comercial de la mitad de Bolivia. El solo departamento que sirve de cabecera a esta provincia es casi tan estenso como una media docena de estados europeos de tercer órden. Cuando todo esto se ve i se siente es cuando mas se lamenta que esta ciudad no se fundara en Mejillones, en un sitio digno de su progreso i riqueza crecientes.

La mitad de la vida de Antofagasta se la comunica la gran empresa minera de Huanchaca, una de las mas opulentas de América i cuyo soberbio establecimiento se alza sobre las montañas de la costa, a poca distancia del pueblo. El ferrocarril a Oruro, de propiedad de esta empresa, no solo servirá para atraer la corriente del comercio boliviano hasta Antofagasta, sino que contribuirá a fomentar la industria minera de Atahualpa, Conchi, Ávalos, etc., etc., i, lo que es mas importante, entregará a la esplotacion las inmensas borateras de Ascotan, pues ésta será forzosamente la ruta mas lijera i barata de Bolivia. El ferrocarril a Huanchaca bordea tambien el territorio arjentino por el noroeste, i, por consiguiente, exije su parte de contribucion al comercio i a la indus-

tria arjentinas, formándose así una vasta zona de esplotacion con territorios de las tres naciones limítrofes, cuyo centro será Antofagasta, de donde se esparcirán por el mundo los variados productos de los tres paises.

La construccion de este ferrocarril ha sido una gloria para la iniciativa i la perseverancia chilenas: para realizarlo ha sido necesario vencer no solo la naturaleza mas inaccesible i ruda de América, sino tambien la resistencia de un pais mediterráneo, receloso i preocupado de las trasformaciones que ese atrevido elemento podia ejercer en las costumbres de su pueblo i la política de su gobierno. En plena Cámara boliviana se calificó de estratéjica la obra de este ferrocarril, sosteniéndose que su ejecucion era impulsada por la ambicion política de Chile ántes que por las exijencias del comercio i de la civilizacion; pero, a medida que la locomotora avanzaba i el desierto era vencido, estas declamaciones patrióticas caian tambien vencidas ante la evidencia de las ventajas que reportaria á Bolivia la ejecucion de tan grande obra.





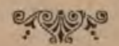
XIII

El cementerio de Antofagasta está situado en las mismas montañas en que se estiende la ciudad, pero mas arriba de ésta, de suerte que los que fallecen no descienden a la tierra sino que ascienden hácia el cielo. Se realiza en el hecho una de las mas vehementes aspiraciones del alma humana; lo sensible seria que esta ascension no se prolongara mas arriba, de modo que no quedaran los viajeros a una distancia tan considerable del cielo.

Visto desde la bahía, el cementerio ofrece un bonito aspecto: se ven blanquear las tumbas como bandadas de palomas. Es un sitio agradable i sereno, aun cuando carece de vejetacion, i está ba-

ñado por las brisas del mar i los murmullos de la ciudad que se ajita a sus piés.

Los habitantes de Antofagasta viven, al parecer, connaturalizados con la idea de la muerte, pues la ven a todas horas desde la calle pública, desde el fondo de sus casas, desde las mismas oficinas en que hacen sus negocios. La vida aquí tiene algo de la vida entre los trapenses, pues con solo alzar la vista aparece el fantasma de la muerte i la idea de que uno tiene que desaparecer. En la ciudad baja los hombres están de paso, i es en la ciudad alta donde residirán talvez para siempre. Seria curioso averiguar si esta consideracion los hace ser mas correctos en sus especulaciones i mas morales en sus costumbres; algo traté de inquirir sobre tan importante asunto, i se me dijo que la vida aquí era lo mismo que en los pueblos en que no se divisan los cementerios. El progreso de las dos ciudades es visible, pues a medida que Antofagasta se estiende, el cementerio tambien se agranda, pudiendo asegurarse que la ciudad de arriba, aunque mucho mas reducida, es mas poblada que la de abajo, lo que se esplica fácilmente por el sistema de construcciones i la falta absoluta de espansion i de actividad de sus habitantes.





XIV

La estadía en Antofagasta se prolonga mas del tiempo fijado por el itinerario, pues si hai algo que no se respete en el Pacífico, es el itinerario de los vapores de la gran línea inglesa. Segun estos reglamentos, el viaje entre Valparaiso i el Callao debe hacerse en diez dias, i ya van trascurridos siete i ni siquiera nos ponemos en marcha en direccion a Iquique, que se estima como la mitad del camino; pero ha desaparecido la competencia de la compañía Sud-Americana, i los señores ingleses, ademas de haber aumentado en un cincuenta por ciento el valor de los fletes, no quieren perder ni siquiera una libra de la carga que se les ofrece en los puertos.

Al fin se anuncia que solo queda por enviar a

tierra una partida de bueyes embarcados en Caldera i cuyo flete importa seis pesos por cabeza, lo mismo que se paga por persona en los lujosos Pullman de la línea férrea entre Santiago i Valparaiso. I ¡qué bueyes! Los veo desembarcar: son de nacionalidad arjentina, i el reciente paso de la cordillera los ha enflaquecido en estremo. Van tristes como si comprendieran su destino, i ni siquiera lanzan un mujido cuando los alzan de los cuernos, para trasladarlos a las lanchas que deben conducirlos al matadero de Antofagasta. Verdad que muchos de los que van en el vapor para incorporarse al ejército de Iquique no tienen su vida mas segura que la de estos resignados i silenciosos compañeros de viaje.

Es ya el medio dia cuando el vapor principia a crujir de nuevo, i un lento movimiento nos anuncia que se pone en marcha. Alegres los viajeros, porque al fin se acercan a la tierra prometida, se agolpan sobre la cubierta del *Bolivia* comentando las halagadoras noticias que sobre la organizacion del ejército constitucional recojieron en Antofagasta; el patriotismo entusiasta de nuestros amigos da fantásticas preferencias a los mas comunes relatos, i nadie acepta los términos prudentes. Álguien habia asegurado, en la mayor reserva, que el ejército pasa de dieziocho mil hombres i que al mismo tiempo se

organiza una reserva de cinco; pero estas cifras no se aceptan por estimarse reducidas. Si algun espíritu ménos crédulo observa que no es posible organizar ejércitos tan numerosos en las poco pobladas provincias del norte, sin suspender por completo la esplotacion de las salitreras, se compromete en una discusion interminable en que desfilan poderosas lejiones de datos i observaciones estadísticas que es necesario aceptar, si se quiere hacer el viaje en paz con tan ilusos i buenos amigos.





XV

En la mañana del 11 de Julio se divisan algunos buques de vela que vienen en busca de la costa i otros que se alejan de ella. Es la primera vez que vemos el mar tan acompañado de naves, como que nos encontramos próximos a Iquique. Un pequeño bote de pescadores surca tambien el ajitado mar, i las olas lo ocultan por momentos reapareciendo de nuevo para volver a ocultarse. Este juego me entretiene. Va en el bote toda una familia de pescadores: padre, esposa e hijo. Ese audaz aventura en el mar todo lo que posee. Me parece estraño ver a las puertas de una ciudad tan opulenta i donde abunda el trabajo bien remunerado, esa embarcacion miserable que se

lanza a los peligros de una pequeña especulacion; pero el espíritu de aventura de nuestros compatriotas esplica los goces que para el pescador tiene esa libre empresa.

La mañana está nebulosa: el sol parece empeñado en despedazar las lijeras gasas que le ocultan; abre sus jirones i un rayo de su luz desciende hasta el mar; pero la leve tela se junta i oculta otra vez a su poderoso adversario. Así, abriendo un jiron aquí i otro allá, que se unen de nuevo, el juego continúa por largo rato, hasta que el sol, mal humorado, i no queriendo seguir la broma, rompe un inmenso espacio i alegremente ilumina la ciudad que está ya a nuestra vista. Las nieblas huyen en espesas columnas, permitiendo contemplar la numerosa flota que cubre la bahía de Iquique.

Hai en ella mas buques que en Valparaiso, i al parecer no guarda proporcion la importancia de la ciudad con el número de grandes naves que fondean en su mar. El *Bolivia* se desliza lentamente entre ellas: grandes fragatas francesas, inglesas i alemanas que esperan su carga de salitre, i que entretanto, vacías i lijeras, destacan del mar sus popas adornadas con emblemas, recuerdan los antiguos navíos de alto bordo. Muchos vapores, de todas nacionalidades, aumentan con el humo de sus chimeneas el aire de activo movimiento que presenta la bahía.

Iquique ocupa el octavo lugar entre todos los puertos del mundo por el número de toneladas de embarque: Europa envía aquí sus naves mas grandes i fuertes, i entre ellas se ve fondeada a la mayor de todas las que existen, la *France*, de seis palos i de seis mil toneladas. El *Bolivia* se ve pequeño e insignificante al lado de esta enorme mole de madera que por segunda vez viene al Pacífico en busca del valioso abono. Fondeamos cerca de la isla, en cuyo centro se alza el hermoso faro que ilumina la bahía, i pronto el vapor se ve rodeado de pequeñas embarcaciones. Amigos i curiosos de Iquique vienen en tropel a recibir a los viajeros; todos arreglan sus equipajes i tratan el precio de su desembarque con aquellos exijentes fleteros, que esta vez se muestran módicos en sus tarifas, obedeciendo al impulso jeneroso de nuestra raza de no apretar mucho la soga a los que están en desgracia. Con ese fino instinto de hombres prácticos reconocen a los prisioneros i la tarifa baja hasta hacerse aceptable.

Desembarco en un viejo muelle en mal estado, cubierto de rieles, por los que corren los carros que conducen la carga: el viajero tiene que ser mui listo para no verse atropellado por la multitud que en todas direcciones se ajita i no caer aplastado por los grandes bultos que los pescantes cimbran en el aire. Paso frente a la antigua

aduana, que ostenta todavía las señales del gran combate de Marzo, i penetro en un barrio en ruinas, incendiado por los amigos del Dictador, que a todo trance querian conservar el dominio de esta importante ciudad i de sus rentas aduaneras. Muchos de los edificios incendiados se reedifican a toda prisa, talvez mas hermosos que ántes, i las calles se ensanchan en conformidad al nuevo plan de trasformacion de la ciudad. Iquique es vasto, desahogado i limpio, con grandes plazas rodeadas de edificios elegantes, muchos almacenes i bancos, un gran teatro, tranvías, bien servidos restaurants e imprentas que publican diarios que hacen negocio. Tiene ese aire de bienestar de los pueblos industriosos, en los que el trabajo es bien remunerado i fácil hacer una fortuna. Sus calles, cubiertas de una red de hilos telefónicos, manifiestan lo que vale el tiempo para sus habitantes, i que éstos no duermen la siesta a la española, como en otras viejas ciudades de Chile.

Aquí, donde no hai vejetacion a pesar del salitre, i donde el agua potable es tan cara, un jardin es un objeto de lujo: este lujo se ve desparramado en todas partes en raras i costosas plantas conservadas con esmero, i la plaza Arturo Prat ostenta un gran jardin, cuyo riego cuesta anualmente al municipio algunos miles de pesos. La

jente del norte se detiene a contemplar con encanto estas plantas pigmeas; i las malezas que en el sur de Chile se arrancan hasta de los potreros, serian aquí objeto de admiracion.

Pero lo que en Iquique es mas raro que las flores i constituye la gran esterilidad de la rejion minera de Chile, es la mujer. Se ven mui pocas por sus calles, i éstas marchan de prisa como si solo un urjente negocio las obligara a exhibirse. En las casas, a traves de los cristales de las ventanas i entre las verdes hojas de los maceteros, se ven algunos rostros interesantes, flores de conservatorio que parecen marchitarse al pleno aire.

Como en toda ciudad cosmopolita, el tipo femenino no tiene todavía en Iquique un carácter determinado, i los antiguos dueños de estos territorios, abandonándolos despues de nuestra victoria, no han dejado sino uno que otro ejemplar de su fina raza de mujeres. Las inglesas, nerviosas i solemnes, i las gruesas i rubias alemanas forman la base de muchos de los hogares de la ciudad i de la pampa, pues la chilena todavía no ha tomado séria posesion de estos dominios, que mas tarde nacionalizará por completo con su fecundidad innata. Recorriendo una mañana el antiguo barrio del Iquique peruano, denominado el Morro, barrio estrecho i húmedo a causa de la nocturna camanchaca, i en el que todavía no ha penetrado

el espíritu de impaciente trasformacion que ha demolido el resto de la ciudad, me sorprendió agradablemente la animada charla de algunas mujeres. Es un hermoso idioma desconocido para mí, que tiene la espresion fina, sonora e insinuante de una lengua gala sin sonsonetes ni diptongos. Las mujeres que hablan este idioma simpático parecen pertenecer a la servidumbre de las casas de Iquique, i son sin duda las últimas descendientes del antiguo imperio de los Incas, pues sus rostros bronceados tienen esa espresion apagada i suave de las razas vencidas que se estinguen. Siento el corazon oprimido por una íntima i dulce tristeza al oir los ecos de ese idioma del pasado, que nada representa i que de nada sirve ahora, i que fué, sin embargo, el idioma del amor de los primeros habitantes de ese opulento imperio del nuevo mundo.

Iquique posee tambien su Viña del Mar, que se denomina Cavancha, sitio de baño i de recreo, donde tienen lugar los almuerzos i los paseos campestres. Son unas cuantas calles espaciosas, pero mui abandonadas, que se agrupan al rededor de un gran restaurant construido casi sobre el mar. En este sitio el agua es tan mansa i cristalina que se ven las arenas i las conchas del mar, i los bañistas tienen necesidad de enturbiarla para ocultar su cuerpo. Hai aquí un gran jardin

formado con un artificio japones, cuyas plantas surjen del fondo de grandes maceteros i cajones. Este jardin, cuya tierra vejetal se ha traido de grandes distancias, como la de algunas provincias de Holanda, se cuida hoja por hoja, i sus flores se secan en los tallos, pues seria una profanacion el arrancarlas.

A pesar de esta esterilidad, la mesa de Iquique es variada i espléndida como la de Santiago; abundan la rica fruta i la verdura traida de los oásis microscópicos que se cultivan en el departamento, i en pleno invierno el mercado de la ciudad ostenta atados de fenomenales espárragos. Los vapores del norte traen aquí la fruta de los trópicos i los del sur las esquisitas i suaves de los valles templados de Chile. I Balmaceda nos habia enviado a Iquique para que nos muriéramos de hambre! Hasta el vino chileno que se bebe en la mesa de los hoteles i restaurants es delicioso por la navegacion: el Urmeneta, el Subercaseaux, el Ochagavía i el Panquehue parecen esquisito Borgoña. De los vinos falsificados que la Europa envía a América solo el Champaña se bebe aquí en abundancia; en cierta ocasion el dueño de un restaurant aleman nos ofreció servirnos una botella de auténtico Johanisberg Carbenet. Lo aceptamos por cortesía pero con desconfianza. Ah! el pobre jamas habia divisado el Rhin i ni siquiera

oido hablar de las viñas del príncipe de Metternich. Rechazamos, sin embargo, la idea de un engaño, haciéndonos la ilusion de que bebíamos el Johanisberg con algun estudiante de Maguncia, i así nos pareció excelente; pero al otro dia volvimos a pedir el líquido sabroso i puro de las viñas chilenas.





XVI

Durante la campaña, Iquique presenta un estraño aspecto: parece un barrio de Santiago o de Valparaiso por la juventud que de estas dos grandes ciudades circula por sus calles, i no andamos una cuadra sin detenernos veinte veces a saludar a éste o a abrazar al otro amigo querido que ha tenido la fortuna de escapar de las garras del Dictador. Cada hombre del sur que llega a esta ciudad libre tiene una historia personal que referir: la historia de su escapada, entre las que hai algunas dignas de la leyenda, por la abnegacion sin límites que se necesitaba para realizarla: entre otras recuerdo la aventura de aquel grupo valeroso de jóvenes, elegantes i regalones santia-

guinos, que durante dieziseis horas tuvieron que permanecer inmóviles, envueltos en las velas de una barca, sobre el alto maderámen que el viento i el mar cimbraban, a fin de escapar al exámen minucioso que las autoridades de Valparaiso practicaban en todo buque que se dirijia al norte; otros se disfrazaban de fogoneros o de carboneros de los vapores; otros se ocultaban en el fondo de las bodegas i hasta en los grandes tubos de las máquinas. I todos estos sacrificios, todos estos esfuerzos para ir a incorporarse al ejército constitucional i ofrecer la vida en defensa de las instituciones de la patria! Pocas veces se ha visto espectáculo mas hermoso en una lucha de ideas!

La ciudad tiene aspecto marcial: casi todos sus habitantes visten el traje militar i es bochornoso no usar siquiera el distintivo de la gorra blanca que llevan desde los miembros de la Junta de Gobierno hasta los de las ambulancias. Desde la mañana se deja oir el redoble del tambor que hace palpitar de esperanza el corazon: ya es un batallon que hace ejercicio en el patio de su cuartel, ya un rejimiento que se dirije a Cavancha a ejercitarse en el tiro al blanco o en la nueva táctica del órden disperso, ya un rejimiento de artillería que va hácia las montañas a ensayar sus cañones i adiestrar sus mulas, o un incompleto escuadron de caballería que amansa sus pingos i

da cargas al aire. La caballería! ésta es el arma débil del ejército. Una mañana ví a los lanceros que se dirijian a Cavancha; marchaban en órden al principio, pero poco a poco los caballos se empacaban, abandonaban las filas i quedaban rezagados en el camino haciendo remolinos, miéntras el resto del escuadron seguia impasible a su destino. El recuerdo de la admirable caballería de Balmaceda me espanta: ¡qué van a hacer estos heróicos reclutas cuando se encuentren al frente de aquellos centauros! i sin embargo, estos reclutas vencieron i pulverizaron en la Placilla a los magníficos jinetes del Dictador, porque el pecho de nuestros libres soldados servia de avanzada a sus corceles.

El arma poderosa en el ejército constitucional es la infantería: tiene el reposo i la firmeza de una infantería antigua. Muchos de sus soldados han hecho la campaña contra el Perú i Bolivia, i vuelven ahora, despues de diez largos años, envejecidos i gloriosos, a tomar las armas para derribar al loco pero terrible Dictador. Al frente de esas filas veteranas i compactas, compuestas de soldados vigorosos, de rostros quemados por el sol del desierto, se ve a los jóvenes jefes i oficiales que dias ántes estudiaban en nuestras universidades, escribian con talento en nuestros diarios i revistas, galanteaban en los salones o dejaban

oir su voz en el foro, desfilar arrogantes, arrojando destellos de sus espadas vengadoras. Un sentimiento de patriótico orgullo estremece el alma al presenciar ese tierno i grandioso espectáculo.

En estos dias reina en Iquique una alegría triunfal: el *Maipo* ha llegado con un precioso cargamento i el ejército está armado de veras. Despues de tantos obstáculos que pusieron en peligro la vida misma de la revolucion, despues de que nuestros ajentes amenazados i perseguidos recorrian el mundo en busca de fusiles i de cañones, llega al fin la esperada carga i la revolucion se cree salvada.

Solo ahora se ha podido apreciar con toda claridad los efectos del juego que los de Iquique han estado haciendo con la exajeracion de sus fuerzas a fin de no desalentar al pais e impedir una invasion de Tarapacá, i solo cuando el 3 de Julio llegó el cargamento que conducia el *Maipo* se levantó el abrumador secreto que aplastaba como una montaña el pecho de los hombres que dirijian la revolucion. Obedeciendo a estos sentimientos *La Patria* de Iquique, que redactaba el Ministro de Relaciones Esteriores, señor Errázuriz, descorrió por completo el velo que durante tanto tiempo habia ocultado el desarme del ejército del norte, en un artículo denominado *El secreto de cuatro meses*, que tuvo gran resonancia.

"Hasta el 3 de Julio, dice el citado artículo, no recibimos del estranjero una sola pieza de artillería, un solo rifle, una sola cápsula. Hasta el 3 de Julio, todo el armamento de nuestras tropas consistia, fuera de la partida de Manlicher que cayó en nuestro poder el 8 de Enero en Valparaiso, sin municiones, en *2,500 fusiles* de diversos sistemas tomados al enemigo en el campo de batalla i dotados de municiones insuficientes para una hora de fuego sostenido.

"Gloriosos, queridos fusiles, sin duda. Los quitamos en Pisagua i los perdimos en Hospicio, los recobramos en Pisagua i San Francisco i volvieron en Huara a poder del enemigo, para quedar definitivamente en manos de nuestros soldados victoriosos en el campo de Pozo Almonte. Cada uno de ellos podria narrar conmovedora historia de esfuerzos varoniles i de ignorados sacrificios. En todos ellos hai manchas de sangré i huellas de proyectil i de sable. Mas de un intrépido infante de Chile cayó en la pelea empuñando cada uno de esos rifles. Han pasado todos nuestros fusiles seis o siete veces por el fuego de la batalla i dos o tres veces por el fuelle de la Maestranza improvisada en los talleres de Tarapacá.

"Constituye nuestro armamento un lucido botin de guerra i está vinculado a él el recuerdo de una campaña digna del cantor de la Ilíada. Pero

nuestros amigos i los imparciales reconocerán que *2,500 rifles* no eran suficiente para ir a buscar al Dictador en los baluartes centrales de su poder, i todavía la posteridad investigadora va a preguntarse con asombro sincero cómo han podido fuerzas que contaban apénas con 2,500 fusiles en mala condicion i sin dotacion regular de municiones, deshacer columnas de soldados dictatoriales que no bajaban, en conjunto, de 8,000 hombres, i cómo han podido mantenerse, durante seis meses, en tranquila posesion de las cuatro provincias del norte, en presencia de un usurpador armado con toda la suma del poder público i que se jacta diariamente, en América i en Europa, de tener bajo sus órdenes 30,000 soldados leales i una escuadrilla que es el terror de las naves revolucionarias.

"Es casi seguro que la historia, mal criada e impertinente, va a declarar que el melenudo jeneralísimo de la Moneda i el quiscudo estratéjico Bañados Muzard fueron, en buenas cuentas, un par de imbéciles i de fanfarrones de calibre. Si estuvieron al cabo del secreto del desarme de los constitucionales i no supieron aprovechar el momento, a pesar de los 30,000 leales i de las victorias de Moraga en el Pacífico, la crítica les condenará por su cobardía i su impotencia. I si, a pesar de todo lo que gastaron en espías, igno-

raron que ocupábamos el norte con 2,500 fusiles casi sin municiones, sus nombres serán entregados a la risa i la chacota de los niños de escuela como los de dos escapados del Hospicio.

"¿No han sido estos personajes de carton capaces de organizar contra Tarapacá, o siquiera contra Antofagasta o Copiapó una embestida sustentada por cuatro o cinco mil de sus mejores soldados, miéntras no podíamos oponerles, en todo el norte, sino 2,500 malos fusiles, con municiones escasísimas? ¿No se han atrevido a acometernos miéntras estábamos desarmados, miéntras la *Esmeralda* estaba ausente, Copiapó estaba resguardado solamente por un escuadron de caballería? Pues bien; vayan tomándose de ese hilo los cándidos que sueñan con la restauracion del antiguo réjimen en estas provincias del norte, i les será fácil comprender a qué se atreverán Balmaceda i Bañados M., una vez que sepan que están circulando, a estas horas, por nuestras calles, arroyos de bruñido acero iluminado alegremente por el sol de Tarapacá i que ellos tienden irresistiblemente a reunirse en un tremendo cauce, con direccion a las provincias que la Dictadura azota todavía.

"La revelacion del secreto de nuestro desarme pasado no tiene solamente la ventaja de arrojar mucha luz sobre la capacidad militar de los ser-

vidores de la Dictadura. Permitirá, al mismo tiempo, a nuestros amigos del sur formar idea cabal i exacta de los motivos de nuestra actitud durante los meses últimos. Ellos saben ahora por qué permanecíamos sordos, al parecer, miéntras los jemidos de angustia de la sociedad chilena llegaban a nuestros oidos; ellos saben por qué se detenia en las fronteras de Atacama la ola que arrolló en Tarapacá las fuerzas de la Dictadura. Nuestro desarme era la causa de nuestra inmovilidad. Nos dolia en el alma el sufrimiento de Chile i el espectáculo de la infame orjía de los gandules sublevados. Nos dolia nuestra momentánea impotencia i el secreto mismo que debíamos guardar, i esperámos como al Mesías a la primera nave que llegara a nuestros puertos trayendo a bordo fusiles, municiones i cañones, trayendo a bordo el castigo de los malvados i la salvacion de la patria.

"Celebren nuestros amigos del sur como un gran dia de la campaña constitucional el 3 de Julio. Las horas amargas pasaron, i no tardará en anunciar el canto de los gallos la proximidad del alba."





XVII

La época de los recelos ha pasado i se puede hablar sin temor: los soldados lucen encantados sus armas i muestran a los curiosos las preciosas cápsulas de los Manlicher que tan importante papel deben representar en las próximas batallas. El engaño de la existencia del poderoso ejército del norte ha sido tan completo que en estos dias se han recibido numerosas cartas de Santiago en las que se pregunta con amargo i desesperante tono por qué el ejército no avanza hácia el sur. "Están ustedes en Cápua", dice don Cárlos Walker Martínez en una carta dirijida a su primo don Joaquin Walker que desempeña la cartera de hacienda. I la verdadera organizacion del ejército principia solo desde este momento.

Segun datos exactos, recojidos el 10 de Julio, el ejército, en esa fecha, era de 5,800 hombres, comprendiendo en este número las guarniciones de Tacna i Arica; pero al saberse que las armas han llegado, los voluntarios corren a los cuarteles, i los desertores que habia hecho la inercia i la idea de que no se iba a pelear tan pronto porque no habia con qué, vuelven presurosos a sus filas. Comisiones encargadas de pregonar la feliz nueva recorren la pampa i los hombres abandonan los establecimientos salitreros para incorporarse al ejército. Telegramas recibidos de Copiapó comunican que el reclutamiento es numeroso en Atacama; puede decirse que los hombres de toda la provincia corren a las armas; pronto faltarán otra vez los fusiles. Esta frase: "Balmaceda se ha hecho rei!" es de un efecto májico, i el pueblo la repite con ira. ¡Un rei en Chile! ¡Lo echamos abajo en 1810 e iríamos a soportarlo en 1891! Un minero, vestido de soldado, me hizo esta pregunta: "¿Es cierto, señor, que en Europa hai rei todavía?" I como yo le dijera que sí, pero que no eran como Balmaceda, sino mucho mejores, me contestó haciendo un jesto de lástima i desden: "Es que esa jente es tan servil, señor."

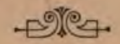
Iquique es un gran campamento i un vasto taller a la vez: a la calma forzada de los meses anteriores ha sucedido esa actividad de un ejér-

cito que se prepara a pelear una gran campaña; falta todo, desde la ropa para los soldados hasta las espadas para los oficiales: lo único que sobra es juventud, pues la hai sobrante para formar nuevos rejimientos i es necesario organizarla en un cuerpo de franco-tiradores.

En estos dias se ha manifestado de relieve el temperamento militar de nuestra raza, i lo que aquí veo me hace recordar algo que pasa desapercibido para todos, i es que en este siglo XIX Chile ha pasado peleando. A principios del siglo peleamos diez i seis años contra España, desde 1810 a 1826 en que conquistamos a Chiloé. Marchamos a Lima con San Martin i solo nos retiramos cuando llegó Bolívar. Despues vino Lircai i otras escaramuzas de menor importancia. En 1839 declaramos la guerra i destruímos la confederacion Perú-Boliviana; en 1851 i 1859 combatímos a un gobierno que se consideraba opresor; en 1865 volvimos a luchar contra España; en 1879 peleamos otra vez cuatro años contra el Perú i Bolivia, i en 1891 desenvainámos otra vez la espada en defensa de nuestras instituciones, i tanto en mar como en tierra la solitaria estrella vencia i vencia siempre a sus enemigos esteriores. No se han dado en América batallas mas sangrientas que las que hemos peleado entre nosotros mismos: Loncomilla, Concon i Placilla son

matanzas brutales. Con el estranjero hemos tenido consideraciones que no las acostumbramos entre nosotros; por eso Chacabuco, Maipú, Yungai, Tacna, Chorrillos i Miraflores son poca cosa delante de Loncomilla, Pozo Almonte i Concon. En el mar hemos observado la misma conducta desde la captura de la *María Isabel* i la *Esmeralda* hasta la del *Huáscar*.

Durante este siglo nuestros soldados i marinos han ensayado de veras, en nuestras propias costillas o en las ajenas, todos los descubrimientos de la ciencia militar europea. Así el combate de la *Independencia* i del *Huáscar* contra la *Covadonga* i la *Esmeralda* fué un ensayo fenomenal entre los modernos blindados i las viejas naves de madera; el torpedo que echó a pique al *Blanco Encalada* es el primer ensayo feliz contra el acorazado de línea; el órden disperso con sus últimas modificaciones alemanas lo hemos puesto en práctica con éxito satisfactorio i hasta el famoso Manlicher hemos sido los primeros en ensayarlo, dándole una reputacion de que están mui satisfechos sus fabricantes. I sin embargo, continuamos siendo el pueblo pacífico i trabajador por excelencia, pues la guerra no altera en lo menor nuestras costumbres ordenadas i tranquilas.





XVIII

Pero de todas las campañas que Chile ha sostenido contra su antigua dominadora o sus antiguos rivales, de todas las que ha peleado en su propio territorio entre chilenos i chilenos, la de Tarapacá es la que da mas relieve a la enerjía i bravura de sus hijos. Se ha peleado aquí mas i mejor que en Troya, i el mismo Homero lo proclamara, si conducido de la mano por el viejo Ulíses, hubiera podido recorrer la pampa.

Balmaceda reconcentró en Tarapacá sus mejores tropas al mando del mas fiel i valiente de sus jefes. Sus batallones los componian soldados veteranos, i si el coronel Robles no era un lince como

estratéjico, en cambio era un bravo al que no faltaban las mañas de los viejos tigres.

El ejército de la revolucion era improvisado, bisoño, mal armado, mal vestido i peor alimentado. Sus rifles los habian arrebatado sus soldados uno a uno en las diversas escaramuzas de preparacion i de ensayo realizadas en la costa, desde Coquimbo hasta Pisagua. "Nuestro ejército, dice el comandante Holley, tuvo que aprender a evolucionar en el campo de batalla." I Cornelio Saavedra escribia desde Iquique, con fecha 12 de Marzo de 1891, lo siguiente: "No ha habido en la historia de América una lucha mas sangrienta, mas encarnizada i mas tenaz que esta campaña de Tarapacá. Hubo semana que en cinco dias tuvimos tres batallas i con la circunstancia de que nuestra fuerza era siempre la misma, luchando contra ejércitos que se renovaban constantemente."

Se toma i se pierde a Pisagua, i un dia vencedores i otro vencidos, nuestro ejército aniquilado se reorganiza con reclutas que por primera vez toman las armas. Hubo jefes que no conocian las voces de mando, i en tal apuro decian solo a sus soldados: Seguidme! I la tropa seguia a sus jefes i llegaba hasta donde no habria llegado un ejército disciplinado. Hubo cargas tan impetuosas i audaces que en mas de una vez los dictato-

riales suspendieron sus fuegos i dejaron avanzar tranquilamente a los reclutas, imajinándose que iban a entregarse.

Despues de derrotar a Robles en el mismo campo de batalla donde diez años ántes los chilenos vencieron al jeneral Buendía, el ejército triunfante de la revolucion no pudo avanzar por falta de municiones, i su situacion era peor que ántes de la victoria. Se rejistró a los muertos i se alcanzó a reunir cinco tiros para cada soldado. En esta horrorosa situacion se vió venir por el camino de Tacna una partida de Granaderos enemigos, que se dirijian a nuestro campamento creyendo fuera el de Robles; pero al notar su engaño huyeron dejando abandonado un arreo de mulas cargadas con doscientos rifles Grass i cuarenta mil tiros. Todos estimaron providencial este refuerzo que el mismo Balmaceda enviaba a la desarmada tropa de la revolucion.

De nuevo el ejército se pone en marcha persiguiendo su audaz intento de llegar a Iquique, despues de haber barrido de enemigos toda la pampa. En Huaraz es detenido otra vez por Robles i Soto, i se sabe con alarma que la division Gana ha desembarcado en Ite i la de Arrate en Arica, i ámbas, provistas de abundantes elementos, vienen en marcha para reforzar a Robles i hacerlo irresistible. Es necesario dar, sin pérdida

de tiempo, una nueva batalla, i el ejército se lanza al asalto de las posiciones enemigas i agota en la lucha su último cartucho. Desarmado de nuevo por falta de municiones, es necesario retirarse i deja en poder del enemigo los cañones i ametralladoras que habia conquistado en las anteriores batallas.

Hai que principiar de nuevo la tarea de armarse: sobran los soldados que llegan de todas partes, pero faltan las municiones. En las anteriores batallas los patriotas esperaban impasibles la caida de sus compañeros para tomar sus fusiles i reemplazarlos; pero ahora no se podrá repetir el mismo prodijio porque faltan las balas.

Miéntras esto ocurre en la pampa, se desarrollan en Iquique sucesos trascendentales. La tropa que guarnecia la ciudad se ha retirado para unirse al ejército de Robles, i el comandante Merino Jarpa toma posesion de la plaza con cuarenta marineros; pero el coronel Soto, sabedor de lo que ocurre, regresa con cuatrocientos hombres para recuperarla. Se juzga inútil la resistencia i se da a Merino Jarpa la órden de reembarcarse; pero el valiente oficial comprende que el abandono de Iquique, despues de la derrota de Huaraz, desalentaria a los mas animosos i seria la ruina de la revolucion. Organiza la resistencia i se encierra en la aduana, que trasforma en fortaleza. No

tiene a sus órdenes mas que cuarenta hombres i los distribuye en las azoteas i balcones del edificio, haciendo una trinchera de cada puerta. Cuatro oficiales, los tenientes Meliton Guajardo i Jorje Pacheco, el aspirante Felipe de la Fuente i el guardia-marina Baldomero Pacheco, secundan heróicamente el atrevido propósito de Merino Jarpa.

A las seis de la mañana aparece por la calle Arturo Prat la tropa de Soto, e inmediatamente se inicia el combate, que dura hasta las cuatro de la tarde. Desde el primer momento, Soto toma posesion de las casas que circundan la aduana, i un nutrido i constante fuego de fusilería llueve sobre el puñado de defensores de la ciudad.

Cuando en la escuadra se tiene conocimiento de la situacion de Merino Jarpa, se ordena que el comandante Peiroa desembarque con cuarenta franco-tiradores del Taltal en defensa de los sitiados. Esta tropa viene armada con viejos fusiles Beaumont, descompuestos en su mayor parte, i con mui escasas municiones, i, a pesar de su espíritu animoso, no puede contestar con brio el nutrido fuego que le hace la fuerza de Soto en su trayecto del mar a la aduana. Muchos caen en el camino i el mismo Peiroa es herido gravemente.

Un segundo refuerzo compuesto de algunos

marineros i reclutas del Chañaral, armados de Mannlicher, con municiones Winchester, llega tambien a la aduana, al mando del capitan Fritis i de los guardia-marinas Sanchez i Garreton.

El combate se hace mas terrible i Soto, colérico por la resistencia, incendia las casas que circundan la aduana, a fin de hacer sucumbir por el fuego a los sitiados. El peligro es inminente; las llamas devoran las cornisas de madera del edificio i el calor hace imposible la defensa. Por fortuna, en el techo de la casa que ocupan los sitiados existe un estanque de aguas saladas i se ordena abrir sus válvulas. Los soldados, sin agua para beber i sin víveres, pelean sobre el pantano de la inundacion i las llamas i el humo que les afixia.

En medio de esta situacion desesperada, dos hombres heróicos, los marineros Hidalgo i Vargas, se ofrecen para ir a pedir ausilio a la escuadra. La proposicion es aceptada, i Merino Jarpa escribe a Goñi asegurándole que el triunfo es seguro si la resistencia se prolonga. Los marineros descienden por los balcones, se echan al mar i alcanzan un bote fondeado a cuatrocientos metros de la playa; pero la embarcacion carece de remos, i es necesario abandonarla. Todo esto se ejecuta en medio del vivo fuego que los soldados de Soto les hacen desde tierra. Los marine-

ros siguen nadando hasta que una chalupa que sale de la Isla, los recoje a su bordo i conduce al *Blanco Encalada*.

Goñi organiza inmediatamente una espedicion encargada de conducir agua, municiones i víveres a los defensores, la que desembarca por el muelle de pasajeros en medio de un vivísimo fuego. Tres de los espedicionarios caen mortalmente heridos, entre ellos el teniente Aravena, que anima a su jente i conduce sobre sus hombros un cajon con municiones. Un segundo refuerzo a las órdenes del teniente Salustio Valdes i del guardia-marina Jorje Edwards, hace comprender al comandante Soto que no verá realizado su deseo de vencer a los defensores de Iquique, i se decide a aceptar el amnisticio que para salvar la ciudad le propone el comandante de la *Warspite*.

Este amnisticio, que debia convertirse pronto en un arreglo de paz, estuvo a punto de fracasar por la impetuosidad del comandante Soto. Se discutian las bases de arreglo, i de improviso se deja oir un tiro de rifle: Soto saca su revólver i amenazando a Merino Jarpa, grita furioso que se le hace traicion. El jefe ingles se interpone entre los dos adversarios i logra detener i calmar a Soto. Dos marineros apostados a las puertas del salon, al ver la actitud del coronel dictatorial, alcanzan a preparar sus fusiles; pero Merino Jar-

pa, desentendiéndose de su propio peligro, les detiene a tiempo.

Al dia siguiente el comandante Soto pacta a bordo de la *Warspite* la rendicion de su tropa con todos los honores de la guerra. La actitud heróica i prudente de Merino Jarpa habia dado a la revolucion uno de sus mayores triunfos: la posesion de Iquique, base del gobierno que debia organizar el ejército i fuente de sus recursos.

Desde ese instante solo se pensó en limpiar la provincia de Tarapacá de todos los elementos que obedecian a Balmaceda. Pronto se supo que los restos del ejército de Robles se habian unido con las divisiones de Arrate i de Gana, despues de una marcha prodijiosa por el desierto.

El 1.º de marzo, el ejército constitucional, a las órdenes de Canto, ocupó las alturas de Iquique con el doble objeto de ser apoyado por fuegos de la escuadra i de protejerse en la ciudad. Formaba este ejército una agrupacion estraña de hombres i de armamentos. Se veian en sus filas desde el levita de paño fino de las visitas de etiqueta, hasta la blusa de tela burda de sacos; desde el sombrero negro de pelo hasta el de paja, i desde la gorra blanca hasta el kepi tomado a los soldados del dictador. No habia otra insignia comun que la franja colorada que envolvia el brazo derecho de los oficiales i de los soldados, distin-

tivo usado por primera vez en la batalla de Dolores. El armamento estaba en armonía con las tropas: fusiles Comblain, Beaumont, Grass, Remington i Mannlicher con municiones de carabinas Winchester, i así habia que vencer!

El 3 de marzo, este famoso ejército compuesto de unos 1,700 hombres, inició su movimiento de marcha hácia el interior, i el 5 se divisaron las avanzadas enemigas que dominaban una posicion formidable de la pampa. Robles tenia establecido su cuartel jeneral en la Estacion Central, punto de reunion de las dos líneas férreas, la del norte que sigue hasta Pisagua i la de Virjinia hácia el sur; pero, a la vista de nuestro ejército, abandonó estas posiciones magníficas para ir a tomar las de Pozo Almonte, destruyendo con dinamita la línea férrea a medida que se alejaba.

Durante un dia los soldados de la revolucion se dedicaron esclusivamente a rehacer la línea destruida, i al amanecer del 7 los dos ejércitos se encontraron a la vista. Las fuerzas eran equilibradas en su número, pero mui diferentes en su organizacion i armamento. El choque fué terrible i tan impetuoso de parte de los nuestros, que los de Robles no lo resistieron: saltaron de sus posiciones perdiendo su única retirada posible. La lucha continuó encarnizada i tan pujante que el ejército de Balmaceda fué materialmente arre-

llado, deshecho i pulverizado. En pocas batallas se ha perdido tan completamente un ejército como en Pozo Almonte, pues no se retiraron 20 hombres organizados. Viejos militares, testigos i vencedores de muchas batallas, aseguran que jamas vieron pelear con mas empuje a nuestros soldados. Era una furia loca i ciega que todo lo arrastraba i que parecia perseguir, no solo la victoria, sino el castigo de un gran crímen. Robles, Mendez i Ruminot, los tres primeros jefes del ejército balmacedista que operaba en Tarapacá, quedaron en el campo de batalla; Gana i Arrate huyeron sin detenerse hasta llegar al Perú. De los 3,000 hombres que por ámbos bandos lucharon, cerca de la mitad quedaron muertos o heridos!





XIX

Despues de soñar toda la noche con fabulosas batallas i ver a Balmaceda trasformado en jigante que recorre a Chile en toda su estension, pasando de un solo tranco de una provincia a otra, con grandes bigotes retorcidos i blandiendo en el aire una descomunal espada que a nadie ofende, despierto al amanecer, dominado todavía por un suavísimo letargo. El *Coquimbo*, se cimbra dulcemente, lo que me hace suponer que estará fondeado en un mar tranquilo, pues solo entónces se sosiega algun tanto esta inquieta nave construida especialmente para los mareos.

Abro la ventana de mi pequeño camarote, i contemplo una ciudad construida, como Antofa-

gasta, en la falda de una montaña: es Pisagua; mas pequeña que Antofagasta i poco ménos importante que Iquique en la estraccion de salitre; ciudad de madera, improvisada i alegre.

Un pasajero que me vé asomado al postigo me dice amablemente:

—Fíjese usted ahí; ese es el barrio incendiado.

—Incendiado, cuándo?

—En los recientes combates.

Recuerdo, entónces, que uno de los detalles mas curiosos de la campaña ha sido la toma i abandono de Pisagua verificados repetidas veces en un mismo dia.

Tomada Pisagua a viva fuerza por un puñado de valientes que comandaba Merino Jarpa, los vencedores fraternizaron luego con los vencidos i se desparramaron por los cerros i por la ciudad celebrando todos el triunfo de la revolucion.

El capitan Espinosa, que mandaba las fuerzas balmacedistas, se aprovechó del desbande i de la confianza de los vencedores, reunió a sus soldados i atacó de improviso a los constitucionales, que, dispersos i sorprendidos, no se daban cuenta de lo que ocurria i corrieron hácia la playa para embarcarse en los botes de la escuadra.

Pronto quedó Espinosa en posesion de la ciudad, i la poblacion, sorprendida al ver derrotados

a los vencedores i vencedores a los vencidos, trató de averiguar tan estraño suceso. Espinosa esplicó lo que habia ocurrido; entónces el pueblo, en medio de la algazara i de la broma a que daba lugar tan cómica aventura, abrazaba a los soldados, felicitándolos por tan orijinal i divertida jornada. Los abrazaban i al mismo tiempo les quitaban sus fusiles, i de esta manera fué desarmada la tropa del audaz Espinosa. Los constitucionales, advertidos de lo que ocurria, volvieron a desembarcar, i Pisagua fué recuperada por las fuerzas de la escuadra, dándose a esta aventura el nombre de *la batalla de los abrazos.* Espinosa iba a ser fusilado por traidor; pero Merino Jarpa se opuso a este sacrificio inútil, declarando que ese oficial era todo un valiente i que su vida debia ser respetada.

Momentos despues se anunció que una fuerte division balmacedista descendia de la montaña i que era necesario abandonar la plaza, pues no habia cómo defenderla i era inútil sacrificar la ciudad, que seria incendiada completamente. Merino Jarpa cedió a estas justas exijencias i volvió a embarcarse con su tropa... En el espacio de veinte horas habíamos sido dos veces vencedores i dos veces vencidos. Así es toda la campaña de Tarapacá.



XX

Arica es un pequeño i blanco nido, que el famoso Morro defiende de toda sorpresa; sus alrededores son arenosos i cubiertos de médanos, pero un poco mas distante se estienden valles de verdura tropical. Posee una linda iglesia que eleva al cielo su calado campanario, i una magnífica aduana de piedra i fierro, construida por Eiffel, el de la famosa torre. El Morro, visto desde el mar, no tiene ninguna majestad, i sorprende que ese pequeño promontorio pueda constituir defensa tan formidable. El tricolor de Chile flameaba en la altura. ¡Qué de recuerdos, de hechos inmortales i tristes, trae a la memoria la vista de ese promontorio! En su meseta i alrededores tuvo lugar el hecho mas sangriento de la guerra del

Pacífico, i fué aquí donde el Perú perdió a sus mas esforzados i valientes defensores. Toda la historia de esos dias de gloria para nosotros i de adversidad para nuestros vecinos, renace como de una fosa ante esa bandera que flamea al viento i que tantas vidas costó izar sobre esa cumbre de arena. Es una pájina horrible de valor i de muerte.

Despues de la batalla de Tacna, el jeneral Baquedano exijió la entrega de Arica, cuyo puerto era la llave de la posicion militar que acababa de conquistar, i envió de parlamentario con este objeto al mayor Salvo. El jefe chileno fué conducido con los ojos vendados a la presencia del coronel Bolognesi, que le recibió con la mayor cortesía, i despues de oir su embajada, que era motivada por el deseo de evitar un derramamiento inútil de sangre, sin objeto despues de la batalla de Tacna, Bolognesi contestó con calma que tenia deberes sagrados que cumplir i estaba dispuesto a quemar el último cartucho.

Ante tan resuelta actitud el parlamentario chileho dió por terminada su mision, e iba ya a retirarse cuando el coronel Bolognesi le retuvo diciendo que la respuesta que acababa de dar era su opinion personal, pero que creia necesario consultar a los jefes i que a las dos de la tarde mandaria contestacion definitiva.

El mayor Salvo estimó esta demora como una

táctica para ganar tiempo i no la aceptó, manifestando con su énfasis característico, que en la situacion en que se encontraban, una hora podria decidir de la suerte de la plaza.

Bolognesi contestó que haria la consulta en el acto, i en presencia del mismo jefe chileno, hizo llamar a su despacho a los oficiales de mas alta graduacion. El primero en presentarse fué Moore, despues Ugarte, Inclan, Arias, Zavala, Varela, Bustamante, el arjentino Saenz Peña, los Cornejos i otros.

La consulta fué breve, pues apénas Bolognesi dió a conocer el objeto de la reunion i la respuesta que habia dado, Moore se puso de pié i dijo tranquilamente:

—Esa es tambien mi opinion.

Frase que fueron repitiendo uno a uno todos los oficiales peruanos por el órden de su graduacion.

Salvo dijo entónces que su mision estaba concluida, saludó, dando la mano a los oficiales que conocia, i agregó despues:

—Hasta luego.

Esta actitud de los jefes peruanos revelaba en esos momentos un gran valor moral, pues se decidian a luchar contra un enemigo victorioso i cuyo empuje sus soldados no podian resistir.

Bolognesi era un militar de verdadero mérito.

Nacido en el Perú, de una familia de oríjen italiano, habia militado desde su juventud en la carrera de las armas. Castilla le estimaba por su honradez i valor, i desde la toma de Arequipa, en 1858, habia llegado a ser su favorito. Abandonado por Montero, con tropas bisoñas, su mas poderoso elemento de defensa consistia en 250 quintales de dinamita, que el almirante le habia entregado diciéndole que era necesario hacer volar a Arica con todos sus defensores i asaltantes, pues se necesitaba, para salvar al Perú, de un hecho que, como el estertor de la agonía, sacudiera profundamente el corazon de la patria. Despues de esta solemne declaracion, Montero se alejó sin querer participar de la inmensa i terrible gloria que cedia a Bolognesi i sus tropas.

Desde ese momento Bolognesi se contrajo con gran actividad a fortificar a Arica: para la defensa de la rada construyó baterías rasantes, a pesar de que la plaza es por este lado inespugnable, i su punto débil era por tierra, por encontrarse en una llanura abierta que se dilata hácia el norte, i estar rodeada por el oriente de cerros arenosos que van a terminar hácia el mar, en la levantada península que se denomina el Morro. En este punto reconcentró Bolognesi todos sus esfuerzos, especialmente desde que las operaciones del ejército chileno se dirijieron hácia Tacna. Trató de

formar un campo atrincherado; pero no tenia elementos, i se contrajo a completar las baterías abiertas dándoles forma de reductos, cubriendo su retaguardia con parapetos i agrupando ahí toda la artillería de que podia disponer: grandes cañones Vavasseur i Parrots del calibre de 250, 100 i 70. Encargó tambien al injeniero Elmore que completara con la dinamita la defensa, distribuyéndola en torpedos i minas. La línea fortificada tenia una estension de mas de tres kilómetros. Víveres i municiones poseia suficientes para un largo asedio.

Despues de la batalla de Tacna, los vencedores se dirijieron hácia Arica. Se discutió si se estableceria un sitio o se tomaria la plaza por un asalto, i se decidió lo último, mas conforme con el temperamento de nuestras tropas. El coronel Lagos, que iba a ser el héroe principal de esta hazaña, sostuvo el asalto, tan propio de su índole audaz. El plan consistia en una sorpresa ejecutada al amanecer, sin tirar un tiro, a la bayoneta i con tropas escojidas. Para aumentar la emulacion de los soldados se rifaron los cuerpos que debian obtener la preferencia, i tocó al 3.° el honor de atacar al fuerte *Ciudadela*, al 4.° el fuerte del *Este*, i al Buin la retaguardia i la reserva.

Al amanecer del dia 7 los asaltantes se pusie-

ron en marcha, i momentos despues la artillería peruana rompia sus fuegos. Entónces los ájiles soldados del 3.º se lanzaron a toda carrera i en ménos de quince minutos asaltaron los parapetos del fuerte que se les habia designado i lo tomaron con sus cuatrocientos hombres, que depusieron las armas.

Apénas los soldados chilenos habian tomado posesion del fuerte, una espantosa detonacion oscureció el cielo i estremeció la tierra. Un cabo de artillería, llamado Alfredo Cárdenas, habia puesto fuego al polvorin i hecho saltar un centenar de soldados chilenos i peruanos. Enfurecidos con esta traicion, nuestros soldados se lanzaron sobre los rendidos i los esterminaron. El fuerte quedó convertido en un lago de sangre cubierto de cadáveres.

Cuando se izaba en este fuerte la bandera de los vencedores, los soldados del 4.º i del Buin se dirijieron al asalto del Morro, que defendia Moore. El Morro estaba silencioso. Algunos batallones peruanos corrian para refujiarse en su recinto, i en esta carrera cayeron heridos por los nuestros algunos de sus mejores jefes. Bolognesi alzó entónces sobre los cañones bandera de parlamento; pero nuestros soldados, ciegos de cólera por las minas que reventaban a su paso, no respetaron esa insignia ni oyeron las órdenes de sus jefes, i

los cuatro valientes que ahí se agruparon, Bolognesi, Moore, Ugarte i Blondet cayeron heridos de muerte. Solo el oficial arjentino Roque Saenz Peña fué perdonado en medio de esta matanza.

Ántes de las ocho de la mañana, el teniente Casimiro Ibañez, del 4.º de línea, bajaba del Morro la bandera peruana e izaba en su lugar una banderola de su cuerpo.

Miéntras ocurria en el Morro este drama sangriento, el Lautaro se deslizaba silencioso por entre los matorrales de la llanura i envolvia los reductos. El mayor peruano Ayllon, que mandaba en esos fuertes, hizo un aparato de resistencia al mismo tiempo que ordenaba reventar todos los valiosos cañones i prendia fuego a las mechas de los polvorines, haciendo volar todos los fuertes del norte, miéntras sus soldados se rendian.

En esos momentos Baquedano, seguido por Velasquez, penetraba en Arica, i penetraba a tiempo para impedir que los del Lautaro sacrificaran a los peruanos en castigo a los torpedos i minas que por todas partes reventaban.

Los peruanos perdieron mas de mil hombres i los chilenos cerca de quinientos, entre ellos al comandante San Martin, del 4.º de línea, que espiró triunfante sobre el Morro, vivando a Chile, al mismo tiempo que, un poco mas distante, espiraba tambien su hijo.

Arica fué tomada en una hora, miéntras los jefes i oficiales de las escuadras estranjeras fondeadas en la bahía apostaban que no seria tomada en ménos de tres dias, i algunos sostenian que ni en quince. Sin embargo, la toma de esta plaza es una de las pocas acciones de esa época en que nuestros jefes desplegaron estratéjia, o por lo ménos, cierta maña para desorientar al enemigo, pues el aparato de ataque por el lado del mar, ejecutado dias ántes, hizo dudar a los peruanos sobre si la plaza seria atacada por tierra.

Varios de los cadáveres que quedaron en el fuerte del Morro fueron arrojados al mar por los vencedores, entre ellos el del valiente Alfonso Ugarte, que se habia educado en Chile. Este hecho ha dado lugar a una leyenda fantástica, que supone que Bolognesi, Moore i Ugarte, montados en sus caballos de batalla, se arrojaron al mar, desde lo alto del Morro, por no caer prisioneros. El cuadro es grandioso i conmovedor, pero no es exacto.

Esta leyenda se cree todavía en el Perú porque es hermosa i halaga la vanidad i el orgullo nacional, i es una reproduccion, mas hermosa todavía, de la accion de Paniotowski, la esperanza de la Polonia, quien, derrotado en Leipzig, prefirió arrojarse con su caballo en las caudalosas aguas del Elster ántes que caer prisionero.

Pero ya, en 1821, habia ocurrido en el Perú, poco ántes que San Martin entrara a Lima, una accion parecida, pero auténtica: el héroe es Pringles, i el narrador de ella Lucio Martinez.

En el combate de Pescadores, Pringles tenia de un lado el cerro, del otro una salida precisa i a su espalda el Pacífico. Repentinamente numerosa fuerza española le cierra el paso. Pringles se lanza contra los enemigos seguido de algunos granaderos a caballo. Tres veces procura abrirse camino; pero sus cargas son rechazadas. Desunida su tropa, pelea cuerpo a cuerpo; pero allí nadie se rinde. El enemigo le empuja hácia el mar. No hai mas que rendirse o morir, e hizo lo último i se arrojó al océano, montado en su caballo de batalla. Afortunadamente se salvó, i los españoles, admiradores del valor, le concedieron una medalla que inmortalizara su hazaña.





XXI

A medio dia, i sin que el vapor penetrara en bahía alguna, nos encontramos anclados frente a Mollendo, el mas raro, el mas orijinal, el mas escéntrico de todos los pueblos marítimos. La ciudad, construida en la falda de una colina, parece que se hubiera resbalado i quedado pendiente sobre el mar, i el viajero espera ver caer al agua alguna vieja casa, algun pedazo de barrio sostenido milagrosamente en el aire. Si la torre inclinada de Pisa es una maravilla, Mollendo colgando sobre el mar es un prodijio. Verdad que nada perderia el arte con que Mollendo cayera al agua; pero seria de lamentarlo por sus habitantes, que deben sentir por su pueblo un estraño afecto, el

cariño a todo aquello que nos cuesta un esfuerzo constante, por lo ménos de equilibrio.

En Mollendo no hai muelle; seria una construccion inútil, pues lo que necesita la ciudad es un ascensor. Los viajeros desembarcan de una manera bien orijinál: se introducen en un tonel, en una pipa o en un canasto i, por medio de cables, son suspendidos hasta dejarlos en tierra firme. I para ejecutar esta operacion, ¡qué de aventuras i peligros! A veces el aparato se cimbra mucho tiempo en el aire o desciende hasta el agua en medio de las risas de los curiosos de tierra i de los que presencian el espectáculo desde la cubierta de las naves. Despues de desembarcar en Antofagasta, parecia que nada de mas interesante hubiera sobre el mar; pero Mollendo eclipsa no solo a todo lo existente, sino a lo que pudiera crear la imajinacion mas soñadora. Mollendo es una ocurrencia. Solo la fantasía oficial del Perú, tan rica en absurdos, pudo fundar una ciudad en este sitio i darle vida comunicándola con Arequipa por medio de un costoso ferrocarril. Vemos llegar uno de los trenes que desciende lentamente la colina, i nos parece una burla este derroche de dinero en una construccion tan inútil. Mollendo no será nunca otra cosa que un pueblo artificial, levantado en un rincon inverosímil i grotesco, en el que hasta el mar

parece estrellarse entre las rocas con zumbante sorna.

En Mollendo se embarcan a bordo del *Coquimbo* numerosos pasajeros que vienen de Arequipa i de otros departamentos i provincias interiores del Perú. Muchos de esos viajeros forman parte de la representacion nacional i se dirijen a Lima para asistir a las sesiones del Congreso que debe ser inaugurado el 28 de Julio, aniversario de la independencia peruana. Es jente comunicativa i franca i algunos parecen descender directamente de la raza india; guardan con los chilenos cierta reserva; pero sin salir jamas de los límites de la cultura i de las buenas maneras. Se embarca tambien un cura boliviano que trae numeroso equipaje de mujeres i canastos; éste sí que es pura raza cuica. Viste traje mitad sacerdotal i mitad paisano. Una sotana mui usada i corta deja ver sus pantalones a grandes cuadros amarillos i café, i sombrero de paja de Guayaquil oculta su tonsura. Los chilenos, acostumbrados a la discreta i elegante correccion de su clero, sonrien maliciosamente a la vista de ese estraño representante de un catolicismo pobre, primitivo i de una doctrina un tanto libre i poco vijilada por los príncipes de la Iglesia. No pasa desapercibida para el cura la curiosidad de que es objeto, i sus pequeños ojos negros brillan con

despecho; pero afecta un aire indiferente, i despues de instalar en todo un camarote a sus mujeres, que probablemente son sus hermanas i sobrinas, se pasea por la cubierta con el aire de un hombre resuelto i que no teme a las murmuraciones. Talvez es un buen sacerdote que no tiene mas defecto que lo corto de su sotana i los muchos cuadros de sus pantalones.

En la tarde, el *Coquimbo* continúa su rumbo hácia el norte seguido por algunos lobos marinos de oscura piel i de esa mirada tonta i sin espresion que tienen las fieras del mar.

En la noche tenemos gran concierto en el comedor, organizado por la parte jóven de la colonia peruana. El piano jime destemplado bajo la presion constante de los alegres parlamentarios. Se canta la *Niña Pancha*, la *Gran Via* i todo ese repertorio poco intelectual que las tandas han puesto en boga. Los cantantes no son malos i talvez lo hacen mejor que los actores del *Politeama* de Santiago i del *Politeama* de Lima; pero los temas escojidos no son propios de semejantes aficionados. Como protesta silenciosa contra ese bullicioso i poco distinguido repertorio, entonamos en voz mui baja, para no ser oidos de nadie, en compañía de B. P. B., que es todo un artista, i miéntras nos paseamos por la cubierta del vapor, la gran marcha nupcial de Lohengrin

i el duo entre Elza i su esposo, que oimos seis veces seguidas en el Municipal de Santiago. La noche es serena, el cielo está cubierto de estrellas i nuestro corazon henchido de recuerdos de la patria. ¿Volveremos a oir otra vez los cantos sublimes del gran maestro del porvenir? I la idea de que en estos momentos se desploma en Chile nuestra civilizacion i cultura, nos hace enmudecer... No brotan lágrimas de nuestros ojos, pero sí del corazon. "¡Que gran desgracia, pensamos, es perder a la patria!" Pero la gran fé que tenemos en su destino nos devuelve en el acto la tranquilidad i la calma. Las olas se ajitan bulliciosas alrededor del vapor i la *Gran Via* resuena en el comedor en medio de las risas i de la charla alegre de los peruanos. La idea de que nuestra patria pudiera ser vencida algun dia hiela la sangre en nuestras venas, i pensamos que si tal desgracia ocurriera nosotros no podríamos reir amas.





XXII

Al amanecer entra el *Coquimbo* en la anchurosa i alegre bahía de Pisco, rodeada de bajas colinas cubiertas de claro verdor. El mar está tranquilo i azul como el cielo. Una luz blanca i tibia, luz de mañana de invierno, alumbra la bahía, las montañas i la ciudad i esparce en el ánimo del viajero cierta impresion de molicie. Parece que la naturaleza se despierta soñolienta, con su blanca bata de mañana, i nos mira amable i risueña.

La ciudad, pequeña i desparramada como todas las viejas ciudades españolas del continente, surje aquí i allá en blancos trozos que medio ocultan las arboledas. Algunos tonos de verdor

mas oscuro, formados de grupos de pinos, de olivos i de plátanos, matizan el verde claro del paisaje.

Como es dia de fiesta, no hai movimiento comercial en la bahía; los pocos buques fondeados en ella yacen silenciosos, i solo a la llegada del *Coquimbo* algunos botes surcan la clara superficie para ir a ofrecer sus servicios a los viajeros. Vendedores de dátiles i de paltas que llevan sus frutas arregladas en largos canastos, asaltan tambien el vapor ofreciendo sus artículos por precios exhorbitantes, que despues los reducen a la tercera parte de su primera tentativa.

Lo mejor que hai en Pisco es el elegante e interminable muelle de fierro. Como la bahía tiene mui poco fondo, los buques lanzan sus anclas mui afuera, i el muelle, para alcanzarlos, se ha ido estendiendo, estendiendo... pero siempre ha quedado corto. El Fisco peruano tiene aquí muelle de mas i bien podria repartirlo entre todos los otros puertos de la costa que no lo poseen, quedando siempre un buen trozo para Pisco. Si este reparto se hiciera, me permitiria recomendar a Mollendo; pero colocándole el muelle para arriba, en forma de piramidal escala.

Desembarcamos en el gran muelle de Pisco i lo recorremos en toda su estension de seis cuadras, sentados en un carrito que se desliza

sobre los rieles, empujado por unos cuantos pisqueños. La escursion es divertida i agradable, pues vamos en buena i numerosa compañía. Así, de esta manera un tanto triunfal, llegamos hasta los umbrales de la ciudad, que recorremos en diez minutos. ¡Qué feo i abandonado es el pueblo! No hai veredas en las calles i las casas son todas viejas i en ruinas. En un balcon, el único que divisamos, hai un grupo de mujeres que nos miran con curiosidad i se permiten reirse de nosotros. Dos señoras caminan con cuidado por las despedazadas veredas, tratando de no tropezar en los guijarros. Son las primeras peruanas que vemos en su tierra i les miramos los piés. Son como los de las chilenas.

Celebramos nuestra visita al pueblo bebiendo en la mejor fonda una copa de pisco a la salud del Perú. Se sabe que aquí se fabrica un pisco delicioso de chirimoyas i de uvas, pero el que bebemos no tiene nada de notable.

El dueño de la fonda nos observa que, si nos apresuramos, podemos hacer una visita a la ciudad de Pisco, que dista del puerto como una milla i se comunica por medio de un ferrocarril de sangre. La estacion de este ferrocarril dista solo una media cuadra de la fonda, i nos dirijimos a ella. Un carro espera llenar sus asientos para ponerse en marcha. La comitiva, de la que formamos

parte, los ocupa todos, i las mulas, dos hermosas i bien cuidadas mulas, parten a paso rápido. Este ferrocarril solo posee un carro que sale del puerto cuando sus asientos están todos ocupados i regresa cuando vuelve a llenarse. El mismo propietario de la línea cobra los pasajes. La administracion es de lo mas sencillo i no se necesitan empleados para la contabilidad.

El trayecto que se recorre para llegar a la antigua ciudad de Pisco es mitad campo i mitad calle. Algunas pobres viviendas se alzan aisladas, i largos tapiales desmoronados permiten divisar la campiña casi abandonada. La indolencia ostenta aquí su ropaje de miseria. I los campos parecen ricos, i la turbia agua fertilizante corre por una ancha acequia al borde del camino, i el hombre mira todo aquello con la boca abierta, cuando no está comiendo plátanos o mascando dátiles.

La antigua Pisco no pasa de ser un viejo i empolvado caserío con cierto aire colonial. Parece una estensa plaza con un jardin seco i abandonado como todo lo que aquí se ve. En uno de sus frentes se alza una mansion colonial, trasformada en posada, encima de cuya ancha puerta se ostenta un borrado blason heráldico, sobre el que se ha posado un gallinazo con aire sarcástico i siniestro. En otro estremo de la plaza está la iglesia, con dos bajas torres mui separadas i una

aplastada cúpula. Penetramos en el sagrado recinto, que está casi lleno de fieles del sexo femenino. Hai misa cantada i el órgano cruje lloroso como si un dolor agudo le atormentara al hacer funcionar sus viejos fuelles. Los sacerdotes visten deslumbrantes casullas cubiertas de lentejuelas i galones de oro i plata. Muchas luces, muchas flores marchitas i mucho incienso de mal olor.

Penetramos lentamente para no llamar la atencion ni perturbar a las devotas; pero uno de nuestros amigos calza botines con crujideras que imitan a la perfeccion los jemidos del órgano, i casi toda la concurrencia vuelve la cabeza para conocer al músico. Es un espectáculo bien estraño: cien o doscientos rostros femeninos de todas edades i de todas las formas imajinables se vuelven a un tiempo con sorpresa i alegría. Nos ocultamos junto a una de las gruesas columnas de la arquería... Cuando la curiosidad de las mujeres se satisfizo, examinamos algunos de los altares. ¡Qué de maravillas se ven en esta iglesia! Nada mas estrafalario que los trajes de estos pobres santos. Llama sobre todo nuestra atencion una Vírjen con abanico, un Cristo en traje de *gaucho* i una santa, cuyo nombre no pudimos averiguar, que sorbia rapé. Semejantes escentricidades parece que avivan la estinguida fé de estos creyentes. Se quiere mas a estos santos caseros que

han adoptado los usos i costumbres del pueblo, alejándose un tanto del cielo, para vivir entre el mundo de sus devotos. Así, las personas encargadas de sus arreglos los mudan, los peinan i hasta los lavan periódicamente, como si se tratara de personajes vivos que no pudieran valerse por sí mismos a consecuencia de alguna parálisis desarrollada en todo su organismo; i miéntras los sirven de esta manera, solicitan sus influencias celestiales en obsequio de alguna miseria humana; que todo es recíproco en la vida i mui raros son los favores que se hacen en este mundo con verdadero desinteres. Muchas otras curiosidades descubriéramos en la antigua iglesia a no oir los silbidos del vapor que nos llama para emprender el viaje. Nos damos prisa; pero ántes de salir del templo dirijimos una última mirada a los altares i nos sorprende un nuevo hallazgo.

Es una imájen estravagante, con moño orijinal que tiene la forma de esos peinados que se ven en las figuras que adornan el esterior de las tazas de té, de los abanicos i quitasoles japoneses. Sus ojos entornados i melancólicos, su color amarillo como el de un yeso antiguo i sus labios mui encendidos, completan la ilusion de encontrarnos en presencia de una de las imájenes del catolicismo chino o japones. La introduccion en este templo de un tipo tan poco divino se debe se-

guramente a la influencia de la numerosa poblacion asiática que existe en Pisco; insensiblemente la fisonomía popular se ha ido modificando i con ello el sentimiento i la espresion de la belleza. Recuerdo en ese instante que uno de los obstáculos mas poderosos que ha tenido el catolicismo para desarrollarse en el Japon i la China, ha sido el tipo de sus imájenes. Las razas amarillas del Asia, de una antigüedad antidiluviana i que han perdido su sávia en las luchas i trasformaciones de tantos siglos, conservan, sin embargo, poderosa la tradicion de su belleza, trasmitida de jeneracion en jeneracion, i se resisten a rendir homenaje a divinidades que no tienen semejanza alguna con sus dioses. Si el catolicismo tuviera en su cielo imájenes parecidas a las de Buhda o Confucio, talvez habria hecho vacilar a nuestros creyentes chinos, causando en ellos impresion mas favorable que las mas evanjélicas i razonables doctrinas.

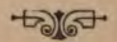
Probablemente la imájen que tanto me sorprende ha sido trabajada por algun artista nipon residente en Pisco, uno de esos inconscientes escultores o pintores en laca que reproducen automáticamente los tipos espirituales i lijeros de su raza; pero este asunto, un tanto psicolójico, lo entrego al estudio de turistas mas penetrantes i que viajen con ménos prisa que yo.

Vuelvo a la plaza i, dando una última mirada a Pisco, veo con pena las calles que desembocan en su centro i que son mas bien terrosos callejones. Hácia el oriente diviso otra iglesia cuya fachada en ruinas es igual a la que acabo de visitar: dos torres bajas situadas en los estremos del edificio i una hundida cúpula de la que solo se ve la parte superior coronada por una cruz. ¡Cuántos tesoros de vieja i familiar orijinalidad encerrará este otro templo que me es imposible visitar!

Veo tambien un teatro chino que anuncia para la noche un espectáculo en diez actos.

La puerta de entrada está cubierta por una cortina amarilla, adornada con dibujos estravagantes entre los que se destacan algunas mariposas de color rosa i negro.

Tomamos con precipitacion el tranvía que nos espera para llenar sus asientos, pues el vapor nos llama con sus agudos silbos.





XXIII

Cuando llegamos al *Coquimbo*, se embarcaba un grupo de indios peruanos: tres mujeres i dos hombres. Tienen éstos un aire humilde i bondadoso; pero las mujeres, a pesar de la dulce suavidad de sus rostros, poseen una espresion mas viva e intelijente. Llama la atencion el traje azul que usan tan semejante en su corte a la túnica de Jesus, lo que hace decir a uno de los viajeros que no seria estraño que los primitivos peruanos descendieran de los hebreos; que esta analojía ya se ha discutido mucho i se basa en la existencia de una misma lei gramatical: así, por ejemplo, la posesion de la primera persona se espresa en hebreo i en *quichua*, añadiendo una

y al nombre de la cosa poseida. El judío dice *adonay* (mi señor) i el peruano *yaytay* (mi padre). A lo que observa mui oportunamente un señor presbítero que va en el vapor, que esta identidad debe existir en casi todos los idiomas, puesto que ántes de la confusion de Babel la humanidad hablaba una sola lengua, de la que sin duda quedarian vocablos i reminiscencias en todas las demas. Sin embargo, añade uno de los caballeros peruanos que subieron al vapor en Mollendo, la teoría de que los hebreos pudieran haber poblado algunas rejiones de América, no es destituida de fundamento: siendo habitada la tierra de Canaan por hebreos i fenicios, estos últimos, que tanto se distinguieron por sus atrevidas empresas marítimas i por sus lejanas colonias, no pueden ménos de ser contados entre los projenitores de los indios.

Muchos historiadores dan por seguro el descubrimiento de inscripciones fenicias en los reinos de Yucatan i del Brasil, en las que se declara la venida de cananeos a esas rejiones. Otros monumentos, entre ellos las célebres ruinas de Tiahuanuco, parecen corroborar ese testimonio.

Pero los datos científicos que arrojan mas viva luz sobre esta interesante cuestion son los encontrados por el baron Oufroy de Faron i completados recientemente por M. Ferard, que se remon-

tan a la época de los fenicios i en los que se revela que estos famosos navegantes comerciaban con los pueblos de la América Meridional. Mr. Faillan se ha adherido a la opinion de los señores Oufroy i Ferard i cree que las espediciones de los fenicios a la América deben atribuirse no al conocimiento jeográfico que tenian de estas rejiones, sino a la influencia poderosa que ejercen en la navegacion las corrientes marinas del Atlántico.

En Diciembre de 1731, una barca cargada de vino de Canarias se dió a la vela en uno de los puertos de estas islas con rumbo a Palma de Mallorca; mas, sorprendida por una tempestad, tuvo que desviarse de su ruta i entrando en la gran corriente del *Gulf Stream*, atravesó el Atlántico con pasmosa rapidez. El asombro de estos marinos que debiendo dirijirse a las Baleares, fueron a parar a la isla de la Trinidad, impulsados por las corrientes oceánicas, confirma la opinion de Oufroy i Ferard. Un hecho análogo ocurrió al navegante Arixmarsson, quien navegando hácia el sur por el año 982, fué arrastrado a la parte de la América llamada de los "hombres blancos", en donde recibió el bautismo i no habiendo obtenido permiso para regresar a su pais fué reconocido por los isleños de Olhvey i por otros irlandeses.

Por lo demas, si los fenicios tenian conocimiento de la América, tambien lo tuvieron los normandos de las costas setentrionales, i sabidas son las espediciones que dieron a conocer las rejiones tropicales del continente. Mas inciertas son las huellas que algunos creen haber encontrado de un descubrimiento de América hecho por los irlandeses en 980; pero lo que constituye hoi una verdad histórica indiscutible es el descubrimiento del Nuevo Mundo hecho por Leif en el año 1000, desde la estremidad norte hasta los 11° de latitud setentrional, a cuya empresa contribuyeron, de una manera casual, los marinos noruegos.

Miéntras así se charla en la cubierta del *Coquimbo*, las señoras, dando ya por resuelta esta árdua cuestion a favor de los hebreos, examinan a los indios con interes creciente i descubren en sus facciones rastros bíblicos i en sus vestidos el mismo corte, ámplio i suelto, de la túnica clásica del Salvador.

Compasion i cariño nos inspiran ese grupo de jóvenes indios por cuyas venas corre la sangre misteriosa de los primeros desconocidos pobladores del continente i que aun resisten i luchan despues de tantos siglos de infame esplotacion. Los conquistadores españoles, crueles i ávidos, declaraban que estas razas eran inferiores a los

animales; pero semejante afirmacion no pasaba de ser la eterna calumnia de los opresores que tratan de disculpar su tiranía. Los grandes i curiosos monumentos que aun viven desparramados en ruina en los campos i ciudades del interior del Perú, atestiguan la antigua cultura de esta raza, cuyos descendientes se han distinguido en la enseñanza, en la tribuna i en actos de abnegacion i de virtud.





XXIV

La historia del Perú se pierde en los tiempos fabulosos, e investigador alguno ha podido resolver de una manera clara el problema del oríjen de su raza, ni aun aplicando a la comparacion de los cráneos i de los descubrimientos jeolójicos las doctrinas mas prestijiosas i modernas.

No sé si para resolver este misterio se haya aplicado tambien la famosa teoría de Darwin sobre la formacion de las espécies por via de seleccion, i la no ménos célebre de los que admiten muchos centros de creacion i, por consiguiente, la de un gran número de Evas i de Adanes con una costilla de ménos. Si así fuera, i con perdon del Jénesis, la creacion del primer Adan

i de la primera Eva peruana debió de tener lugar en el valle del Jauja, que de mui antiguo es considerado por estas razas como el verdadero paraiso terrenal... Tambien se ha tratado de probar que la raza peruana es la mas antigua de la tierra por los restos humanos encontrados bajo las capas de caliche del territorio de Tarapacá, i cuya formacion habria exijido millares de siglos. Se sabe que los sabios, cuando miran el pasado, acumulan los siglos con la misma facilidad i certeza de quien, mirando al cielo, declara que el número de sus estrellas es de 80.732,511, ni una de mas ni de ménos.

Esta babilonia de ideas que comprende los oríjenes de la humanidad, ha puesto mas de relieve las teorías de los que sostienen la unidad de la especie i la asombrosa analojía que ofrecen las trasformaciones que, tanto en ella como en las ideas i sentimientos de la humanidad, se han operado.

Aceptada la tradicion de un oríjen comun, falta saber si vinieron de la China, de la India, del Japon o del Ejipto los primeros pobladores del imperio caucásico. Es posible; pero seguramente no vinieron de la Grecia, como lo asegura el historiador arjentino doctor Vicente Fidel Lopez, que ha declarado a los primitivos peruanos primos de los griegos. Manco Capac, descendiente de Pericles, i Mama Oello, de Aspasia!

Mas natural seria declarar a los antiguos peruanos oriundos de las razas del Asia setentrional, pues la escritura usual de los Incas eran los *quipus*, que, heredados de los mongoles, recibieron en el Perú las mas estensas i maravillosas aplicaciones, como lo manifiesta Lorente en sus interesantes estudios sobre la civilizacion inca.

Para hacer a los peruanos de un oríjen propio o, por lo ménos, mas antiguos que las razas de que indudablemente descienden, se ha alegado lo difícil de las comunicaciones entre el Viejo i Nuevo Mundos; pero en nuestros dias se ha manifestado hasta la evidencia que siempre fué espedita la comunicacion de América con el Asia por el Estrecho de Behring, que los hielos trasforman en istmo, i por otras vias terrestres o marítimas: habia facilidad de comunicaciones por tierras que despues se han sepultado en el océano, de lo que aun restan inequívocos indicios; i existian comunicaciones marítimas realizadas por largas navegaciones, facilitadas por vientos i corrientes del mar i la audacia de los pueblos navegantes.

Se ha sostenido, igualmente, la teoría de que los peruanos tienen un oríjen distinto a los descendientes de Adan, por el carácter singular de su antigua cultura i la falta de tradiciones bíblicas; pero no es exacto que la cultura de los Incas

difiriera completamente de las de otras naciones i que olvidaran las tradiciones relijiosas. Si bien es cierto que se rendia al Sol los homenajes de una divinidad, la jente culta de las mas altas clases adoraba a un Dios único i creador del mismo Sol. Existia entre ellos mas de un Sócrates que no hacia misterio de sus dudas i predicaba con valentía la doctrina de la existencia de un Ser Supremo creador de todo el universo. Segun Garcilaso, el templo de Pachacamac estaba dedicado a esta divinidad; las estátuas del Sol i del Trueno le hacian reverencias i acatamientos. Se atribuia tambien a este dios misterioso las grandes victorias ganadas por los ejércitos de los Incas.

Cuando se estrenó el gran templo de Cavicancha, i despues que una asamblea relijiosa decidió que el Sol era el mas poderoso de los seres, Inca Yupanqui se puso de pié i acusó de ignorantes a los sacerdotes diciéndoles: "Buscad a aquel que manda al Sol, ordenándole recorrer su carrera i miradle como el Creador i Omnipotente. Si alguno de vosotros puede responder a mi razonamiento, que lo haga, pues niego su omnipotencia sobre los negocios del mundo." I todos, segun Balboa, convinieron en la existencia de una primera causa, a la que dieron el nombre de Pachacamac, que significa Crea-

dor del mundo. En otra gran fiesta relijiosa, *Huaina Capac* dijo al Sumo Sacerdote que el Sol debia tener otro Señor mas grande i poderoso que él, porque nunca descansaba en su camino, i el Supremo Señor habia de ejecutar las cosas con mas sosiego i detenerse por su gusto, aunque no tuviera necesidad de reposo. El mismo Atahualpa, contestando a Valverde, esclamó: "Pachacamac, es el que ha creado todo lo que existe!" Pero nada mas decidor que las oraciones que dirijian al misterioso Ser: "Oh Hacedor, que estás desde los cimientos i principios del mundo hasta los fines de él, poderoso, rico, misericordioso, que distes ser i valor a los hombres, guárdalos salvos i sanos, sin peligro i en paz! ¿A dónde estás? ¿Por ventura en el alto del cielo? Óyeme i concédeme lo que te pido. Dános perpétua vida para siempre, i esta ofrenda recíbela, donde quiera que estuvieses, ¡oh Hacedor!" Es casi una oracion cristiana.

Pero miéntras en las clases intelectuales del imperio se desarrollaba un culto mas elevado i razonable, en el pueblo se perpetuaba el politeismo, i cada pasion, cada interes o sentimiento tenia una divinidad en la tierra o en el cielo. El olimpo peruano, si no tan brillante como el griego, se estendia a toda la creacion; no eran dioses mundanos i elegantes como Vénus, Apolo i Afro-

dita; pero eran tambien los seres superiores que dispensaban los favores de la riqueza, del amor, de la sabiduría i de la gloria.

La version mas autorizada sobre la filiacion de los primitivos habitantes del Perú es la de que éstos descienden de la India, de la China i de la Oceanía. Las largas navegaciones que ántes se tenian por un obstáculo insuperable, han dejado de mirarse como una dificultad séria, desde que se sabe que los isleños del mar del sur han dispuesto de buques aptos para sus travesías, que desde la isla Haití navegaban hasta la Nueva Zelanda, i que se emprendian guerras marítimas de archipiélagos contra archipiélagos, trasportándose en sus flotas tribus enteras, sea por escapar de enemigos superiores, sea por conquistar otras naciones. De que tuvieron relaciones con el Perú, dice Lorente, son claras pruebas la memoria que conservan los habitantes de Arica, Acari, Ica i otros costeños, de largos viajes a las islas del Pacífico, la analojía de los monumentos peruanos con los de la isla de Pascua, afinidades manifiestas en los idiomas, la semejanza de tipos i la comunidad de algunos usos.

Estas observaciones son sin duda las mas razonables: el viajero que penetra en el Perú siente que se encuentra en una nacion mas asiática que

americana, i que los hijos del Sol tienen afinidades poderosas con los del *celeste imperio*. La corriente de inmigracion asiática i las relaciones comerciales, que de mui antiguo el Perú ha cultivado con la China, contribuyen a hacer mas viva esta impresion.





XXV

El *Coquimbo* marcha rápidamente en direccion al Callao, i por primera vez el mar, riente i perezoso, forma una azulada i tranquila superficie. Los viajeros gozan de ese dulce bienestar que comunica al ánimo la quietud de la naturaleza.

A medio dia se divisa en la costa un grupo de oscuras arboledas, i los pasajeros que van en el puente esclaman:

—¡Tambo de Mora!

Momentos despues estramos en una bahía enormemente abierta hácia el sur, i cuya costa norte avanza en línea recta hácia el este, de manera que el continente parece torcer en direccion a la Oceanía. No se ve una nave en este mar i solo

se divisan cuatro o cinco botes abandonados en la playa. El *Coquimbo* fondea i ninguna embarcacion se acerca a sus costados; repetidas veces anuncia su llegada con agudos silbidos, pero nada! Al fin se nota en tierra cierta ajitacion: buscan a los marinos tripulantes de las pequeñas embarcaciones. Aparecen algunos i como de mal humor se embarcan en sus botes conduciendo a unos cuantos pasajeros.

Tambo de Mora tiene el aspecto de un gran claustro o de un vasto i sombrío huerto plantado de oscuros olivos. No existe aquí pueblo ni caserío alguno i solo se ven las blancas murallas de una casa oculta casi entre el ramaje. En el fondo del valle se divisan cultivos i frondosas arboledas que trepan las montañas. Es un sitio lleno de sombra que tiene no sé qué de raro i triste, i en el que la vida parece deslizarse tranquila, sin preocupaciones ni luchas.

Al dia siguiente, i cuando las primeras luces penetran a traves de los cristales de mi camarote, despierto gozoso a las voces de ¡el Callao! Me visto de prisa, i cuando salgo a la cubierta ya el vapor se desliza majestuoso en medio de la hermosa bahía. Vuelvo a ver el espectáculo encantador del amanecer en el mar tranquilo, en el centro de una gran rada animada por las embarcaciones. El aspecto que ofrece el Callao en una

mañana nebulosa de invierno, alumbrada por uno que otro rayo de sol, es interesante i engaña i sorprende al viajero: el Callao aparece como una gran ciudad que se estiende desde las riberas del Pacífico hasta el fondo del valle que cierran las montañas. Grandes monumentos, elevadas casas de azotea, torres i cúpulas se destacan de entre la ténue i rosada neblina, haciendo la ilusion de una gran ciudad antigua i opulenta. Pero todo eso no es el Callao: es Lima que se alza a sus espaldas con las numerosas torres de sus iglesias españolas, semejando el telon de fondo de un proscenio.

Deseosos de bajar a tierra i de aprovechar el primer tren de la mañana, que se dirije a Lima, los pasajeros ocupan los botes que se les ofrecen i que poco despues se deslizan por los canales tranquilos de la dársena. Nótase en la bahía ese agradable movimiento de la vida en el mar por la mañana: embarcaciones repletas de comestibles i de verdura, semejando pequeños mercados flotantes, se dirijen a las naves llevando a su bordo la mesa del dia; pasajeros que van a tierra como nosotros o regresan de alla soñolientos; naves que estienden sus velas para alejarse a otros mundos; vapores que lanzan al aire el humo de sus chimeneas; gritos de alegría i de trabajo i martillos, cuyos golpes resuenan en el espacio anunciando la labor comenzada.

Pero una vez en tierra, el Callao se presenta bajo una faz bien distinta: sin pedir datos a nadie sobre el estado de su comercio i riqueza, sobre su presente i su pasado, se comprende que es una ciudad en decadencia. Barrios comerciales sin movimiento, almacenes vacíos i tiendas sin mercaderías i sin público. No se ve en sus calles mal pavimentadas un solo edificio en construccion, ningun trabajo que demuestre la vida i riqueza de un pueblo que se ajita i marcha. El Callao es en estos momentos solo una factoría de los vapores de la Compañía Inglesa del Pacífico. Su decadencia entristece el alma i hace pensar hasta dónde influyen los gobiernos sin moralidad i sin juicio en la ruina de un pais lleno de riquezas naturales, pero que nadie o mui pocos esplotan.

La abundancia de riquezas fáciles ha sido para el Perú la mayor de sus desgracias. Muchos años vivió casi esclusivamente del huano que, como un inmenso e inagotable tesoro, alimentaba todas las ambiciones i todas las perezas de su raza ingobernable e inquieta. Cuando el huano principió a disminuir, apareció el salitre alentando los derroches i el desgobierno. Durante un tercio de siglo el Perú ha vivido de estas dos solas riquezas que lo acostumbraron a una existencia sin trabajo i sin lucha. Hoi, cuando todo eso ha desaparecido,

el espíritu de su pueblo, abatido por los contrastes, carece de la enerjía necesaria para sobreponerse a sus desgracias i buscar en el trabajo su rejeneracion i engrandecimiento. Un clima tibio i enervante contribuye tambien a mantenerle en una especie de soñolienta indiferencia por su suerte. Sin embargo, la prueba por que atraviesa el Perú le servirá de enseñanza i su carácter se retemplará en esta gran adversidad: volverá a ser un dia árbitro de su destino i una raza mas pujante esplotará sus riquezas, convirtiendo estos sitios, hoi en decadencia, en emporio de civilizacion i de bienestar. El ferrocarril de la Oroya desciende ya las faldas orientales de los Andes i penetrará bien pronto en las rejiiones misteriosas que son su porvenir. Esto será el principio de su redencion, i bien lo comprende así el Perú cuando, a pesar de su pobreza, no ha interrumpido las tareas de tan magna empresa.





XXVI

Llegamos a una estacion mui insignificante, encerrada i oscura, i en compañía de casi todos los pasajeros que conducia el *Coquimbo* tomamos el tren que sale para Lima. La mayor parte de los viajeros van a la capital por pocas horas, otros regresarán al vapor al dia siguiente, pues el objeto de casi todos es solo dar un vistazo a la ciudad de los Reyes.

El equipo de los dos ferrocarriles que comunican al Callao i Lima es americano, mui semejante al de nuestras líneas del sur. Los carros están bien tenidos i el personal de empleados es atento, viste con limpieza i casi con elegancia.

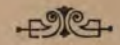
Con motivo de los grandes descubrimientos de

petróleo realizados hace poco en el norte del Perú, los ferrocarriles de esta nacion han reemplazado el carbon de piedra por esta sustancia. Un olor insoportable se respira. Si se abren las ventanas del wagon o si el viajero asoma la cabeza para mirar la campiña, una nube de humo pestilente le azota el rostro i casi le ahoga. No hai medio de librarse de tan molesto adversario i durante la media hora del viaje parece que uno llevara en la nariz elhediondo candil de una lámpara de parafina. Pero con este nuevo procedimiento las empresas realizan economías considerables i el Perú consume los productos de su suelo, no importa que hasta la ropa del viajero se impregne de tan nauseabunda esencia. El petróleo en estas condiciones no podrá ser empleado con ventaja, por la economía de su precio, sino en los trenes de carga que no conducen pasajeros.

A pesar del invierno, los campos están verdes en este suelo húmedo i caliente a la vez, i los tapiales de adobones, destruidos en su mayor parte, les dan una semejanza simpática con los de las provincias centrales de Chile. Se ven pocos árboles i el cultivo parece atrasado i casi primitivo. El tren se desliza rápido frente a un gran jardin privado que tiene sobre su entrada este letrero militar: *Tiro al blanco*. Pasamos frente a un cemen-

terio mui bien cuidado, i momentos despues divisamos otro mas reducido. El Rimac, todavía con ménos caudal que el Mapocho, se presenta a mi vista deslizándose entre un cauce mas pequeño i ménos pedregoso. El tren penetra de improviso en en una calle estrecha i de bajos edificios, una calle del barrio sur de Santiago, empedrada con los mismos guijarros del rio. Las mujeres que salen de las iglesias con sus trajes de dia de trabajo, los vendedores ambulantes que pregonan sus artículos en alta voz i los niños que juegan en la calle con peligro de ser despedazados por el tren que pasa, me revelan la presencia de una ciudad sud-americana, la presencia de Lima.

El tren se detiene en una estacion parecida a la del Callao por su estrechez i falta de luz. No haí a la puerta mas de tres o cuatro carruajes, i los viajeros, llevando consigo sus equipajes, se dirijen a los hoteles o a cualquier parte, pues en Lima no hai distancias.





XXVII

Lima es ciudad de muchas fondas, de muchos restaurants i de pocos hoteles. No pasan de tres los que merecen este nombre: el Maury, el de Francia e Inglaterra i el Americano. El primero es el mas vasto i elegante, el segundo el mas caro i el tercero se distingue por su bien servida mesa. Sin ser gastrónomo, preferí este último por su situacion en la parte mas central i animada de la ciudad, en la calle de Espaderos. Me felicité bien pronto de esta preferencia, pues no es posible encontrar en un hotel mayores atenciones, i ese trato discreto i cortes que parece sincero en su cariño i que el viajero agradece en el alma porque le recuerda a la familia.

En el hotel Maury se encuentran hospedados

los constitucionales desterrados por Balmaceda: Los señores José Besa i familia, Zorobabel Rodríguez e hijo, Adrian Gandarillas, Javier Vial Solar, Ministro Plenipotenciario del Gobierno de Iquique i sus secretarios los señores Lorenzo Montt i Martin Saldías; en el hotel de Francia e Inglaterra está el Ministro de Balmaceda señor don Ánjel C. Vicuña con toda su numerosa corte de secretarios, *atachées*, agregados militares i jefes del ejército que se desvaneció en Tarapacá i tomó la fuga ántes i despues de Pozo Almonte. La oficialidad del ejército de Arrate i de Gana está desparramada en toda la estension de Lima i habita mansiones ménos costosas. Aquellos militares que años ántes entraran victoriosos a esta misma ciudad, visten ahora de paisanos, pasean por las calles comerciales mirando las vidrieras de las tiendas o formando corrillos en los portales, miéntras se soluciona en Chile la gran picardía a la que prestaron el apoyo poco eficaz de sus espadas.

Viven seguros del éxito, pero no les desagrada encontrarse léjos de la ruda contienda. Ellos, por causas especiales i no por falta de valor, han tenido que volver la espalda a los soldados del norte i a los *futres* de Santiago, i por mas cariño que tengan por la causa del Dictador, debe molestarles la idea de morder el polvo del combate por la bala de

un recluta o al golpe de espada de un imberbe dandy. Charlan alegremente, beben champaña i creen como misterios de fé todas las noticias falsas con que Balmaceda entretiene al mundo.

Conversando con uno de esos viejos vencedores de otras guerras, me manifestó que él creia imposible que el antiguo ejército de Chile pudiera ser vencido por esas desorganizadas milicias sin disciplina i sin espíritu militar.

—Pero esas desorganizadas milicias han arrojado de Tarapacá, de Antofagasta i de Atacama al viejo ejército de Balmaceda; de otra manera no se esplicaria la presencia de ustedes en Lima.

—Pero no irán mas allá... i los últimos desgraciados sucesos han sido motivados por causas estrordinarias, ajenas a toda prevision militar.

—Desengáñese, coronel: el viejo ejército de Chile no existe; cuando en 1879 emprendimos la campaña contra el Perú i Bolivia, nuestro ejército no llegaba a cuatro mil hombres, i en pocos meses pasó de cuarenta mil. ¿Qué era tan pequeña fuerza en medio de esa gran masa improvisada? El verdadero soldado de Chile es el patriota, es el ciudadano, i esto es lo que constituye nuestro orgullo i nuestra fuerza. Hoi se repite el mismo glorioso ejemplo: es el pueblo, es la juventud la que se levanta para defender las instituciones, i ustedes no podrán resistir su empuje.

Pero el coronel repitió impasible:

—Oh, nó, jamas; el antiguo ejército de Chile no podrá ser vencido!

Balmaceda ha hipnotizado a nuestros bravos militares, i su espíritu de orgullo, de disciplina o de vanidad les impide ver claro. Las mas sencillas nociones de justicia i de deber están maleadas por el engaño o el interes que aquel gran corruptor ha sabido despertar en sus sostenedores.

Miéntras los oficiales balmacedistas pasean por las calles de Lima esperando la hora de regresar triunfantes a Chile, la diplomacia del Dictador reclama del Gobierno peruano la entrega del vapor *Mapocho*, de la flota sud-americana del Pacífico, que a solicitud del Gobierno de Iquique se tiene detenido en uno de los diques del Callao.

Balmaceda da una importancia capital a la adquisicion de este magnífico trasporte, que unido al *Imperial* i a las torpederas constituiria una escuadrilla respetable, compuesta de buques rápidos, a los que no podrian dar caza las pesadas naves de la escuadra del Congreso. El arribo mas o ménos próximo de los cruceros *Errázuriz* i *Pinto* hace mas indispensable la adquisicion del *Mapocho*, a fin de poder realizar el atrevido plan de una nueva espedicion destinada a invadir la provincia de Tarapacá, cuyas rentas salitreras desvelan al Dictador.

Los ajentes balmacedistas han intentado varias veces tomar posesion del *Mapocho* i sacarlo del Callao; pero la vijilancia que ejerce el Gobierno peruano i la no ménos activa de Vial Solar, han frustrado todas las tentativas e impedido la ejecucion de este plan perseguido con tenacidad.

El gobierno peruano, sin escuadra para hacer respetar su determinacion, se encuentra en una situacion bien desagradable: de un lado las exijencias i amenazas de Balmaceda, i del otro las justas reclamaciones del gobierno de Iquique. Ha sabido, sin embargo, proceder con prudencia i enerjía, haciendo respetar los acuerdos que ha estimado justos para los reclamantes i decorosos para él; su conducta es de estricta neutralidad, i, por lo tanto, nos favorece. Nuestra diplomacia no solicita otra cosa.





XXVIII

Lima es la capital sud-americana que tiene una fisonomía mas orijinal, como que la mayor parte de sus edificios son de la época de la colonia i ofrecen esa mezcla interesante de arquitectura árabe i española que dominaba en algunas ciudades de la Península. Las ventanas cubiertas de celosías, los balcones volados que estrechan la calle, las numerosas torres de sus templos, le dan cierto tono de antigüedad, de aristocracia que atrae al viajero sud-americano. Lima es una ciudad del siglo XVIII mas que de nuestra época, i de tal manera se vive en ella en el pasado, que desagradan i chocan los pocos edificios modernos que ostentan sus calles.

Seria sensible que Lima se trasformara en ciudad moderna, que desaparecieran sus plazuelas i rincones misteriosos, de donde uno cree ver avanzar la figura de algun hidalgo cuya espada asoma bajo el ruedo de su capa; que se demolieran las altas fachadas de sus templos cubiertas de churriguerescos adornos, de nichos que contienen figuras de obispos cuyas mitras los temblores de tierra han inclinado a la derecha o a la izquierda; de arcánjeles que el tiempo ha dejado sin alas i de vírjenes que estrechan en sus brazos infantes descabezados. Todo esto es orijinal i divertido; ya no se ve en el mundo i no va quedando sino en Lima.

La jente que puebla esta ciudad guarda tambien cierta armonía con la arquitectura de sus viejos monumentos: hai una mezcla de razas antiguas que uno ve desfilar con alegría. Indios que visten todavía el traje de los súbditos del imperio inca; negros que rien mostrando sus blancos dientes; japoneses i chinos que ocultan sus trenzas bajo el sombrero o dentro de su gaban azul; cholos vestidos a la europea, etc., etc.; i en medio de tan abigarrada multitud, los europeos en pequeño número i la clase aristocrática elegante i fina.

Estamos en los últimos dias del mes de Julio, i Lima ofrece la animacion que trae consigo el aniversario de la independencia: todas las casas

ostentan una bandera que flamea al viento. La del celeste imperio, el dragon negro en campo amarillo, es casi tan numerosa como la peruana, i en ciertos barrios, como el del Mercado, supera al pabellon nacional. Es curioso el efecto que producen estos estandartes de tan lejanos paises, i por un instante el viajero se imajina encontrarse en una ciudad asiática.

Por la noche me dirijo a la plaza de Armas, que está profusamente iluminada, i algo orijinal aturde mis oidos: es un concierto de silbos que salen de todo el ámbito del paseo. Todos los niños de la ciudad, provistos de pitos, los hacen sonar sin descanso, produciendo este bullicio estraño, ensordecedor i mortificante. No puedo esplicarme la causa de tan ruidosa fiesta, i por un momento creo sea aquello una manifestacion de desagrado, una silbatina de reprobacion dirijida a los malos músicos de las bandas que ejecutan un festival; pero cuando veo que cada vendedor ambulante de golosina vende pitos que los papáes dan a sus niños, como se obsequia una fruta o un dulce, comprendo que se trata de una costumbre popular, de una manía bien estravagante que pocas orejas humanas serian capaces de soportar. ¡Estraña soberanía la de estos muchachos i admirable paciencia la del público que a ella se somete resignado!

Me alejo de la plaza en busca de algun sitio retirado i silencioso donde no lleguen los repiqueteos i silbos; recorro muchas calles, i cuando me parece que el concierto ha terminado, regreso a la plaza, pero la bulliciosa fiesta continúa lo mismo i talvez con mayor empuje.

Una fila de soldados forma un vasto cuadro en el centro de la plaza e impide el paso del público al sitio en que las bandas ejecutan su festival.

Aturdido i sin saber lo que hago, intento penetrar al prohibido recinto; pero un soldado me da con su fusil un fuerte culatazo. Mi primer ímpetu al recibir esa ofensa, es el de precipitarme sobre las orejas del cholo, que se cimbran en su rostro como chinescas maravillas; pero la acerada bayoneta que brilla en su Mannlicher me hace cambiar de parecer mui oportunamente, i, dando un cambio de frente, resignado i silencioso, me retiro de la plaza, pensando que si el soldado sospecha mi nacionalidad, repetirá el culatazo.

Nótase en la tropa una actitud insolente i despreciativa para con el pueblo, que sin duda proviene de la antigua costumbre de subyugarlo i de las consideraciones que los gobiernos dispensan al ejército, como que es su principal i casi único sosten en un pais tan amigo de las re-

vueltas. Las bayonetas se ven brillar en Lima por todas partes: los policiales hacen la guardia nocturna de la ciudad con los fusiles al hombro; en el teatro, hasta a la entrada de la platea, se encuentran dos soldados con sus fusiles con bayoneta; en todos los paseos, en todas las fiestas, a la entrada del Senado i de la Cámara de Diputados las bayonetas cierran el paso al público, i le permiten entrar como quien discierne un favor soberano. Este alarde innecesario de la fuerza da a Lima el aspecto de una ciudad en estado de sitio o en eterna revolucion.





XXIX

Hace cuatro dias que recorro en todas direcciones la vieja capital de los incas, que concurro a todas sus fiestas buscando algo que me interesa vivamente i constituye la fama de este pais estravagante. Hace cuatro dias que resido en Lima i no he visto una sola mujer bonita. ¿Qué se han hecho aquellas limeñas, descendientes de las andaluzas, de grandes ojos i de pié invisible? ¿No existen sino en la leyenda o en la fantasía de los viajeros? Principio a creer que la limeña es un mito como la sirena, que todos los navegantes han divisado en el mar, pero cuya existencia jamas se ha podido comprobar.

Lleno de curiosidad i de interes por descifrar

este misterio, pregunto a un amigo peruano qué se hace en Lima para ver a las limeñas sin visitarlas en sus casas. ¿Son tan egoistas como bellas, que no quieren dejarse ver en la calle?

Mi amigo me contesta sonriendo: "En efecto, poco pasean en estos dias de fiestas populares; pero vaya Ud. mañana domingo a oir misa a la iglesia de San Pedro, de San Agustin o de la Merced; paséese Ud. entre diez i once de la mañana por las calles de Mercaderes i Espaderos, que es una misma con dos nombres, i creo que verá satisfecha su curiosidad."

Al dia siguiente i a la hora indicada, recorro las tres iglesias i admiro algunos ejemplares femeninos de pura i fina raza andaluza, modificada por el clima húmedo de esta tierra, que hace palidecer suavemente la piel dándole el tono de una rica porcelana. Usan en jeneral mantilla negra de encajes prendida a la cabeza como en las fiestas de matrimonio; el ámplio i bordado manto santiaguino está mui en desuso. Las mas jóvenes llevan sus trenzas recojidas en la nuca i atadas con largos lazos de cintas de colores. Esta *toilette* es la mas graciosa.

En la calle de Mercaderes i de Espaderos veo otras mujeres bonitas: es la concurrencia de los templos que ántes de retirarse a sus casas desfila por esta via central. El mayor número de las

mas jóvenes llevan esas confecciones de alto cuello i de encumbrados buches en los hombros, i, así vestidas, hacen de léjos el efecto de grandes i raros insectos que se deslizaran por las veredas...

Pero, en verdad, las mujeres bonitas de Lima no aventajan a las mujeres bonitas de Santiago, siendo mucho mayor el número de las últimas; i esto lo digo sin espíritu alguno de nacionalidad, que los hombres en este artículo somos en jeneral cosmopolitas. La belleza en Lima está reconcentrada en la sociedad mas elevada, miéntras que en Santiago se desparrama de arriba abajo en profusa i democrática igualdad.

Aun no han perdido las jóvenes de la alta sociedad de Lima la costumbre de salir a la calle, i especialmente a la iglesia, acompañadas de su negrita, que hace vida íntima en la familia. La negra parodia admirablemente la voz i los modales de sus amas. Una tarde que me paseaba por el portal de Escribanos o de Botoneros, oí a mi espalda la animada charla de dos mujeres: nada mas dulce, espresivo e insinuante que esa conversacion femenina lijera i alegre. Deseoso de ver el rostro de esas limeñas que suponia lindas como su voz, me detuve frente a la vidriera de una tienda para verlas pasar. Eran dos negras jóvenes que charlaban como dos cotorras

i que desfilaron indiferentes ante mi mirada atónita, con el pasito lijero de sus amas.

Lo que ha desaparecido de Lima desde hace poco tiempo, es la costumbre que tenian las mujeres de salir a la calle con la cara tapada. ¡A qué estrañas aventuras se prestaba esta moda oriental i de serrallo, que hacia de la mujer una incógnita amenazante i terrible! Durante toda su dominacion, España luchó inútilmente por descubrir el rostro de las limeñas. En el tercer concilio limense se declaró que caian en censura las tapadas, i durante algun tiempo las señoras, por no descubrirse el rostro, no salieron a la calle. La escomunion perdió poco a poco su eficacia i la costumbre renació con mas fuerza.

En vano los virreyes, deseosos de conocer el rostro de sus súbditos, cuya belleza adivinaban por los ojos, publicaban edictos obligándolas a descubrirse. El virrei marques de Guadalcázar espidió un decreto manifestando que el soberano tenia ordenado que ninguna mujer podia ir en sus reinos con el rostro tapado, porque esa costumbre causaba graves daños i escándalos i turbaba la devocion en los templos i procesiones; que los Cabildos pedian en fundados memoriales que se suprimiera costumbre tan perniciosa, i por lo tanto, ordenaba que despues del quinto dia de publicado el decreto, ninguna mujer apareciera

tapada en la calle, ni en los balcones i ventanas de su casa. Los alguaciles tenian derecho de quitar los mantos, que las damas perdian,i si iban tapadas en carroza, se les quitaban las mulas. Como este decreto no diera resultado alguno, se impuso multas i despues prision i hasta destierro de un año fuera de la ciudad; pero las tapadas no se descubrieron jamas.

Sólo a dos razas de América no le fué posible a la España vencer: a las limeñas i a los araucanos. Contra las primeras se estrelló inútilmente la severidad de sus edictos i leyes, i contra los segundos el valor i tenacidad de sus capitanes.





XXX

El primer grito que el viajero escucha en Lima al despertar por la mañana, es el del vendedor de boletos de lotería. "¡A los cinco mil soles! ¡A los veinticinco mil soles! ¡La lotería de Lima! ¡La lotería del Callao! ¡Cinco mil soles para hoi!" Son interminables los gritos que pregonan la venta de los boletos i se estienden por todas las calles de la ciudad. Los hombres que hacen este negocio parecen escojidos especialmente para el caso, pues todos tienen una voz metálica i penetrante que hiere los oidos, que persigue al transeunte hasta que accede a sus exijencias comprando uno o mas boletos que han de darle derecho a la fortuna disputada. I son pocos los que en Lima no

caen dia a dia en esta tentacion, que hace vivir preocupada i como en suspenso a las tres cuartas partes de la ciudad. Todos los ociosos, todos los pretendientes a empleos, toda esa turba inmensa de necesitados en un pais empobrecido, dejarán de comer para adquirir el boleto de lotería, que es su única esperanza para cambiar de situacion. Se fracasa siempre, se jura no volver a caer en la tentacion, i se vuelve a comprar el maldecido boleto; el fracaso se repite una i mil veces, pero la esperanza de adquirir tan fácilmente una fortuna, no se pierde jamas. Hai jentes que han envejecido, que han invertido sin éxito un capital superior al que le habria dado el mas alto premio, sin que se desalienten, i continúan i continuarán comprando el boleto de lotería hasta la hora de la muerte. En un pequeño negocio ví toda una habitacion empapelada con estos boletos, sin que el dueño hubiera obtenido ni siquiera el mas insignificante de los premios, e insistia siempre en adquirirlos, i todas sus economías rodaban i se perdian ahí, sin obtener otra ventaja que la de principiar a empapelar con ellos una segunda habitacion. Es un vicio poderoso como el de la bebida i el juego de las cartas, una pasion inagotable como el amor. I es la Sociedad de Beneficencia de Lima la que usufructúa i vive de este vicio desmoralizador, que hace jerminar

la indolencia i la pereza en una raza que por su propia índole posee esas condiciones en grado tan culminante!

Todas las semanas se alzan en la plaza principal de Lima i del Callao los *proscenios* en que se juegan estas loterías i se decide de la suerte de millares de personas. Una multitud anhelante i estrafalaria se agrupa a su derredor i van apareciendo los números blancos sobre la negra pizarra, i una parte de la concurrencia silba miéntras la otra aplaude a medida que ven alentadas o perdidas sus esperanzas. La operacion se hace con toda limpieza, i nunca los chasqueados dejan oir sus quejas sobre la conducta de los jueces, sino contra su propia mala suerte.

Últimamente se han formado sociedades que esplotan en grande estos juegos inmorales: compran una cantidad considerable de boletos i realizan ganancias que reparten entre los asociados. Muchas veces les han cabido a estas empresas los premios mas altos de las loterías, i es rara la semana que sus números no obtienen algun beneficio. Los negociantes en pequeño, los que tientan la suerte con uno o dos números, protestan de estos especuladores en grande i los culpan de sus fracasos. Es una industria que debe beneficiar al pueblo, dicen los chasqueados, i nó a los ajiotistas.

I no es este el único juego público que la autoridad permite en Lima: en el barrio asiático, que se estiende al rededor del Mercado principal, existe una casa de juego china que abre sus puertas al público desde que aclara hasta que oscurece el dia. Al estremo de una gran mesa cubierta de paño verde i sobre una alta silla, se ve sentado a un chino de larga trenza i de rostro impasible, que tiene en sus manos un largo i fino palillo con el que cuenta un monton de fichas de bronce relucientes. Los jugadores que hacen sus apuestas están de pié al rededor de la mesa: unos van a los pares, otros a los nones. El chino cuenta impasible i con gran limpieza sus monedas amarillas, i si resultan pares, recoje todas las apuestas nones i paga los pares; i vice-versa, si resultan nones. Terminado el juego, las fichas se echan en una bolsa que se cimbra, como para limpiarlas; despues se arroja sobre la mesa una cantidad de ellas i la operacion se repite. En otros departamentos de la casa hai juegos de dados, de naipes, de argollas i otros muchos que ha inventado la molicie asiática en connivencia con el ocio indíjena.

Todos los sirvientes de Lima que van al Mercado, hacen de paso su visita a este agradable sitio i juegan una parte del dinero que llevan para sus compras: si pierden, el estómago de las

amilias lo siente mui bien. A veces el sirviente no vuelve mas a la casa: ha perdido a los naipes a los dados o a los pares o nones todos los soles que llevaba, i ese dia los patrones almuerzan tarde o se van a almorzar al restaurant.

Pero la pasion mas grande del pueblo limeño i que es a la vez el rastro mas característico de la civilizacion que España dejó en este pais, es la aficion a las corridas de toros; no tuve la fortuna de presenciar uno de estos espectáculos en que se pone de manifiesto la brutalidad del hombre i el valor i la nobleza desgraciada de la bestia.

La plaza de Acho, en que tienen lugar las corridas, estaba cerrada, como que el pueblo no gana ahora lo suficiente para mantener fiestas tan costosas. Una tarde fuí a visitar este circo sangriento, situado cerca del Rimac. Recorrí barrios viejos i pobres, impregnados de un olor a fritura que marea i oprime el pecho. A veces este olor es tan penetrante i repetido, que parece que a Lima entera la estuvieran friendo dentro de una gran sarten. Esta fragancia de carne frita me recuerda tambien a la Inquisicion, i cierta impresion nerviosa me conmueve al pensar en la escapada que hemos hecho los que hoi vivimos, con solo venir al mundo unos pocos años despues de muerta aquella santa institucion.

La plaza de Acho es un polígono de quince

lados, que miden cerca de doscientos cincuenta metros, i puede contener cómodamente 8,500 espectadores. Hai tres clases de asientos: galerías, octavos i cuartos; los últimos están situados en la parte baja, al rededor del circo; cada uno puede contener a una familia numerosa.

Las autoridades poseen tambien un local especial, denominado Galería del Gobierno. El edificio, que es mas bien una ramada sucia i en ruina, pertenece a la Beneficencia de Lima, institucion moralizadora del pueblo, cuyas rentas principales están basadas en las loterías i en los toros.

La jente culta de Lima considera este espectáculo como uno de los mas corruptores, pues siempre salen de él asesinatos i riñas sangrientas; i es tal la aficion del populacho por concurrir a ellas, que si no tiene dinero para satisfacer su loco anhelo, empeña las mejores prendas de su hogar i hasta la cama, si es necesario. Está probado con cifras que no dejan lugar a la menor duda, que en las vísperas de este espectáculo los robos aumentan en Lima en proporcion estraordinaria, pues nadie quiere privarse del placer de ver morir a un toro a manos de un hombre o a un hombre en los cuernos de un toro.

De regreso de la plaza de Acho, me detuve cerca del Rimac, mirando a los gallinazos que escarban el fango del rio i la mugre de sus ori-

llas. Estos pájaros, que hace poco eran inviolables, como los representantes del pueblo, se paseaban libremente por las calles de Lima, pues constituian su única policía de aseo. Los gallinazos representaban el papel humanitario de los carretones de la basura, recojian en su buche todos los desperdicios de la poblacion i se remontaban por el aire para ir a depositar su carga en sitios lejanos. Constituian una policía aérea, como ciudad alguna la tuvo, impregnada del espíritu científico de trasformacion de la materia en conformidad con las mas sábias doctrinas de hijiene moderna, i por eso los gallinazos llegaron a ser respetables sujetos, que nadie se atrevia a ofender en lo mas mínimo i que la autoridad protejia con todo su poder. Aun ahora el gallinazo conserva gran parte de su antigua importancia, i como Lima vive de recuerdos, el gallinazo, orgulloso tambien de su pasado, se posa insolentemente sobre el asta de bandera del palacio presidencial i sobre las cruces que coronan las torres de los templos. ¡Pobre ave caida! Su mision humanitaria ha concluido con la construccion de las cloacas, i por eso su raza se estingue de dia en dia i pronto no será sino un recuerdo histórico, como las riquezas del Perú i la civilizacion de los Incas.

De regreso de esta escursion, me señalaron la

casa que habitó Mariquita Villegas, la célebre Perricholi, cuya vida ha sido narrada por muchos escritores i hasta ha subido a la escena del teatro moderno, puesta en música por el célebre maestro Lecock.

En la época en que gobernaba al Perú el virrei Amat, llegó a Lima, formando parte de una compañía de malos cómicos, la linda i graciosa Perricholi. Era una mujer verdaderamente seductora i de un injenio de artista travieso i picante. Al verla, el viejo virrei se enamoró de ella con ese amor absoluto i caprichoso de los niños i que es propio tambien de la vejez. Durante mucho tiempo este amor, que fué el escándalo de Lima, dominó por completo al virrei; pero la cortesana llegó a imponerse a la sociedad por su belleza i la bondad de sus sentimientos. Un dia el rei de Nápoles, que despues fué Cárlos III de España, concedió a Amat la órden de la gran cruz de San Jenaro, que acababa de fundar, i esta gracia fué celebrada en Lima con fiestas casi reales. La Perricholi concurrió a ellas en una lujosa carroza dorada, arrastrada por cuatro magníficas mulas, privilejio especial de los títulos de Castilla; pero en la calle de San Lázaro se encontró con un pobre sacerdote que conducia el viático para un moribundo. El tierno i bondadoso corazon de la Perricholi se conmovió profundamente: descendió

de su carroza e hizo subir al sacerdote, i como si no pudiera ella usar del carruaje despues de haber servido a tan alto huésped, lo regaló a la parroquia. Este incidente determinó un cambio de vida en la cortesana, i dias despues, en el apojeo de su hermosura i de su poder, se retiró al monasterio del Cármen, vistiendo el tosco sayal i consagrando toda su fortuna al alivio de los pobres.

La Perricholi murió en 1812 en medio del cariño i del dolor del pueblo entero.





XXXI

Siempre fué Lima ciudad de fiestas i de loterías; por el tapete de sus mesas de juego ha corrido mas oro que el recojido por la España en sus tres siglos de dominio, desde Atahualpa a Bolívar; lo que no ha sido un obstáculo para que sea la ciudad mas santa de América, la que construyó mas templos en la época de la colonia i dió al catolicismo mayor número de varones ilustres. De en medio de esta ciudad tan mundana se elevaron al cielo Santo Toribio, Arzobispo de Lima; Santa Rosa, patrona de América, i San Pedro Nolasco, guardian de los Descalzos, i otros muchos, como Juan María i Martin de Porras, ámbos de la Recoleta, que fueron beatificados en 1840.

A este respecto los peruanos nos llevan inmen-

sa ventaja, pues Chile, con todas sus virtudes, no ha podido producir un santo. Todo el orgullo de nuestra iglesia está cifrado en Frai Andresito, que, a pesar de conservarse de él una redoma con sangre líquida, no ha podido aun ser beatificado. Nuestra raza, mas vigorosa i práctica, lucha por alcanzar la felicidad en este mundo con preferencia a las dichas inciertas i misteriosas del otro. No le hacemos por esto un reproche, pues no serán muchos los santos del siglo XIX que figuren en los futuros almanaques.

Lima está llena de estos recuerdos, i todo el mundo podria referir la historia de la vida de Santo Toribio i de Santa Rosa. La de Pedro Nolasco, cuyo ataud con la cabeza del Santo se conservan en la iglesia de San Francisco, pues el cuerpo se ha estraviado, es la menos conocida de esas historias, a pesar de ser la mas interesante, pues dedicó la mayor parte de su existencia a propagar la fé cristiana entre los indios, convirtiendo a mas de diez mil i mereciendo el cariño de todas las tribus salvajes a quienes instruia en su propio idioma, que aprendió por divina gracia. Siempre pobre, obediente i casto, atravesaba a pié caminos ásperos i montañosos, desiertos arenosos i cálidos, dejando sus huellas regadas de sangre, por usar sandalias guarnecidas de clavos que destrozaban sus piés.

Era tal la uncion de su palabra, tan suave i persuasiva su doctrina, que un sermon que predicó en 1604 en la plaza principal de Lima, produjo tales efectos que en la noche se abrieron todas las iglesias i el pueblo corrió a confesarse. Como resultado del arrepentimiento ocurrieron reconciliaciones cordiales entre encarnizados enemigos, restituyeron bienes valiosos durante mucho tiempo usurpados i se realizaron mas de tres mil matrimonios.

El 14 de julio de 1610 murió este sacerdote apostólico, i acontecimientos sobrenaturales anunciaron el glorioso tránsito de su alma a la mansion celeste: suave fragancia se desprendia de su cadáver; el cuerpo, descarnado en vida, apareció bello, blanco i resplandeciente, i muchas horas despues de muerto le salió sangre de un dedo sin haberse hecho cortadura alguna. Felipe III, que no habia visto ninguno de estos prodijios, pero que era un rei de mucha fé, le recomendó al Papa, i éste dispensó el término de cincuenta años que deben pasar entre la muerte i la canonizacion i le declaró Santo. Para cubrir los gastos i propinas consiguientes, el rei de España dió tres mil ducados, el conde de Chinchon seiscientos, la Universidad de Lima tres mil pesos i así otros muchos personajes e instituciones hasta reunir la suma necesaria. Son un tanto costosas

estas canonizaciones, i por eso el Perú, que hoi se encuentra en decadencia, se ha visto en la necesidad de abandonar algunas que tenia iniciadas, entre ellas la de Sor Jerónima de San Francisco, del monasterio de las Descalzas.

En el sitio donde nació i vivió Santa Rosa, se alza un modesto santuario enriquecido con algunos despojos del cuerpo de la Santa i de varios instrumentos con que se atormentaba. Los muros de esta capilla están cubiertos de colgaduras de seda carmesí. Los altares no ofrecen nada de notable; pero el mayor, dedicado a la Santa, tiene una puerta en cada uno de sus costados, por una de las cuales se pasa al santuario en que se expone la Majestad i por la otra a la ermita que fabricó Rosa para su retiro i penitencia, i que se conserva en el mismo estado que cuando la ocupaba. Su altura es de tres varas i su forma casi cuadrada.

En uno de los altares colaterales del santuario se conservan algunas reliquias de Santa Rosa, entre las que figuran sus dos camillas, muchos cilicios con puntas de alfileres, dos crucesitas, una de ellas sencilla, que se ponia esteriormente i la otra interior con puntas de alfileres, el clavo en que se colgaba cuando estaba haciendo oracion para no dormirse, el anillo del desposorio i una carta escrita con letra bastante clara i diri-

jida a doña María Usátegui, su protectora, i que una noche, cuando la Santa casi moria de fatiga, avisada por el ánjel de la guarda de Rosa, le envió una jícara de chocolate que la volvió a la vida. "Nuestro Señor pague a usted con premio de gloria la limosna de anoche, que cierto llegó a tiempo de mi apretada necesidad", dice la Santa i firma: *Rosa de Santa María.*

Rosa murió a la edad de treinta i dos años.





XXXII

Una atmósfera de antiguo misticismo se respira en los claustros i monasterios de Lima. Las alquerías en ruina, las murallas de los claustros cubiertas de cuadros al óleo que el tiempo ha despedazado i que representan la vida de sus santos nacionales; las sacristías decoradas con profusion de viejos dorados; subterráneos cubiertos de tumbas; leyendas de milagros de otros siglos; todo un mundo de recuerdos místicos trasportan al viajero a una época de sacrificios i de fé tan lejana de la vida moderna como la misma colonia i sus conquistas.

En casi todas las iglesias de Lima se encuen-

tran reliquias i objetos famosos: en la de los Desamparados se conservan en una custodia dos cartas autógrafas escritas i firmadas por San Ignacio de Loyola i San Francisco de Borjas. Aquí mismo se ostenta la imájen de un apóstol de las Indias, que el último de los santos nombrados envió a su sobrino el virrei conde de Lémus, juntamente con la cruz que usaba en sus peregrinaciones.

El pontífice Paulo III obsequió al Cabildo de Lima un fragmento de la cruz en que murió Jesus, en señal de concordia con motivo de la primera guerra civil entre los pizarristas i almagristas. Este trozo de madera, considerado como uno de los mayores que existen desparramados en la cristiandad, tiene dos i media pulgadas de largo i una de ancho i se conserva en la custodia de la capilla de la Vera-Cruz, fundada por Pizarro.

Otro pequeño fragmento de la misma cruz fué enviado a la Catedral de Lima por el papa Urbano VIII, i se conservaba en el altar mayor, en el centro de un sol de oro con piedras preciosas; pero sol i reliquia fueron robados en 1852 junto con otras ricas joyas, sin que jamas se descubriera a los autores del robo.

En la iglesia de las Capuchinas se encuentra

la relacion del viaje de los primeros fundadores de este monasterio, escrita por uno de ellos, viaje lleno de penalidades i trabajos, hasta el estremo de ser prisioneros de los holandeses, con quienes en aquella época la España sostenia la guerra llamada de sucesion.

En otras iglesias muestran al viajero los cuerpos de San Julian, San Teófilo, San Sebastian, San Adriano, Santa María, San Saturnino, San Fausto i otros muchos, obsequiados por los pontífices romanos en la época de la gran opulencia peruana, i esto sin contar la cabeza de Pizarro i el cuerpo de su hija doña Francisca, que se conservan en urnas en la Catedral.

Se ve i se siente todavía cómo palpitaba la vida de estas sociedades en el interior de los claustros. Un solo ejemplo lo demostrará con cifras casi incomprensibles ahora. El monasterio de la Concepcion llegó a contar, a principios del siglo XVII, con doscientas treinta i dos relijiosas de velo negro i cuatrocientas personas mas entre las de velo blanco, novicias, donadas, sirvientas i esclavos que habitaban sus claustros. Las entradas eran cuantiosas, pues la dote de cada relijiosa de velo negro ascendia a tres mil pesos, lo que da un total de seiscientos sesenta i nueve mil, sin contar los legados, que eran considerables.

El número de misas que a mediados del si-

glo XVIII se mandaban decir en Lima, ascendian anualmente a cerca de trescientas mil, para lo cual se necesitaban cerca de mil sacerdotes que dijeran una misa diaria.

Era la época en que España gobernaba al mundo por medio de sus dos únicos elementos de civilizacion: el soldado i el fraile.





XXXIII

Durante la colonia, España vivia i gobernaba en el Perú como en ninguna otra sociedad sud-americana, e inculcaba en el fondo de la débil raza indíjena todos los jérmenes de sus vicios. La Inquisicion hizo en Lima estragos espantosos: puede asegurarse que durante la mitad de la dominacion española la hoguera ardió constantemente, haciendo centenares de víctimas. Era el único foco de luz que aquella civilizadora nacion permitia en sus dominios.

En el libro de Ricardo Palma titulado *Los anales de la Inquisicion de Lima*, en la *Coleccion de documentos históricos* del señor Adriazola i en los *Apuntes históricos* del señor Mendiburu, se

hace la estadística de esos crímenes que aun hoi al recordarlos despues de mas de un siglo espantan i conmueven.

El primer *auto de fé* con que se estrenó la Inquisicion en Lima tuvo lugar el 15 de Noviembre de 1578, i en él se quemaron siete herejes. Era ésta una ceremonia solemne que despues se hizo popular i casi divertida en Lima, como las revoluciones i los toros. Se celebraba en la plaza mayor, en alguna de las grandes iglesias i a veces en la propia capilla de la Inquisicion. Los reos, cubiertos de un sambenito en señal de afrenta, iban conducidos en burros i llevaban en la mano una vela apagada. Si el penitente era algun dogmático judío, se le colocaba por detras de la corona un carton que cubria su cabeza i una cola enroscada. Despues de la ejecucion, todos estos atavíos se guardaban en la parroquia a que el reo pertenecia, para eterno oprobio de su memoria o de su familia.

De los archivos del Cabildo de Lima, donde existe detallado el ceremonial de los *autos de fé*, ha tomado Mendiburu la interesante narracion que en seguida estractamos: "La víspera de la funcion se juntaban en la casa del Santo Oficio todas las comunidades relijiosas, i con los ministros i oficiales de él, salian a las cuatro de la tarde de la capilla i venian a la plaza en procesion. El

alguacil mayor delante con el estandarte; seguíanle los relijiosos en dos hileras, los familiares, comisarios i calificadores; i luego el vicario jeneral de Santo Domingo, con una cruz verde i los relijiosos de su órden con hachas encendidas. Los inquisidores sólo acompañaban la cruz hasta el interior de su capilla. De la Catedral salia el coro cantando el himno Vixilia Rejis, i llegaba hasta el cadalso, donde se colocaba la cruz en el altar que estaba preparado. Lo dejaban rodeado de hachas encendidas i de relijiosos que velaban aquella noche. Al dia siguiente, a las ocho de la mañana, sacaban a los penitentes con la cruz de la parroquia de la Catedral, cubierta con un velo negro, significando el ir entre escomulgados; llevábanla cuatro curas i la clerecía cantando el *Miserere mei Deus* en tono triste. Cada penitente iba entre dos familiares, i otras personas seguian en comitiva, cerrándola el alguacil mayor i los secretarios, que en cofres de plata llevaban las sentencias de los condenados hasta llegar al tablado.

"Entónces salia del palacio el virrei marchando delante de la compañía de jentiles-hombres arcabuceros, luego los vecinos i caballeros, el Tribunal del Consulado, los colejios, los doctores con sus insignias, la Universidad i sus bedeles a caballo. Seguian los dos cabildos, eclesiástico i

secular, con sus ministros i maceros, i el pertiguero con ropa negra, los rejidores i prebendados de dos en dos, los dos reyes de armas con sus cotas i mazas, el capitan de la guardia, el alguacil mayor de corte, los fiscales, alcalde del crímen i oidores; por último el virrei i a su lado el oidor decano. Detras iba el jeneral de la caballería, capitan de los jentiles-hombres de lanza de la guardia del reino, el caballerizo mayor i pajes, i cerrando la retaguardia, la compañía de lanza. Esta procesion iba a la casa del Tribunal de la Inquisicion.

"Entraba la audiencia al primer patio, i el virrei hasta el segundo, a donde hallaba a los inquisidores con sombreros puestos sobre unos bonetes que llamaban de auto de fé, insignia de delegados del Papa. El inquisidor fiscal estaba a caballo con el estandarte. Despues del saludo del virrei, se dirijian todos en marcha hácia el tablado, donde se leia a los reos la sentencia; los relajados eran entregados al alguacil mayor del Cabildo, quien, con el de la Inquisicion, los llevaban a ajusticiar. Si la condena lo exijia, iban los reos a la hoguera vivos o despues de ahorcados."

Como se ve, no se hacen hoi fiestas mejores i mas suntuosas i, si no fuera por las víctimas, seria de sentir su desaparacion.

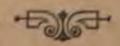
Un hecho que honra la buena administracion

de España en América era que no se gravaba al gobierno en los gastos de estas fiestas: el Cabildo lo costeaba todo: trajes, hachones, los palos i cordeles, la leña para las hogueras i hasta una comida para los alcaldes i rejidores.

Así, de esta suntuosa manera, se quemaron en Lima algunos miles de hombres i centenares de mujeres. Durante la cuaresma, la hoguera recrudecia hasta el punto que el Cabildo llamó la atencion del virrei por el mucho gasto de leña, i éste indicó la supresion del banquete a los rejidores, idea que éstos no aceptaron.

No solo se castigaba con la hoguera a los blasfemos, a los hechiceros, a los herejes i judíos, sino tambien a los sospechosos, pues se recompensaba la delacion. Muchas personas distinguidas sufrieron tan horrendo martirio: comerciantes de gran fortuna, altos empleados públicos, sacerdotes que se distinguian por su caridad, literatos i miembros de la Universidad. La célebre Ines de Castro fué quemada en la plaza mayor el 21 de Diciembre de 1625. Sus escritos fueron arrojados a la hoguera i, al ver ella volar las cenizas, dijo sonriendo:

—"Echan flores."





XXXIV

El edificio que ocupó la Inquisicion i que hoi sirve de palacio al Senado, nada ofrece de particular: es una casa modesta i de un solo piso; pero el salon de sesiones ostenta el hermoso techo de madera de nogal, cubierto de ricas molduras, verdadera joya de ebanistería, principal i casi único arte de la época. En un cuadro colocado en el vestíbulo se lee una inscripcion que recuerda i esplica la manera como fué asesinado Pardo por el sarjento Montoya, i llama la atencion hácia un plano que se encuentra en la secretaría del Senado, lleno de detalles minuciosos de este trájico suceso que conmovió justamente al Perú, pues Pardo era uno de sus hombres mas notables.

En el centro de la plaza de la Inquisicion, hoi

denominada de la Independencia, se alza la hermosa estátua ecuestre de Bolívar en actitud de saludar al pueblo que le aclama. El cuerpo del héroe, flexible i ájil, tiene toda la gracia i fuerza que le distinguia, i su mirada parece penetrar i estenderse por el infinito, mirada propia del águila que se remonta por el cielo de la gloria americana hasta donde ninguna otra ha llegado. La figura del *Libertador* parece santificar este sitio de ignominia i de martirio.

A pesar de la estátua que Lima ha consagrado al vencedor de Ayacucho, no hai en esta sociedad ni cariño ni culto por su memoria, pues fué aquí, en la vida de adulacion i desenfreno que hizo, donde la reputacion moral del héroe se perdió por completo.

Cuando Bolívar llegó al Perú, se encontraba en el apojeo de su gloria. Su nombre se repetia con admiracion no solo en toda la América, sino entre los hombres mas distinguidos de Europa, que veian realizarse paso a paso la obra estupenda del guerrero i del lejislador. Sin ausilio de nadie habia dado independencia a tres Repúblicas, uniéndolas en una sola, como para oponer a la confederacion sajona del norte la latina del sur. Sus proyectos eran jigantescos i se presentia la influencia que iba a ejercer en los destinos de la América Meridional.

Los jefes mas ilustres i que mas servicios habian prestado a la independencia americana, se hacian a un lado para dejarle espedito el camino de sus empresas o se ponian a sus órdenes. En la entrevista celebrada en Guayaquil, San Martin le ofreció la cooperacion de su ejército i servir él mismo bajo su mando, a fin de realizar mas fácilmente i con mas seguridad la magna obra de libertar al Perú; pero el ambicioso capitan no quiso compartir con nadie la gloria de la empresa. Ese dia San Martin, sacrificándolo todo ante las conveniencias de la América, su alta situacion i su orgullo de jefe victorioso, fué mas grande que Bolívar.

Despues del triunfo de Ayacucho, la gloria i la influencia de Bolívar llegó a un límite casi sobrehumano. Todo el orgullo de los pueblos libertados i el sentimiento de su futuro valer se reconcentró en él. La prediccion de que a la faz de la tierra se levantaba una nueva e inmensa nacion, acababa de cumplirse, i era su espíritu el que habia depositado en los incultos pueblos de América el jérmen de las mas grandes hazañas, i era su jénio el que habia cambiado los libres instintos de esta raza en disciplinadas i perseverantes lejiones. Para los hombres que conocian la situacion interior de los nuevos estados era un gran consuelo que Bolívar fuera el centro i el árbitro

de todas las cosas; i esta conviccion era todavía mas poderosa en el estranjero, como lo manifiesta el reconocimiento de la independencia de las colonias hecho por Inglaterra i Estados Unidos, que fué un verdadero homenaje personal al Libertador.

Realizada la independencia del Perú por el solo esfuerzo de Bolívar, tuvo éste en su mano el gobierno, o mas bien, la dictadura de cuatro pueblos, i habia llegado el momento de manifestar con hechos sus facultades de lejislador, a fin de adquirir la gloria de Licurgo, que era la que mas apetecia, i segun él, la única que faltaba a su jénio. El suelo estaba preparado para organizar una administracion sencilla, imitando los principios políticos i económicos de la gran República del norte. Todo el mundo creyó que Bolívar seguiria este camino necesario a la felicidad de los pueblos que habia libertado i conveniente a su propia gloria personal, i fué en este momento de esperanza cuando recibió el retrato i algunas reliquias de Washington, obsequiadas por la familia de éste, por intermedio del jeneral Lafayette; pero Bolívar no era un modesto i virtuoso ciudadano, sino un jénio impetuoso, lleno de contrastes i que carecia de esa fuerza moral que enfrena las pasiones. Habia aceptado la dictadura sin límites del Perú i de Colombia, las estátuas que Lima i

Carácas acordaron erijirle, i una turba servil de aduladores i de negociantes sin freno le rodeaba; i él, que habia tenido la concepcion mas grandiosa de la libertad de América, no sabia apreciar en su justo valor las lisonjas de que era objeto. Un amigo residente en Lóndres le escribió aconsejándole cambiara en monarquía el gobierno republicano de los nuevos Estados, i Bolívar, con un candor verdaderamente infantil, presentó al Congreso del Perú dicha correspondencia, protestando con desden de semejante idea. Medio siglo despues, Balmaceda hacia entre nosotros comedias mui parecidas, i la sombra de Washington tambien le desvelaba por la noche i le perseguia en pleno dia.

Las sospechas sobre los propósitos monárquicos de Bolívar se hacian cada vez mas vivas: con motivo del anuncio de haber desembarcado en Cuba un ejército frances, el Dictador envió a Colombia un ejército de cuatro mil peruanos. Esta medida fué considerada como una revelacion audaz del plan de dominar el Perú con las tropas colombianas miéntras el ejército peruano sostenia su dictadura en el norte; sospechas que se convirtieron en sinceras convicciones cuando Bolívar dió a conocer sus propósitos políticos respecto al Alto Perú, i desde ese instante el número de sus enemigos formó una lejion poderosa.

Miéntras Bolívar organizaba en su mente el arriesgado plan de un imperio sud-admericano, su vida en Lima era la de un César desvergonzado i sensual. Su propia patria era víctima de la anarquía, i él parecia haberla olvidado completamente... El Perú i Colombia pagaban la grave falta de haber rendido a este hombre homenajes sobrenaturales i de haberle adulado hasta la abyeccion, porque los pueblos que endiosan a sus hombres hacen ellos mismos sus tiranos.





XXXV

Ayer se levantó el censo de la ciudad de Lima, i se cree que su poblacion no alcanza a 80,000 habitantes, ménos de la tercera parte de la actual poblacion de Santiago.

Segun los historiadores i cronistas de la colonia, la poblacion de Lima a fines del siglo XVI, era de mas de 60,000 habitantes, siendo la mitad de europeos i el resto de indíjenas i de negros. En esa época Santiago no pasaba de ser una gran aldea de 5,000 almas.

A fines del siglo XVI, Lima era una de las ciudades mas ricas i florecientes del mundo. Las ciudades de Norte-América eran bien poca cosa: Nueva York no pasaba de ser un caserío, i Chica-

go i San Francisco de California no existian ni en la mente de los poetas i soñadores. Las mismas grandes capitales europeas, como Paris, Viena i Berlin, eran viejas ciudades que se desarrollaban lentamente, como que su trasformacion i crecimiento data de la mitad del siglo XIX. Si Lima hubiera continuado sin interrupcion su marcha de sorprendente progreso, si hubiera seguido desarrollándose como las ciudades de nuestra época, esto es, duplicando su poblacion cada veinticinco o treinta años, seria hoi mas grande que Lóndres, i el estrecho valle en que està situada no bastaria a contenerla.

Una corriente de inmigracion venida de todos los paises de la Europa meridional, atraida por la fama de las riquezas del Perú, pobló a Lima casi instantáneamente. Es preciso recordar la lentitud i dificultades de la navegacion en aquella época, para estimar como un verdadero prodijio esa invasion de la Europa, cruzando el Cabo de Hornos a traves de inmensos i desconocidos mares, para venir a buscar riquezas en pais tan lejano!

Pero talvez no ha existido en la historia del mundo fama de riqueza igual a la que rodeaba el nombre del Perú; fama merecida, pues los tesoros acumulados por los Incas en sus incalculables siglos de gobierno eran verdaderamente maravillosos. Bastaria recordar algunos hechos para

formarse idea de aquella realidad increible: el sueldo que ganaban los virreyes i las sumas dadas por el rescate de Atahualpa. La renta anual de los soberanos que gobernaban al Perú ascendia a 80,000 pesos de oro, i 12,000 para gastos de instalacion, sin contar las granjerías i títulos que obtenian por diversos medios.

El acta de reparticion del rescate de Atahualpa, otorgada en la ciudad de Caxamalca el 17 de Junio de 1533, consigna detalles interesantes. El total de las sumas dadas por Atahualpa ascendió a 19.821,994 pesos, sin contar las piedras preciosas i las gruesas sumas en oro dadas a Fernando Pizarro, a los enfermos que quedaron en Piura i a Diego de Almagro i su jente. Los soldados de caballería recibieron, por término medio, 8,800 pesos oro i 362 marcos de plata, i los de infantería 4,440 pesos i 181 marcos de plata.

A pesar de este rescate verdaderamente réjio, Atahualpa fué asesinado, lo que prueba que la hidalguía española no viajó a América con los primeros conquistadores.

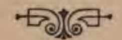
No son ménos curiosos los datos sobre los valores metálicos enviados a España en los tres primeros navíos que salieron de puertos peruanos con direccion a Sevilla en 1533 i 1534. El total de esas remesas ascendia a 4.350,000 pesos oro i 374,610 marcos de plata, sin contar las vasijas

de oro i plata, un ídolo de oro maciso del tamaño de un niño de cuatro años, una gran águila del mismo metal i otros muchos objetos de incalculable valor. Los españoles no dejaron en el Perú sino las chirimoyas i los plátanos, que no podian llevarse porque se podrian en el camino.

Fácilmente se comprenderá el asombro que producirian en Europa semejantes corrientes de riquezas que parecian inagotables; los aventureros i ociosos de España i Portugal se dirijeron presurosos hácia este nuevo Eden, mas opulento que todos los soñados hasta entónces, i Lima se pobló con una rapidez de que no habia ejemplo en las antiguas ciudades. Pero como esa jente no traia consigo industria alguna i España mantenia incomunicadas a sus colonias del resto del mundo, el progreso de la metrópoli sud-americana se detuvo cuando no quedó una joya que arrancar a los indios i era necesario trabajar para vivir, cosa tan contraria a las costumbres de aquellos orgullosos i bravos hidalgos.

Hoi Lima, en la plenitud de su decadencia, ve con tristeza cómo la han aventajado pueblos de su mismo oríjen i que ayer no existian. Valparaiso, ciudad de este siglo, supera en poblacion i riqueza a Lima i el Callao reunidos, i si la símpática i querida ciudad de los vireyes no hace un esfuerzo heróico para levantarse de su pos-

tracion, en poco tiempo no será sino un monton de adorables vejeces que el viajero visitará con doloroso silencio. Está visto que las riquezas naturales de nada sirven cuando los pueblos no saben aprovecharlas con la enerjía del trabajo; España era dueña del Nuevo Mundo, el sol no se ponia en sus dominios, el oro de la América se vaciaba en los cofres de sus reyes, i España con tanta gloria i con tanto poder, era, sin embargo, una desgraciada nacion, pues todo el jugo de la tierra no bastaba a mantener la tiranía, el fanatismo, la ignorancia i la pereza que la devoraban.





XXXVII

Hai en Lima otra estátua mui aplaudida de los chilenos: la de Cristóbal Colon, que se alza a un estremo de la plaza de Santa Ana, frente al Parque de la Esposicion. La figura del navegante es noble i benévola a la vez: el jenio i la gloria de la gran empresa realizada parecen reflejarse en toda ella. Levanta con dulzura a un indio arrodillado a sus pies, como significando que el descubrimiento dió a los antiguos habitantes de América una civilizacion superior, sacándolos de la ignorancia i esclavitud en que yacian, a una vida libre i feliz.

Habria mucho que decir a este respecto, i si la cuestion se resolviera por medio de un plebíscito

indiano, seguramente que el fallo no seria favorable a la empresa de Colon i de sus compañeros. Los indios peruanos constituian un imperio poderoso i civilizado, i eran mas felices ántes de la conquista que al presente. Si hai en la historia de la humanidad hechos crueles i bárbaros, son los que se ejecutaron para vencer i conquistar a la raza indíjena de América; se la robó, se la hizo esclava i se la llenó de vicios que no tenia.

Se dirá que los súbditos del Imperio Inca vivian en la idolatría i que ahora tienen la fortuna de ser miembros de la iglesia católica; talvez los indíjenas prefirieran su vida idólatra de ántes a su existencia abyecta pero católica de ahora. La alegoría de Colon debe ser para ellos una cruel ironía.

El monumento que conmemora el combate del 2 de Mayo está situado en el Camino de Cintura, frente a la Avenida del Callao, barrio pobre de Lima, de bajas viviendas i tapiales. En detalle i en conjunto este monumento es una obra de arte hermosísima: sobre un grandioso pedestal de mármol se alza una elevada columna coronada por el ánjel de la victoria o de la fama, con las alas desplegadas al viento i entonando la épica trompeta; en la base de la columna descansan cuatro grandes estatuas alegóricas, que representan al Perú, Chile, Bolivia i Ecuador, las cuatro Repú-

blicas aliadas contra el intento de reivindicacion de las antiguas colonias del Pacífico, que acarició el gobierno de Isabel II. El pedestal i la columna son de mármol de Carrara i las estatuas de bronce.

En el frente del monumento i sobre un pedestal aislado se alza la estatua del Ministro Gálvez, el organizador i el héroe de la defensa del Callao i tambien su víctima mas ilustre.

Parece que en este monumento ha predominado la idea jenerosa de conmemorar la alianza de las cuatro Repúblicas hermanas sobre el hecho mismo de armas que fué esclusivamente peruano; solo así se esplican las proporciones colosales de las cuatro estatuas que simbolizan la union de las repúblicas i la pequeñez relativa de la figura de Gálvez.

El 31 de Marzo de 1866, Chile sufrió el bombardeo de Valparaiso, ordenado por la vieja cortesana que la misma España castigó despues arrojándola del trono que prostituia.

Isabel queria castigar la actitud de Chile i la captura de la *Covadonga;* pero la órden del bombardeo contra una plaza comercial e indefensa no debió ser del agrado de los marinos españoles.

El paseo triunfal al Pacífico habia hecho fiasco i la aventura resultó ridícula: la escuadra recibió

orden de regresar a España; pero como no era posible volver sólo con los laureles del bombardeo de Valparaiso i el cadáver de Pareja conservado en un tonel de aguardiente, se decidió el ataque de un puerto fortificado de la costa: el del Callao, que era el mas fuerte.

No hai duda que la defensa de este puerto fué honrosa para los peruanos, i que Gálvez i sus compañeros pelearon i sucumbieron como verdaderos valientes; pero no es posible desconocer que el ataque fué tambien glorioso para los marinos españoles. La escuadra, con sus buques de madera regularmente artillados i con solo uno de delgado blindaje, atacó durante seis horas las fortificaciones, sin que ninguno de sus barcos fuera echado a pique. Es cierto que la *Resolucion* i la *Numancia* llegaron difícilmente hasta España; pero llegaron. Los cañones de las fortalezas del Callao eran en su mayoría de grueso calibre: de ciento, de ciento cincuenta, de trescientas, de quinientas, i hasta uno de a mil, que se denominaba el cañon del pueblo; pero los artilleros peruanos, bisoños en su mayor parte, no podian compararse con los veteranos que tripulaban las naves españolas.

La estatua de Gálvez que adorna el monumento del 2 de Mayo, es la única que el Perú ha erijido en honor de uno de sus hijos, lo que prueba

una gran justicia i un gran castigo a la vez: no le han faltado a esta nacion hombres de valor i de talento, pero esas cualidades se han visto afeadas por defectos que los pueblos desgraciados no perdonan jamas. El Perú ha tenido hambre i sed de un hombre lleno de fuerza i de prestijio moral: talvez no le ha encontrado todavía i por eso no le ha glorificado.





XXXVIII

Doi una última mirada al hermoso monumento, i noto al retirarme que una negra me observa con curiosidad. Es una jenuina negra limeña de labios gruesos, de ojos orgullosos i de sonrisa desdeñosa. Viste su traje de domingo, i un pañuelo de espumilla bordado de colores, como ya no se ven, cubre sus hombros, envolviendo su cintura. La mano en la cadera i un gran cigarro puro en la boca completan el carácter de este estraño tipo de mujer.

—¡Bonito! me dice, echando atras su cabeza para mirar al ánjel que corona el monumento.

—¡Bonito! le contesto con entusiasmo, i nuestras miradas se confunden en la cúspide.

La negra chupa el cigarro i arroja el humo con fuerza, como pretendiendo envolver con él al monumento.

—Es Ud. chileno, dice, sonriendo de una manera que me parece terrible.

No quiero darle un mal rato confesando que pertenezco a esa intrusa raza que ya por tres veces ha tomado posesion de Lima en el espacio de medio siglo, i le contesto meneando negativamente la cabeza.

—No oculte, hombre, su patria, dice ella, insistiendo. No será tan buena cuando la niega; i vea Ud., añadió con espresion de sorpresa, a su amigo de usted se le da mucho aire al mariscal Castilla.

Se referia a un caballero peruano que me acompañaba.

—Ese sí que era un hombre grande, valia mas que todos estos juntos, dice la negra, señalando con su mano decorada con gruesos anillos las estatuas del monumento.

I se estiende haciendo el elojio del gran mariscal libertador, en su jerga de negra.

No es la primera vez que oigo recordar con cariño i admiracion la memoria del popular caudillo que fué árbitro de la suerte del Perú, i me estraña, que despues de tantos años de desaparecido, viva en el corazon de esta raza inconstante i

lijera. ¿Qué cualidades le hicieron tan popular i querido?

Castilla nació a fines del último año del siglo XVIII i pasó una parte de su juventud en el sur de Chile, en la ciudad de Concepcion, adonde lo trajo su hermano mayor i tutor don Leandro Castilla, i en cuyos colejios cursó sus primeros estudios bajo la direccion de don Mariano Benavente i del padre Aliaga. El padre de don Ramon era español i la madre de oríjen italiano; corria por sus venas la altiva sangre del uno i la ardiente i apasionada de la madre, lo que esplica la estraña mezcla de su carácter, aventurero i temerario.

En 1812 estalló en Concepcion un movimiento revolucionario en contra de la monarquía, i el jóven estudiante, por insinuacion de su hermano, ardiente partidario del rei, obtuvo los despachos de cadete de caballería en el rejimiento de *Dragones de la Frontera*, donde inició la serie de peripecias que forman la novela de esa vida tan militar i tan ciudadana a la vez.

La revolucion fué sofocada, i Castilla se alejó del ejército para volver a él en 1816, nombrado por Marcó del Pont como cadete efectivo. Se le incorporó en el ejército que debia pelear contra San Martin, i que en ausilio de los patriotas chilenos acababa de pasar la cordillera.

Derrotados los españoles en la batalla de Chacabuco, Castilla cayó prisionero i fué enviado a Buenos Aires, de donde pasó a Rio Janeiro i de ahí a Lima, recorriendo por tierra, en el término de cuatro meses, mas de mil quinientas leguas. Marcha estupenda que manifiesta el vigor físico del soldado.

La revolucion habia seguido su camino victorioso i Castilla, contaminado con su espíritu, volvió las espaldas a los españoles, bajo cuyas banderas hizo sus primeras armas, i solicitó de San Martin un puesto en el ejército patriota, i éste le incorporó en el escuadron Húsares con el grado de teniente. En 1822 marchó al Alto Perú a las órdenes de Santa Cruz e hizo toda la campaña hasta la llegada de Bolívar. Fué el primer oficial peruano que entró a pelear en la batalla de Ayacucho, de donde sacó dos heridas, siendo mui recomendado por sus jefes.

Desde este instante adquirió Castilla un nombre prestijioso i una alta posicion, llegando a ser jefe de estado mayor del ejército acantonado en Puno; pero un contraste inesperado detuvo por algun tiempo su fortuna i le alejó del ejército i del Perú.

Habiendo dicho a Gamarra que no era decoroso para el ejército peruano ser mandado por jefes estranjeros, éste le hizo encerrar en las for-

talezas del Callao, de donde se escapó para Chile en 1833, despues de dos largos años de prision. Regresó al Perú a fines del citado año, época en que Orbegoso i Gamarra se disputaban el poder. Despues de algunas batallas mas o ménos sangrientas, Gamarra fué derrotado i el triunfante Orbegoso dió a Castilla el ascenso de jeneral. La guerra civil continuó mas sangrienta que ántes entre Salaverri i Orbegoso. Gamarra aparece nuevamente en escena protejido por Santa Cruz, i de este cáos nace la Confederacion Perú-Boliviana i la intervencion de Chile en tan prolongada lucha. De esa primera espedicion chilena contra Santa Cruz, que fué al mando del almirante Blanco Encalada, formó parte el jeneral Castilla i gran parte de los emigrados peruanos residentes en Chile. El tratado de paz de Paucarpata puso término a esta rápida espedicion, i Blanco i Castilla regresaron a Chile.

Nuevos i grandes sucesos se desarrollaron bien pronto. Chile envió, a las órdenes de Búlnes, una segunda espedicion contra Santa Cruz, i de ella formó parte otra vez el jeneral Castilla. La espedicion desembarcó en Ancon, i pronto el ejército restaurador ocupó la ciudad de Lima. Gamarra fué proclamado presidente provisorio del Perú, i éste dió a Castilla la cartera de la guerra.

Pocas veces se ha presentado en las luchas

civiles de América situacion mas difícil de resolver: el Perú era un pais empobrecido, trabajado por la anarquía i dominado por un ejército poderoso i un caudillo esforzado i de temple verdaderamente militar. El ejército restaurador carecia de todo: sin leña para el fuego, se vió en la necesidad de quemar hasta los techos de las casas; sin raciones i con mas de quinientos enfermos, no tuvo mas espectativa que el triunfo, i lo obtuvo completo i espléndido en la batalla de Yungai.

La confederacion vino al suelo i Santa Cruz huyó a Bolivia con las reliquias de su brillante ejército. Castilla peleó en esta batalla con su valor de siempre, fué ascendido a jeneral de division, i en el nuevo gobierno, presidido por Gamarra, entró a desempeñar la cartera de Hacienda.

Por un momento se creyó que la paz estaba asegurada; pero la ambicion de los caudillos peruanos no respetaba ni la angustiada situacion en que la patria se encontraba. Vivanco se subleva en Arequipa; pero va Castilla i le vence. Nueva guerra se declara entre el Perú i Bolivia. Gamarra es derrotado i muerto en la batalla de Ingavi el 18 de Noviembre de 1841; Castilla cae prisionero i, cargado de grillos, insultado i sufriendo el trato mas indigno, es conducido a Bolivia.

A la muerte de Gamarra todos sus émulos i

subalternos ambicionaron su herencia: Trenico i Lafuente se sublevan en Moquegua; Castilla, que se encontraba en Tacna de regreso de Bolivia, organiza precipitadamente algunas fuerzas i les vence; pero Vidal se subleva en el norte; el jeneral Guarda en el sur; Vivanco alza de nuevo la bandera de la rebelion, i Castilla aparece por todas partes combatiendo la anarquía i sofocando sus movimientos. Como una justa recompensa a su patriotismo i actividad prodijiosa, es proclamado presidente el 22 de Abril de 1845, i en 1851, por primera vez en el Perú, trasmitió el mando supremo a su sucesor constitucional, el jeneral don José Rufino Echeñique.

Pronto levantó el gobierno de Echeñique una poderosa oposicion, i Castilla se puso al frente de ella, organizó un ejército i venció a Echeñique. Otra vez asumió el mando supremo del Perú, que conservó hasta 1862, legando su cargo al jeneral San Roman. Pero la anarquía peruana era tan infatigable como la actividad de Castilla: Vivanco se subleva de nuevo en Arequipa; Castilla toma la ciudad por asalto i aplasta a su antiguo rival.

La situacion interior del Perú, siempre amenazante, se agrava con motivo del conflicto con España. Castilla tiene sobre esta cuestion una misteriosa confidencia con Pezet, cuyos detalles

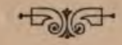
no se conocen; pero que dieron por resultado la prision de Castilla i su embarque a bordo de una fragata mercante que despues abandona en Jibraltar.

Caido Pezet, Castilla regresa al Perú en 1865; pero el gobierno le destierra en el acto para Chile. El 12 de Mayo de 1867 se embarca en Caldera a bordo del vapor *Limeña*, que conduce mil rifles, i en la noche del 15 desembarca en Mejillones para iniciar nueva campaña. Su empresa es conocida; pero él marcha impasible a Tarapacá; su salud está quebrantada i el vigoroso impulso de su espíritu le abandona. Se ve en la necesidad de hacer cama; pero, llamado con urjencia por sus amigos de Tacna i Arica, cobra bríos i se pone en marcha. Su improvisado ejército le acompaña silencioso. El viejo jeneral no es sino una sombra sobre su caballo; pero sigue marchando, llega a Camiña casi agonizante i no quiere detenerse. No escucha los consejos ni las súplicas de nadie; sube de nuevo sobre su caballo i continúa hácia Niviliche; pero sus fuerzas le abandonan i esclama: «No puedo mas, me muero»; i espira recostado sobre el pecho de su ayudante.

La vida prodijiosa de este caudillo es la propia historia de la anarquía i de la eterna guerra civil que durante medio siglo despedazó al Perú, i por

eso la he narrado a la lijera, al mismo trote rápido con que Castilla la recorrió.

Al pueblo peruano le seducia la audacia imponderable de este hombre que triunfaba de todos sus rivales, que solo, montado sobre su caballo i blandiendo su espada, sofocaba revoluciones i ahuyentaba a las soldadescas amotinadas; el pueblo peruano amaba al mandatario que en los dias de fiestas arrojaba a la multitud puñados de oro, que seguramente no sacaba de sus bolsillos sino de las arcas fiscales, i le enorgullecian los antecedentes del soldado que peleara al lado de Bolívar, de San Martin, de Sucre i de Búlnes. Esta mezcla de guerrero, de aventurero i de político, jeneroso, valiente, sin odios, con mui poca o ninguna moralidad, es del supremo agrado de esa multitud apasionada, estravagante i revuelta en tantas razas que forma las capas bajas del pueblo peruano.





XXXIX

Grandes noticias llegan de Chile: el ejército se ha embarcado en Iquique, en Caldera i en Huasco, i sigue viaje para el sur convoyado por la escuadra. ¿Va a Coquimbo, a Valparaiso, a San Antonio, a Talcahuano? Hai en todos el convencimiento que va a combatir de frente al tirano i que desembarcará en el centro de sus propias fuerzas. Solo los dictatoriales no pueden creer en tanta audacia i sostienen que el ejército va a Coquimbo o Concepcion. Si da un golpe afortunado, tratará de aumentar su número para poder marchar sobre Santiago. Tienen fé ciega en que el ejército del Dictador los aplastará de *un solo* golpe. Acabo de encontrar a mi amigo

el coronel balmacedista, i al despedirse me ha repetido con el énfasis de un hombre que trata de aparecer convencido:

—Lo va usted a ver: el viejo ejército de Chile no podrá ser vencido.

En este pais la jente se muestra asombrada de la vitalidad de Chile. En pocos meses Balmaceda ha organizado un brillante ejército de 35,000 hombres i el Congreso otro de 14,000, i se ha invertido en la guerra mas de cien millones de pesos, sin que uno solo de los ramos de la administracion pública se haya suspendido, ni siquiera el servicio de la deuda esterna. Es una lucha jigantesca para una nacion sud-americana, i tal vez no se ha visto nunca, en relacion a la poblacion i riqueza de un pais, esfuerzo igual de enerjía, pues no se trata de rechazar a un enemigo estranjero, sino de una contienda de principios.

La opinion pública en el Perú, respecto a esta guerra, se ha modificado por completo: al principio era favorable a Balmaceda, especialmente en los hombres; talvez habia en el fondo de esta opinion un sentimiento de natural i humano egoismo, imajinándose que Balmaceda iba a ser para nosotros un azote que les vengaria de los males que les hemos causado; pero cuando se relatan los

crímenes i crueldades cometidas por los hombres de la Dictadura, un sentimiento de dignidad i de propio decoro les impide defender al tirano. Esta raza es jenerosa i llena de bondad, i despues de conocerla, mi deseo mas vehemente es borrar los rencores del pasado i ser para el Perú los hermanos de otro tiempo.

La opinion femenina, que en Lima es de mucha importancia, fué desde un principio favorable a la causa del Congreso. Las mujeres, mas sinceras i entusiastas que los hombres, no ocultaban sus simpatías hácia los que se sacrificaban por defender las instituciones de su patria. El Perú tambien habia tenido un Dictador, que el pueblo colgó de las torres de la Catedral i despedazó despues por las calles de la ciudad, para tremendo escarmiento de los futuros tiranos. Estaban asombrados de que nosotros, tan orgullosos i valientes, no hubiéramos hecho justicia mas rápida.

Nervioso por las noticias que de Chile llegan e inquieto por el éxito de las tremendas batallas que se van a dar, vago sin rumbo por las calles de Lima. El porvenir de Chile se va a jugar en esta campaña: si somos vencidos, un tirano se entronizará i la labor paciente i honrada de tres cuartos de siglo se desmoronará de súbito. *Verdad* que la lucha continuará hasta agotar

a uno de los dos contendores i que el tirano caerá al fin; pero despues de cuánta sangre i sacrificios!

Un sentimiento de amor inmenso a la patria, de ternura hácia los que van a dar su vida por defenderla, de dolorosa incertidumbre, de odio hácia el tirano i sus cómplices, me domina i entristece. Hai un templo cuyas puertas están abiertas i penetro en él; un aire fresco, impregnado de viejos olores a incienso i flores marchitas, circula por las altas naves. Parece que vagaran en el aire los rumores de las plegarias que durante tres siglos han dirijido al cielo millares de creyentes. Recorro lentamente los altares, i las imájenes mal vestidas que les adornan me inspiran simpatía: todos esos hombres se han sacrificado por algo que han juzgado grande, i muchos han luchado contra los tiranos, sacrificando sus vidas por el triunfo de una idea. Es precisamente lo mismo que nuestros amigos van a hacer o hacen en estos momentos.

Nada de particular ofrecen los templos de Lima, a no ser sus reliquias i su vejez; pero hai en algunos i especialmente en este de San Pedro, dos magníficos altares de madera de nogal, que tienen ese tono noble i clásico que da el tiempo. Son dos muebles tallados con esquisito gusto i cuyas coronaciones se pierden en el fondo de las pequeñas cúpulas que sobre ellos se alzan, dando

luz a las naves. Sentado en un escaño de madera contemplo con satisfaccion estas dos hermosas obras. Lima entero no vale lo que estos altares.

Una oracion dicha en alta voz, casi a gritos, llama mi atencion: es un negro, que arrodillado frente a un altar i con los brazos en cruz, reza con un fervor imposible de describir. No puedo ménos de sonreir al ver que ese pobre negro se imajina que Dios no le oirá si no alza la voz, como los que hablan a gritos por teléfono creyendo hacerse entender mejor. Cuántas veces el pobre negro habrá repetido inútilmente sus plegarias, i esta vez, impaciente i contrariado, pretende hacerse oir elevando fuerte su eco.

El templo está desierto; solo al rededor de un confesonario se agrupa un pequeño número de mujeres. Una de ellas ocupa la tablilla desde que entré al templo. Miro al confesor: es jóven i parece contrariado con mi presencia. ¿Si me conocerá en la cara que no soi creyente de pura raza? La penitente sigue arrodillada i confesándose. ¡Qué pecados tan interminables tienen algunas mujeres!

Un ruido leve pasa a mi lado: es una dama jóven que se desliza con el paso lijero i elegante de una mujer a la moda i de la alta clase. Es mui hermosa. Su rostro posee suaves contornos, su

linda boca luce perlas, sus cabellos claros, sin llegar a ser rubios, i sus grandes i espresivos ojos negros miran sonriendo a los santos. Me parece ser mas bella que los dos altares, i al instante mi pensamiento, que vagaba por el cielo, desciende a la tierra. Se arrodilla frente a un altar, casi en el sitio mismo que poco ántes ocupaba el fervoroso negro; murmura una oracion con distraida elegancia; sus labios se mueven con gracia i como si hicieran una confidencia de amor, i sin duda alguna que el santo la ve i la escucha con placer. Pienso que esta mujer debe tener gran influencia en el cielo i que seguramente va a obtener lo que desea con su lijera súplica, lo que el pobre negro no ha podido conseguir con sus gritazos; i me indigna la idea de que tal pudiera suceder.

¿Por qué tiene ese aire galante i casi provocativo, esa inquietud nerviosa e impaciente, aunque atemperada por cierto disimulo? ¿Es posible que esta mujer creyente venga aquí a pasar el tiempo charlando con los santos, miéntras llega la hora dichosa que ella espera? I no sigo en mis sospechas porque Hamlet se interpone en mi pensamiento i recuerdo las palabras que dice a Ofelia: "Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia."

I pienso en la patria, en la noble propaganda que nuestras mujeres hacen, en las madres que tienen sus hijos en la guerra, en las esposas solitarias, en las novias que talvez no van a ver realizado su ideal i que en esos momentos oran en nuestros templos con santo fervor, i pienso tambien que para saber cuánto se ama a la patria es necesario verla en peligro i estar léjos de ella.





XL

Miéntras la suerte de la patria se libra en los campos de batalla, el ánimo de los que desde aquí contemplan la lucha está inquieto i triste. Mas de treinta mil hombres, la juventud i la fuerza de la patria, se van a despedazar por la ambicion i vanidad de uno solo. A cada momento llegan de Chile noticias terribles: la tiranía fusila i azota hasta a las mujeres. Muchos de los que ayer eran nuestros amigos, se han convertido en verdugos. Dominado por estas impresiones, he amanecido con un humor negro, i durante toda la mañana he pasado en el Parque de la Esposicion, hermoso sitio lleno de árboles, de silencio i de soledad. ¡Qué bien vivo aquí con mis afectos i recuerdos! Soi feliz

alejándome de todo lo que no amo con sinceridad, pues una especie de desconfianza, de odio a lo que es humano, se ha apoderado de mi espíritu, tan comunicativo i confiado. Si encuentro por la calle a un hombre desconocido, me pregunto, si es gordo: ¿qué mónstruo será éste? i si es flaco: ¿qué reptil? i alijero el paso para que no me dé caza i me devore, i trato de no pisar las huellas donde ha dejado su ponzoña. Por fortuna esta nube pasará pronto.

Del Parque me dirijo al Cementerio, arrastrado por el estado melancólico de mi espíritu. Es hermoso, bien construido i limpio, aunque no tiene la estension i grandiosidad del Cementerio Jeneral de Santiago. Su distribucion parece orijinal, pues está dividido en una serie de pequeños cementerios, que seguramente forman en conjunto algun plano injenioso que no he querido darme el trabajo de descifrar. Las murallas están cubiertas de nichos que la muerte va ocupando poco a poco, i en el centro de los patios se alzan monumentos de mármol en los que el arte es mas escaso que la pretension.

Me imajinaba que el Cementerio de Lima estaria lleno de monumentos antiguos, por haber tenido esta ciudad una aristocracia tan titulada i opulenta; pero nada! Ni siquiera los huesos dejan los peruanos a su patria. Muchos que han gozado

de sus fortunas en el estranjero, han desparramado sus cenizas en los panteones de las ciudades europeas. Egoista ostracismo que no siente el placer supremo de descansar juntos, los que se han amado, en una misma tumba!

Ví en mármol, desparramados aquí i allá, una serie de presidentes que en vida no hicieran otra cosa que combatirse i derrocarse, i que hoi, tranquilos en sus puestos, se miran de léjos como contrariados de no poderse echar abajo los unos a los otros. Entre estos monumentos, el mas costoso, no el mas bello, es el del gran mariscal Castilla, en cuyo pedestal se leen todos sus títulos, que de nada le sirvieron para hacer feliz al Perú.

Hé aquí, al fin, una hermosa estatua que me detiene en mi marcha silenciosa. Representa una mujer, esposa i madre, muerta todavía jóven i en la plenitud de su belleza. Está representada con su traje mundano, el que talvez llevaba cuando cayó herida para no levantarse sino sobre este pedestal. ¡Qué hermosa es con su mirada bondadosa i su sonrisa de vida! En su frente hai, sin embargo, una sombra triste, ese signo indefinible de los que se alejan ántes de tiempo.

El esposo ha querido representarla así, en toda su belleza, en una actitud casi galante, que le recuerde su dicha. Esta mujer, retratada viva sobre su tumba, produce un afecto profundo: es un

desafío a la muerte. ¡Ah! parece decirla: quisiste hacerme desaparecer, i aquí estoi de pié, bella como era, i ya no me destruirá sino el tiempo.

El cementerio está desierto: ni una sola persona recorre sus calles solitarias. Algunas avecillas cantan himnos de risa sobre las ramas de los árboles i algunas lagartijas se deslizan lijeras sobre los nichos. En medio de aquel mundo, que tanto ruido hizo en vida, puede escucharse el aleteo de los insectos.

Yo miro siempre a la estátua; quisiera darle mi mano para que descendiera de su pedestal i se sentara a conversar conmigo a la sombra de ese bosquecillo que está cerca de ella; si su pesado traje fuera un inconveniente, podria conducirla en mis brazos. ¡Qué de cosas estrañas me revelaria! ¡Con qué gracia soltaria su lengua tanto tiempo muda! ¡Ah, la miro i creo que su rostro se anima! Su frialdad de mármol no me inspira ningun recelo; siento cariño hácia ella; recuerdo al esposo que la tuvo i la perdió, i me parece que si le viera aquí tendria celos.

Un ruido de pasos me vuelve a la realidad; parece que es una comitiva, i me alejo sin volver el rostro, como si hubiera sido sorprendido en una profanacion i no quisiera ser reconocido.

La comitiva que avanza es un entierro: un grupo de hombres i de mujeres del pueblo conducen

un pequeño féretro. Algun cholito que ha muerto ántes de los siete años. ¡Feliz él! Todos conversan indiferentes i hasta rien, como si en vez de un ataud condujeran una bandeja de dulces. La única persona que va triste es la madre, que no se conforma con que su hijo haya volado al cielo!





XLI

Despues de algunos dias de inquietud, el señor Edwards recibe un cablegrama de Valparaiso en que se le anuncia que el ejército del Congreso ha desembarcado sin novedad en la bahía de Quinteros, distante solo unos pocos kilómetros de Valparaiso. Nunca pude saber quién envió este cablegrama i ni el mismo señor Edwards lo ha podido averiguar. La operacion del desembarco, una de las mas difíciles de la guerra, ha sido realizada con admirable pericia. Se sabe que en los alrededores de Quinteros se ha situado una fuerte division del ejército Balmacedista i se espera por momentos una sangrienta batalla.

Esperamos con impaciencia los diarios de la

noche para ver confirmadas en letras de molde las importantes noticias que ya conocemos, i talvez algunas otras que pueda haber recibido el gobierno peruano. Es un servicio bien orijinal el de la prensa de Lima: los cuatro diarios que posee salen de noche: entre ocho i nueve, aparece *El Diario*, órgano semi-oficial; casi a la misma hora, *La Opinion Nacional*, mui adicta a los balmacedistas i en cuyas columnas han publicado éstos numerosos artículos de polémica o de glorificacion a la dictadura; en seguida, i ya a las diez u once, salen *El Nacional* i *El Comercio*. Este último es el mas antiguo i prestijioso de los diarios de Lima, i jeneralmente publica dos ediciones, teniendo derecho a reclamar la segunda los que han comprado la primera. No he podido esplicarme la causa de esta estraña aparicion nocturna de toda la prensa de una ciudad importante, a no ser que sea para evitar a las imprentos el fatigoso trabajo de la noche. A los que tenemos la costumbre de leer los diarios por la mañana i por la tarde, esta espera hasta una hora avanzada de la noche nos contraría i aburre.

Los cuatro diarios de Lima confirman la noticia del desembarco del ejército constitucional, reproduciendo cablegramas del *New-York Herald*, remitidos por su corresponsal en Valparaiso.

El ministro que el dictador Balmaceda tiene

en Lima reclama dia a dia del gobierno peruano la entrega del vapor *Mapocho*, i para conseguir su intento inventa victorias que han tenido lugar ántes que se den las batallas. El señor don Ánjel Custodio Vicuña ha sido en Chile autor dramático que ha levantado tempestades bien orijinales: sus dotes cómicas influyeron probablemente en el espíritu de Balmaceda para hacerle su representante en Lima, imajinándose que un autor dramático, por malo que fuera, tendria en la diplomacia mas inventiva i recursos que un diplomático que no es autor. El Dictador no se ha engañado esta vez, pues el señor Vicuña inventa una intriga por minuto; pero el público tampoco se ha engañado i continúa silbando al autor. La última intriga que se atribuye al señor Vicuña ha causado sensacion en Lima, i es sin disputa lo mejor de todos sus enredos dramáticos.

Estrechado el gobierno peruano por el representante de Balmaceda, ha creido conveniente dar una solucion a la cuestion del *Mapocho:* para salvar su responsabilidad trata de conocer la opinion de los miembros mas caracterizados de ámbas Cámaras. Con este objeto el señor Elmore, ministro de Relaciones Esteriores, ha provocado para mañana una reunion de senadores i diputados; pero en la tarde de hoi, 23 de Agosto, víspera de la reunion, el señor Vicuña ha recibido, por

la via de Europa, un cablegrama de su colega i amigo don Gabriel Vidal, ministro de Balmaceda en Buenos Aires, anunciándole el triunfo completo de las armas del Dictador. Gran sorpresa ha producido en Lima la noticia de esta victoria, que indudablemente influirá de una manera decisiva en el ánimo del gobierno i de los congresales, para hacer la entrega del *Mapocho*, con cuya cooperacion pretenden los balmacedistas invadir la provincia de Tarapacá i dar a la revolucion el golpe de gracia en el mismo centro de sus recursos, precisamente lo mismo que en estos momentos hacen los congresistas en los alrededores de Valparaiso.

La noticia de Vidal ha circulado con estrépito: todos los diarios de la noche la publican; los dictatoriales invaden alegres los portales i algunos hacen manifestaciones impropias en una ciudad estraña; i el señor Vicuña, para dar una confirmacion solemne a su noticia, ha enarbolado en la legacion la bandera de Chile, i ha habido comida, champañazos i bríndis. Peruanos, estranjeros i dictatoriales creen firmemente en la noticia, i los reporters declaran que el señor Vicuña les ha mostrado el cablegrama orijinal enviado de Buenos Aires. No es posible dudar, sobre todo despues que el señor ministro ha enarbolado en su casa la bandera chilena.

Hai quien duda, sin embargo, recordando al dramaturgo. El cable entre Valparaiso i el Callao está corriente i se han cambiado durante el dia cablegramas comerciales entre ámbas plazas; ¿por qué no se ha recibido por esta vía noticia tan importante? ¿Por qué se la comunica de Santiago a Buenos Aires, i no se la manda a Lima, llegando a esta ciudad por la vía de Europa, que es mas larga i costosa? Si el cable del Pacífico estuviera interrumpido, se esplicaria esta preferencia i retardo de diez horas en comunicar tan fausta nueva. El señor Vial Solar pide noticias a Iquique, i se le comunica que no las hai. Los dictatoriales creen sacar el *Mapocho* al dia siguiente, i todo está arreglado para la marcha. Muchos se han dirijido al Callao en el tren de la noche.

Aparece el nuevo dia, i la noticia no se confirma, aun cuando la bandera de la legacion flota siempre en los balcones. El señor Elmore pide noticias a Valparaiso, i no se le contesta. La reunion de los miembros del Congreso no ha tenido lugar, i el *Mapocho* continúa fondeado en la dársena del Callao. A medio dia desciende la bandera de la legacion balmacedista, i los dictatoriales dicen que Vicuña los ha engañado a ellos mismos. ¿Fué él quien solicitó de Vidal un cablegrama de triunfo para hacer presion en el ánimo de los hombres públicos del Perú i obtener de

esta manera la entrega del *Mapocho?* La opinion era unánime en creerlo así. Pero no se ha encontrado un documento claro i fehaciente que compruebe esta sospecha.

El diplomático que representa en Lima al gobierno de Iquique, me ha dicho muchas veces que el *Mapocho* no saldrá del Callao sino despues del triunfo de la revolucion i para conducir a Valparaiso a los desterrados de Balmaceda, i todo hace suponer que su vaticinio se realice.

En la noche del 23 de Agosto un grupo de balmacedistas recorre las calles centrales i celebra una gran noticia recibida de Valparaiso: una montonera organizada en los alrededores de Santiago con el objeto de destruir los ferrocarriles i telégrafos, ha sido sorprendida i rodeada por las tropas del Dictador, i todos, los sesenta hombres que la componian, han sido pasados por las armas! Muchos jóvenes distinguidos de Santiago han caido en esta tremenda catástrofe.

Ya nadie cree en noticias de oríjen balmacedista, i esta narracion, que desgraciadamente es exacta, pues se refiere al suceso de *Lo Cañas*, pasa sin hacer ruido, i es reemplazada a la mañana siguiente por otra que nos es completamente favorable: una sangrienta batalla ha tenido lugar cerca del sitio en que desembarcó el ejército, i las tropas del tirano han sido derrotadas. Los dicta-

toriales dan de este hecho de armas una version contraria i rien de nuestra credulidad.

En la tarde la noticia se formaliza, i nuevas versiones la confirman, no dejando ya la menor duda de que la causa de la justicia ha obtenido una gran victoria. Se ha interceptado un cablegrama dirijido al gobierno frances talvez por su ministro residente en Santiago, en que da cuenta de la batalla que ha tenido lugar en las márjenes del rio Aconcagua. "Batalla sangrienta, mas de cinco mil hombres fuera de combate. Por ámbas partes se ha desplegado valor heróico; pero las tropas de Balmaceda han sido despedazadas. Se espera batalla decisiva."

¡Era el triunfo de Concon!

A esta noticia, que nos llena de esperanza, siguen dias de espectativa angustiosa, noches de desvelo i de tristes reflexiones. Nos apena el hecho de que las tropas del Dictador hayan peleado bien, cuando las suponíamos contaminadas del sentimiento de odio al tirano, que era el dominante en la opinion del pais; pero Balmaceda ha sabido halagar el espíritu de la tropa, llenándola de todas las comodidades i manteniéndola alejada del contacto del pueblo. Ademas, en nuestro soldado domina jeneralmente un sentimiento de pundonor i de orgullo militar que le hace pelear con la misma bravura por una buena como por

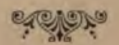
una mala causa, i cuando se encuentra al frente de su adversario no piensa sino en vencerle i le encoleriza toda resistencia. Es cierto que el ejército organizado en el norte, compuesto de voluntarios, une a estas mismas condiciones de valor el conocimiento de que defiende una causa sagrada, que lucha por derrocar al tirano de su patria, i este sentimiento del deber unido al de su orgullo, aumenta su vigor i le hace soportar contento los mayores sacrificios. Por lo que hace a la oficialidad de los dos ejércitos, hai entre ellas la diferencia que existe entre los que sostienen una causa personal i los que luchan en defensa de una idea, de la familia i de la patria.

La casa del señor Vial Solar es en estos dias el refujio de todos los impacientes por saber noticias de Chile. Ocupados en comentar sucesos i planes de batallas que forja la imajinacion, vuela veloz el tiempo que nos acerca al desenlace final. Con la mirada fija en el mapa de Chile, seguimos las huellas imajinarias del ejército libertador i damos por interceptadas las comunicaciones del centro con el sur i con el norte, i hacemos avanzar a Canto i a Körner en direccion a Santiago, o les dejamos sitiando a Valparaiso apoyados por la escuadra.

Un suceso desgraciado nos tiene entristecidos: a grave enfermedad que desde hace dias aqueja

al señor don José Besa. El ilustre i varonil anciano, que tanto contribuyó con su enerjía e influencia a organizar la resistencia contra el futuro Dictador, se encuentra sériamente amenazado, i mucho tememos ver enlutada con su pérdida la noticia del triunfo de nuestro ejército. Por fortuna, a medida que se acerca el desenlace final de la contienda, el heróico patriota se reanima, como si su penetrante i previsor instinto le anunciara el glorioso término de la lucha. Enfermo desde el dia siguiente que se supo en Lima la marcha del ejército constitucional, no ha pedido una sola vez noticias de la campaña, comprendiendo que ni favorables ni adversas se las habian de comunicar para no ajitar su espíritu, que necesita de calma; pero su mirada investigadora parece adivinar que nada se ha resuelto todàvía.

Por diverso conducto se confirma el hecho de haber sido despedazada una montonera compuesta de jóvenes i niños de la mejor sociedad de Santiago, aun cuando todavía no se conoce toda la espantosa verdad. Es horrible la angustia de los que tienen en Chile hijos i hermanos que pueden haber caido en este horrendo sacrificio.





XLII

El 28 a las once i media, gran parte de la colonia chilena en Lima, de la colonia revolucionaria, almuerza en casa del señor Vial Solar; de improviso suena con estruendo la campanilla anunciando una visita. Viva emocion domina a todos los concurrentes.—¡Noticias de Chile! dice álguien; i apénas se pronuncia esta frase, el señor don Agustin Edwards, jadeante por la precipitada marcha que ha hecho desde su hotel a la Legacion, entra al comedor vivando a Chile.—¡Triunfó la revolucion! ¡Viva el Congreso!

El principiado almuerzo se da por terminado, i todos de pié, emocionados profundamente, damos muchas veces lectura a un telegrama dirijido de Valparaiso a la Casa Graham Rowe, i que el

jefe de ésta, señor Dubois, ha llevado personalmente al señor Edwards; dice así:

«Revolucion triunfante. Ejército de Balmaceda despedazado. Valparaiso tomado. Casa Graham Rowe no ha sufrido perjuicios.»

La primera impresion que se siente al recibir una noticia de esta naturaleza, se asemeja mucho a la que produce una desgracia; la emocion es tan viva que el ánimo se abate, i por un instante se permanece silencioso; pero la reaccion es rápida i la alegría del triunfo hace palpitar el corazon.

Nuestras instituciones se han salvado; un tirano, el primero i el único que se alzó en nuestro pais, ha caido despedazado en una campaña fabulosa de ocho dias, i Chile ha dado el espectáculo grandioso de un pueblo varonil i enérjico, que lucha por sus libertades i vence en sangrientos combates. Una mezcla de nobles sentimientos nos ajita i conmueve: el amor a la patria, el mas grande de todos los afectos, la satisfaccion de haber cumplido con nuestro deber de ciudadanos i la idea de la patria salvada i engrandecida, esparce en todo nuestro ser cierta embriagadora i desconocida delicia. Un sentimiento de admiracion i de gratitud hácia los que se han sacrificado por conservar a Chile sus libertades, se alza tambien poderoso de lo mas íntimo del alma.

Alegremente emocionados abandonamos la casa de la Legacion para recorrer las calles en busca de otras noticias. La nueva de la victoria se ha esparcido con rapidez, i la ciudad está ajitada i conmovida. Siempre los pueblos que vencen, en luchas tan justas i nobles, son objeto de admiracion i de respeto, i ya que no se puede enviar a Chile esta impresion, se nos saluda i felicita con cariño. La que mas me sorprende de estas manifestaciones es la de un jóven Campel, de nacionalidad arjentina, oficial de la Legacion de su pais en Lima, que va corriendo por las calles, loco de entusiasmo, vivando a Chile i al Congreso, como si se tratara de un triunfo propio. Siento disiparse por completo mis antiguos resentimientos con los hermanos del otro lado de los Andes, corro hácia Campel lleno de gratitud, le abrazo con sincero cariño i me prometo ser desde entónces el mas arjentino de los chilenos.

En ese instante el señor Edwards, que forma parte de la comitiva, recibe un nuevo cablegrama de Valparaiso, enviado por don Alfredo Edwards, en el que se confirma la noticia del triunfo. Ya no hai lugar a la menor duda: es cierto que ha caido el Dictador.

Muchos de los balmacedistas residentes en Lima vagan por las calles un tanto mústios, aun

cuando su orgullo les obliga a dominar sus emociones.

No tardo en encontrar a mi amigo el coronel i le saludo con la mas discreta correccion; pero el incrédulo niega la exactitud de las noticias i se imajina que todo ese bullicio no pasa de ser alguna farsa, por el jénero de las que inventa el Ministro Vicuña, echada a correr por nosotros con algun propósito determinado. Trato de persuadirle de su error; pero él, empecinado como siempre, me repite la frase que parece estereotipada en su cerebro:—¡Es imposible! ¡El viejo ejército de Chile no podrá ser vencido!—El Ministro Vicuña no se muestra tan incrédulo como el coronel: tengo el gusto de encontrarle en uno de los portales i me detiene deseoso de conocer de boca de uno de sus adversarios las alarmantes noticias. Le refiero lo que se dice.

—No creo en la estension de la derrota, me contesta con helada sonrisa; probablemente han obtenido ustedes un triunfo parcial; pero de ninguna manera una victoria decisiva. Voi a palacio i ahí sabré la verdad de lo ocurrido, que comunicaré a usted.

El señor Vicuña, cuyo rostro es jeneralmente pálido, va lívido en esos momentos; sus labios están blancos i un lijero temblor nervioso le ajita.

En palacio sabe toda la verdad, como él lo es-

peraba: el cónsul peruano en Valparaiso, señor Ramos, acaba de comunicar a su Gobierno la derrota completa del ejército del Dictador i la toma de Valparaiso.

Pocos dias despues el señor Vicuña entrega al verdadero Ministro de Chile en Lima, señor Vial Solar, el archivo completo de la Legacion balmacedista, mui bien arreglado i sin que falte uno solo de los documentos mas importantes de la época histórica de la Dictadura, hecho que todos estimamos honroso para el señor Vicuña, pues no ha tratado de ocultar nada, ni de escusar la responsabilidad que le afectara en estos sucesos.

Para que no quede la menor duda en el ánimo de los mas recalcitrantes respecto al triunfo obtenido por el ejército constitucional, se anuncia el pronto arribo al Callao de la contra-torpedera *Lynch*, mandada por Moraga. El barco de la escuadrilla de Balmaceda, que quedó fuera de la bahía de Valparaiso cuando los vencedores llegaron a los alrededores de esa ciudad, viene a ponerse a las órdenes del Ministro de Chile en el Perú.

Mucha curiosidad despierta el arribo de la *Lynch:* peruanos, estranjeros i chilenos visitan la pequeña nave que durante algunos meses recorrió la costa, tomando parte tan principal en el trájico suceso de Caldera. La *Lynch* está mui deteriorada i su desmoralizada tripulacion, que

reclama el ajuste de sus cuentas, termina la campaña con el saqueo del comedor i de los camarotes. La tripulacion muéstrase mui indignada contra Moraga; pero éste ha sabido ponerse a cubierto de su cólera con su reconocida habilidad en esta clase de aventuras.

Moraga se pasea por las calles de Lima en compañía de varios oficiales de la *Lynch*. En verdad, no son muchos los balmacedistas que le acompañan i no he visto a su lado uno solo de los que tienen alguna importancia personal, como si hasta ellos mismos sintieran repugnancia en ostentarse en público con el que destruyó uno de los buques mas poderosos de la escuadra chilena. Moraga viste un largo paltó de paño azul con cuello i bocamangas de nutria, i su aire de calavera derrotado fija la atencion de los curiosos peruanos. Tiene la aparente tranquilidad de un tahur, que despues de haber perdido su fortuna, se levantara de la mesa sonriente i despreciativo. ¿Que tiene él que perder? Durante cuatro meses ha hecho un papel ruidoso, recojiendo buenas propinas; pero jugó a la sota el porvenir de Chile i el suyo, i salió el rei. Esto le ha pasado muchas veces. Mañana aparecerá en Méjico o en Buenos Aires haciendo el mismo juego i la misma vida, hasta que desaparezca de la escena del mundo por algun accidente trájico.

Gran parte de los tripulantes de la *Lynch* han abandonado el servicio del buque i buscan trabajo en las ciudades del Callao i Lima; pero no encuentran ocupacion alguna, como que hai en este pais una completa paralizacion industrial i mercantil. Ni uno solo ha logrado emplearse, i su falta absoluta de recursos les crea una situacion difícil en pais estranjero; muchos de ellos se han presentado a la Legacion solicitando ausilios de cualquier jénero i ser enviados a Chile en uno de los buques de guerra que partan próximamente del Callao. El señor Edwards ha puesto a las órdenes de la Legacion algunos fondos con este objeto i se les ha prometido la repatriacion.

La profecía del señor Vial Solar se ha cumplido con el mismo o mayor acierto que las profecías bíblicas: el *Mapocho* no saldrá del Callao sino para conducir a Valparaiso a los desterrados de la Dictadura. El famoso vapor ha entrado al dique a limpiar sus fondos, i en pocos dias estará listo para emprender su viaje. Las personas que deben ir a su bordo hacen sus preparativos para regresar a la patria triunfante. El corazon palpita de alegría ante la idea de volver a ver a Chile salvado, i solo yo, enfermo todavía, contemplo contrariado estos trajines de marcha, pues el médico me ordena postergar mi viaje por dos semanas ¡Qué hacer! Me entretendré en Lima miran-

do las caras de los balmacedistas. No soi cruel; pero no puedo dejar de reir cuando álguien se da un porrazo: es una alegría tonta i de mal gusto; pero mui comun en la especie humana.

Las señoras Ross de Edwards i Mac-Clure de Edwards han tenido una idea que las enaltece i que es propia de tan nobles corazones: quieren que ántes de partir en direccion a la patria, demos gracias al Dios de los ejércitos por el triunfo obtenido. La campaña ha sido tan brillante, tan rápida, tan maravillosa, que no es estraño que Dios haya tomado parte en ella... Si en las horas desgraciadas de la vida el hombre eleva al cielo su conciencia, en los grandes triunfos de la justicia se esperimenta una misteriosa gratitud hácia álguien que influye en estos fallos supremos. Hai ciertamente una lei de equilibrio moral como hai otra de atraccion i de equilibrio material que mantiene el órden i la armonía del Universo.

Todos los diarios de Lima publican una invitacion a la misa solemne por los que murieron en la pasada guerra civil de Chile, firmada por los senadores señores Besa i Edwards i los diputados Vial Solar, Zorobabel Rodriguez i Vicente Grez. El espíritu de esta invitacion no puede ser mas jeneroso: «Rogamos a todos los chilenos i a nuestros amigos peruanos i estranjeros, etc., etc.»

Las exéquias celébranse con gran pompa en

el templo de la Recoleta en la mañana del 3 de setiembre, concurriendo algunos balmacedistas, muchos peruanos i estranjeros i una parte considerable de la distinguida sociedad femenina de Lima.

Dos o tres dias despues el *Mapocho* se hace a la mar en viaje directo a Valparaiso, conduciendo a su bordo a las distinguidas señoras i caballeros a quienes la Dictadura obligó a abandonar la patria.





XLIII

Al fin, digo adios a Lima, a esta ciudad amable i simpática que conserva como ninguna otra su fisonomía de la colonia, ciudad mundana i mística a la vez, de hogueras, de jolgorios i de revoluciones.

Mirando el estrecho valle por una ventana del wagon que me conduce al Callao, digo adios al viejo Rimac, rival vencido del Mapocho hoi canalizado, i saludo con reverencia a los últimos gallinazos de aire doctoral, que inclinados filosóficamente sobre la tierra, devoran el fango i desprecian la verde yerba.

Todos los árboles i arbustos ostentan todavía el rocío de la noche; un cielo bajo i plomizo

mantiene en esta campiña un color húmedo i ardiente de conservatorio. Deseo llegar al mar, aspirar sus brisas frescas i contemplar su horizonte ilimitado.

El *Serena*, a cuyo bordo me embarco, no es con mucho el mejor de los vapores que surcan el Pacífico; pero aventaja en tamaño i en la suavidad de su marcha a ese par de viejos danzantes que se llaman el *Bolivia* i el *Coquimbo*, que ponen a prueba los mas fuertes estómagos.

Un vapor es un pequeño mundo flotante: la vida se ajita en su interior, i cierta intimidad de familia se establece entre sus moradores; todos gozan de las mismas escenas, saborean la misma comida i se agrupan para admirar los panoramas que la naturaleza nos ofrece en nuestra marcha. En esa frájil vivienda que se desliza sobre las aguas, corremos todos el mismo peligro, i este sentimiento es otro lazo de union i de cariño. El *Serena* presajia esta vez un viaje agradable, pues he visto, al pasar frente a los camarotes, mas de una silueta interesante: rostros de mujeres bonitas i de niños graciosos.

Viajamos con un mar tranquilo i tan en calma que ni una lijera ola ajita su tersa superficie. Las aguas, de un color de acero opaco, parecen duras i espesas i como que el vapor hace un esfuerzo al cortarlas.

Es curiosa la coleccion de seres humanos que a bordo de esta nave se han reunido: fija principalmente mi atencion un ingles jóven, comunicativo i risueño, que nada tiene de parecido con el tipo universal británico que se ve en todos los puertos de mar i en algunas novelas francesas. Es un ingles de lejítima procedencia, nacido en Lóndres; pero por cuyas venas corre sangre chilena, pues su abuela era una dama santiaguina que creó su mestiza estirpe en una de esas floridas mansiones del cerro Alegre de Valparaiso. Estas pocas gotas de sangre latina han hecho de él un ser atrayente, que se humaniza i no exije presentacion prévia para entenderse con los demas hombres. Viene a Chile por primera vez como empleado principal o socio de una gran casa de comercio de Valparaiso, i declara que los chilenos somos mas ingleses que españoles, pues no descendemos de Almagro ni de Valdivia, sino de Cochrane i de sus compañeros, i da como prueba que ante todo somos verdaderos marinos. Conoce de memoria nuestras campañas marítimas i las admira. El episodio inmortal de Iquique i la soberbia actitud de la escuadra el 7 de Enero, salvando la Constitucion i las leyes de la República, son hazañas verdaderamente inglesas. Chile, me dice con entusiasmo i creyendo dirijirme la mas fina galantería, es una colonia libre de la

grande i vieja Inglaterra. *Ah reigh!* y agrega con la espresion importante i grave de un ingles que entra al fondo de los negocios:—Durante la campaña, *The Times* se ha ocupado mas de Chile que de Gladstone i la Irlanda. Es, pues, objeto de vivo interes este ingles comunicativo que rie como un frances.

Pero el compañero de viaje con quien vivo en mas intimidad es el estimable escritor nicaragüense don Cárlos Selva, desterrado de su patria desde hace un año i a quien tuve el gusto de conocer en Lima. Selva viene a visitar nuestro pais i seguirá viaje a la Arjentina, al Uruguai, al Brasil i despues a Europa, haciendo de su destierro tarea de útiles estudios. Es un caballero modesto i de notable instruccion. El señor Selva es pariente del Presidente de Nicaragua, i la relacion que me hace de su prision es para mí de lo mas interesante, pues me parece escuchar la lectura de una pájina de la dictadura de Balmaceda. El mismo engaño, la misma felonía, la misma insidia.

Selva era propietario de un periódico que se publicaba en Managua, la segunda ciudad en importancia que posee Nicaragua, i en sus columnas combatia la política del Presidente, que habia hecho del Congreso una asamblea de paniaguados, que dilapidaba las rentas públicas, enviando

al destierro a los hombres mas distinguidos i rodeándose de los elementos sociales mas ruines i despreciables. La prensa habia enmudecido i solo el periódico de Selva se atrevia a decir la verdad con moderacion; pero hasta esta débil voz libre molestaba al tirano, que ordenó la clausura del diario i la prision del escritor.

La familia de Selva, alarmada con este atentado, puso en juego sus influencias con el Presidente, pidiendo la libertad del preso; pero el tirano la negó, asegurando que se habia visto obligado a reducir a prision al periodista con el objeto de salvarle de las furias del pueblo, que queria despedazarle por los ataques que dirijia al gobierno. Es de advertir que en Managua todo el mundo era opositor i aplaudia la conducta patriótica del escritor.

En la cárcel, Selva es encerrado en un calabozo i reducido a la mas estricta incomunicacion, i como la familia reclamara de esta inútil crueldad, el Presidente contestó que esas medidas las tomaba contra su voluntad i solo en obsequio de su pariente, temeroso de que los presos mismos lo despedacen al tener conocimiento de su conducta con el gobierno.

Hai en esta narracion toda la broma e ironía que Balmaceda i sus compinches gastaban con sus víctimas. Éstas i otras muchas historias que

Selva me refiere, manifiestan que los tiranos son los mismos en todos los paises i en todos los tiempos, desde el gran maestro Neron hasta el oscuro aprendiz de Nicaragua.

En el Callao se embarcaron en el *Serena* dos jóvenes cuyo reciente matrimonio habia sido mui celebrado en Lima. Ella es una peruana mui finita i pálida, i él un yankee sonrosado i feliz. Es interesante ver a esos enamorados i jóvenes esposos pasearse por la cubierta del vapor tomados de las manos i acariciarse con las miradas.

Van a pasar la luna de miel a Tocopilla, donde el esposo tiene un negocio importante. ¡Tocopilla! ¡Desierto de guano i de salitre! Pero ¿en qué sitio de la tierra no es feliz el hombre en esos momentos en que cree tener entre sus brazos al universo entero? En Tocopilla hai lo que mas desean los enamorados: desierto de agua i de cielo, con los que tan bien se entiende ese otro infinito del amor.

Pero los hombres de mundo que vienen en el vapor, miran con cierta burla a esa feliz pareja olvidada del porvenir, i no pueden ménos de recordar con ironía su propia historia. La luna de miel pasará, i la juventud tambien, i todo lo malo que esas dos almas ocultan surjirá un dia al menor choque, i los que hoi se adoran, talvez lleguen

a odiarse i a recordar estas deliciosas horas como un engaño, como una juvenil tontería, como algo inverosímil i ya perdido entre las brumas de una larga i desagradable union.

I como para probarnos que el amor es eterno, que se trasforma i se estiende, que pasa del esposo al hijo engrandecido, una hermosa viajera se pasea por la cubierta ostentando feliz un grupo de muchachos, que retozan alrededor suyo. El mas pequeño, de tres años de edad, va pendiente de su mano; sus piececitos son todavía mui débiles i no resistirian sin su apoyo la cimbra del vapor. La interesante madre, en todo el esplendor de la belleza i de la juventud, tiene para cada uno de sus niños una sonrisa, un cariño i una advertencia; tan pronto les besa como les reprende, orgullosa de ejercer autoridad sobre tan preciosos súbditos.

Las mujeres miran con envidia a esa jóven e interesante mamá, i yo tambien la admiro. Su hermoso rostro, lleno de nobleza i de bondad, me recuerda el de otra persona conocida, pero cuyo nombre he olvidado. Esa bella imájen la he visto yo otra vez; pero ¿en dónde? ¡Ah! ¡ya lo recuerdo!... Es la misma, la misma que ví reproducida en blanco mármol sobre una tumba del cementerio de Lima! ¡Qué estraña i hermosa semejanza existe entre estas dos mujeres! La

misma cabeza, la misma frente séria i pensativa, los mismos bellos ojos de espresion amante, los mismos labios bondadosos, el mismo seno demasiado provocativo para una muerta!... ¿Cómo ha podido efectuarse, ántes del juicio final, el fenómeno de esta resurreccion? ¿Será esta misma la muerta que se representa en aquel mármol, o acaso aquella mujer no murió nunca, i es una historia misteriosa i terrible, como la de Julieta, la que he venido a sorprender a bordo del *Serena?*

Mas de una vez intento acercarme a la desconocida dama; pero ¿con qué pretesto? Su bondad me atrae, pero su belleza i majestad me imponen cierta consideracion respetuosa que no sé cómo vencer. Tomo dulcemente de la mano a uno de sus niños, i lo acaricio talvez de una manera estúpida, pues ella frunce el ceño i sonrie como debia sonreir la estátua al ver hacer alguna tontería a los mortales.

Me alejo avergonzado i con miedo. ¿Soi presa de una ilusion, o efectivamente hai en esa mujer algo de misterioso i sobrenatural?

Las sombras de la noche descienden, i el mar principia a conmoverse; me afirmo a las barandas del vapor, en medio de un grupo de pasajeros, entre los que se encuentra el capitan.

—¿Sabe usted, quién es aquella dama? le pregunto en voz baja.

—Sí i nó... me responde fijando en mí una mirada socarrona.

—¿Quién es?

—¿No la vió usted en Lima?

—Sí la ví... Entónces ¿es la misma?

—¡La misma!

I al oir esta respuesta siento una especie de desvanecimiento que me hubiera hecho caer al mar si no me tomo fuertemente de la baranda.





XLIV

Paso la noche ajitado i nervioso, i solo al amanecer, cuando la luz del dia penetra por las rendijas de mi camarote, se disipan mis sueños supersticiosos. He resuelto aclarar con el capitan la historia de la dama misteriosa.

El *Serena* yace fondeado, i su suave balanceo provoca al sueño, al dulce i lijero sueño de la mañana; pero el bullicio de los pasajeros i la curiosidad de conocer el sitio donde nos encontramos, cuyo nombre he oido repetir varias veces, vencen mi pereza. Estamos en Caleta Buena, pequeña bahía situada entre Pisagua e Iquique, casi a igual distancia de cada uno de esos puertos.

Un espectáculo magnífico se presenta a mi vis-

ta: la pequeña bahía está cubierta de gaviotas que ajitan sus alas sobre las aguas i surcan el aire en espesas bandadas, cambiando constantemente de sitio con una volubilidad encantadora e inquieta. Son miles, centenares de miles, talvez millones. El mar i el cielo se ajitan en un contínuo aleteo, produciendo un rumor estraño que nace i se estiende por todas partes. Es de creer que hemos llegado al reino mismo de las gaviotas, de donde éstas salen para desparramarse por todos los mares. En el norte i en el sur del Pacífico he visto bandadas de gaviotas silenciosas i tristes; pero éstas son alegres i felices, como que parecen vivir en una eterna fiesta.

Caleta Buena es un nuevo e improvisado emporio del salitre; la ciudad, situada a los piés de elevadas montañas, es pequeña, blanca, alegre i fabril, como que ha sido creada para servir a las salitreras de Agua Santa, una de las mas importantes de la zona, situada en el límite de los departamentos de Pisagua i Tarapacá.

La produccion de esta sola oficina se eleva a cinco mil quintales diarios, que ántes se conducian a Caleta Buena en carretas tiradas por mulas, i ahora por un ferrocarril que desciende de las montañas al puerto por un plano inclinado en gradiente de 60 por ciento.

Este trabajo, mui semejante al de los ascenso-

res, es de una audacia que maravilla. Un motor poderoso, situado en la alta planicie, a 2,500 piés sobre el nivel del mar, permite el descenso de los carros que se deslizan sobre rieles, sostenidos por cables de alambre. A medida que bajan los carros cargados de salitre, otros suben repletos de carbon i de víveres. No hai carros de pasajeros, i éstos viajan instalados en una pequeña plataforma colocada detras de los carros. Desde el *Serena* veo el incesante bajar i subir de los trenes, admirando esta atrevida obra de injeniería. Los viajeros que por primera vez descienden i miran desde la cima de las montañas la espantosa pendiente i el abismo del mar, cierran los ojos i se entregan en brazos de la providencia i de los injenieros. Una vez se cortó el cable, i los carros, volando por el espacio, cayeron al mar pasando por sobre las casas del pueblo.

El capitan del *Serena* cree que su vapor estará fondeado dos dias en este puerto, pues tiene que desembarcar dos mil toneladas de rieles que trae para el ferrocarril de Agua Santa. Todos protestan de esta larga estadía, inútil en un sitio tan insignificante; pero yo gozo contemplando esta pequeña i laboriosa villa que surje a orillas del mar salitrero, i el enjambre de gaviotas que surcan el aire i las aguas es un espectáculo estraño i alegre que talvez no volveré a presenciar. La

bahía está repleta de peces que juegan sobre las aguas, sacan al sol su cabecita i menean la alegre cola, miéntras las gaviotas en acecho descienden como flechas i se remontan al cielo con su presa palpitante. El golpe es fijo i certero i ni una sola se chasquea. Las gaviotas, gordas como abadesas, viven así en un festin interminable. A veces me indigna el espectáculo de esta atroz carnicería i la imbecilidad de los peces que no toman medida alguna defensiva. Mi amigo Selva rie de mi indignacion, i cuando despues en la mesa sirven el pescado, me dice que voi a hacer lo de las gaviotas i con ménos trabajo que ellas; pero yo me resigno a esta lei brutal de devorarnos los unos a los otros, i como sin escrúpulo el sabroso pez, que al fin no he sido yo quien le ha dado la muerte.





XLV

Otro espectáculo triste, que llena de pena el corazon, es el que ofrece una pobre madre con su hija enferma. Por las mañanas i por las tardes tranquilas, cuando el vapor está anclado o su marcha es suave, vése a la jóven enferma sentada en su silla de brazos, al lado de la inquieta madre que espía sus menores movimientos. Madre e hija son chilenas, pertenecen a una familia distinguida de la Serena i se dirijen a Copiapó, cuyo clima, especialmente el de Chañarcillo, recomiendan para la tísis.

La madre cree que su hija sanará en ese clima seco; pero la jóven parece dominada por el presentimiento de su muerte. En su tez pálida aparecen

a la menor impresion las manchas sonrosadas de la tísis, i sus ojos brillantes i soñadores se fijan en un punto del cielo como queriendo penetrar su misterio i conocer ántes de tiempo ese mas allá que luego será su morada.

Estos éxtasis en que la enferma se sumerje a cada momento, alarman a la madre, que trata de distraerla con aparente i forzada alegría. Se conoce, en el esfuerzo que la pobre madre hace para respirar, en los movimientos nerviosos i exasperados de su cabeza i de sus brazos, en el brillo húmedo de sus ojos, que trata de dominar un gran dolor pronto a estallar en sollozos. I ella, la hermosa enferma, nota al parecer estas emociones maternales, abre sus grandes ojos recelosos i luego sonrie con esa tristeza i dulzura de las almas puras que van a volar al cielo.

Una tarde en que varios amigos estamos silenciosos a su lado, preocupados profundamente de ese próximo inevitable fin, aunque al parecer entretenidos en mirar a las gaviotas que descienden de cabeza al mar i se remontan con su presa, ella, despues de observar que su madre no está con nosotros, dice sonriendo:

—Cuándo vendrá por mí la gaviota negra que me ha de llevar!

I añade mirando sus blancas manos descarnadas:

—Todavía estoi mui pesada, tengo que enflaquecer un poco mas.

Mi amigo N., que peleó en Pozo Almonte, me dice al oido:

—Prefiero encontrarme mil veces en un campo de batalla a presenciar estas escenas. I se retira discretamente.

En ese momento pasa cerca de nosotros la misteriosa dama cuya terrible semejanza con la estátua de mármol tanto me ha preocupado.

—Qué interesante! dice la enferma, siguiéndola con su mirada; i tan sanita! Ella no morirá jóven como su hermana.

—Ah! esclamo yo con el asombro del que descubre un grande i misterioso secreto, es hermana, hermana de una muerta...

Todos rien de mi estraña i tonta ocurrencia.

—Las dos tan hermosas i tan parecidas, continúa la enferma, como que eran jemelas. Cuando murió la otra, su marido la hizo hacer un retrato i sirvió de modelo María, la hermana viva, que es la que viene aquí.

Entónces yo esplico la sorpresa, el misterioso temor i el asombro que me produjo la presencia de esa hermosa mujer. Mi impresion habia sido tan profunda que ahora mismo dudo si será o nó la muerta la que viene en el vapor...

—Oh! no diga usted eso, dijo la enfermita, abriendo sus ojos con ansiedad; me da miedo.

Luego circuló por el vapor la estraña historia, i entónces era yo el objeto de la mas viva curiosidad. No faltó quién me creyera un demente. Ella misma quiso conocerme, i cuando ví de cerca sus ojos celestiales i oí su voz que me parecia haberla escuchado muchas veces en la intimidad, parece que no estaba mui equivocado el que me juzgó demente.

Un dia le dijo Selva que yo iba a escribir este viaje, i como ella sabia que venia solo de Lima, echó a reir con tanta sinceridad, que desistí en el acto de mi proyecto.

Desde entónces me habla siempre de viajes: del centro del África i de sus grandes desolaciones; de la India misteriosa i de sus relijiones; de los mares petrificados i siniestros; de las tierras frias donde el hombre vive cubierto de pieles en sucias guaridas; de los paises montañosos i las inmensas i monótonas pampas fértiles de la América Meridional. Me habla de estas cosas con una ironía de formas inocentes, pero cuyo fondo yo comprendo mui bien. Ella ha visto muchos de esos paises i yo nó, i sin embargo voi a escribir un libro de viajes. Su burla crece a medida que nos intimidamos i que el vapor se acerca a Valparaiso. Una tarde que yo me agrego a un

corrillo donde ella domina, me recibe con esta frase:

—¿Qué dice el amigo Stanley? ya ha descrito la pajarera de Caleta Buena?

I fija en mí su pupila risueña i picante.

Me arde un poco la frase i su intencion i hubiera querido castigarla mordiendo sus labios crueles; pero me aplaca su mirada bondadosa que parece decirme: "no hai intencion alguna malévola en lo que he dicho, todo es pura broma."

I esta pequeña lucha me interesa como si se tratara de una pasion. Si el viaje fuera mas largo, quién sabe si renaceria otra vez la eterna ilusion! Pero todo eso ha pasado para siempre. Que libre i fuerte me siento por no jemir bajo su yugo, aunque a veces ¡cuán melancólico!





XLVI

Llegamos a la hermosa bahía de Coquimbo, i el *Serena*, despues de pasar majestuoso frente a la ciudad de su nombre, fondea en el centro de la abrigada rada. Suaves ondas mueven apénas la superficie de las aguas, que mas parecen las de un lago que las del inmenso i grande océano. El cielo está de un azul purísimo, i la Serena destaca sus torres blancas de entre las verdes arboledas de sus huertos. Por el camino que bordea el mar se ven venir en direccion a Coquimbo algunos carruajes que se deslizan veloces, a veces se ocultan entre las rocas i los grupos de árboles i luego reaparecen en el llano.

Desembarco en compañía de muchos pasaje-

ros i juntos recorremos las calles de la pequeña i limpia ciudad. Los dictatoriales se han ido! El poderoso ejército que resguardaba esta provincia, se ha rendido sin combatir al tener conocimiento de las derrotas de Concon i de la Placilla, i la brillante caballería que avanzaba a marchas forzadas en direccion a Viña del Mar, se ha quedado a la mitad del camino.

Pregunto con interes por el acróbata i capitan de puerto que tanta hilaridad produjo en los viajeros del *Coquimbo*, i me dicen que al saber la caida de Balmaceda, dió un salto mortal i desapareció.

No sé qué de estraño tiene la fisonomía de este pueblo que ayer se ostentaba tan marcial: las calles se ven casi desiertas, pues mucha jente ha huido o se ha ocultado; los cuarteles parecen conventos, i en los cafetines sin jente quedan las últimas provisiones que la soldadesca no alcanzó a consumir. Se ven grupos de militares, en trajes de paisanos, que charlan en silencio como si despidieran un duelo, i las mujeres de vida alegre que por ahí pasan les miran sonriendo, con una espresion que nada tiene de provocativo sino de burlesco. Parece que la ciudad hubiera cambiado de súbito el brillante disfraz que usó algunos meses, volviendo a vestir su traje honesto de los dias de trabajo.

El tren que viene de la Serena penetra en la ciudad, i la locomotora anuncia su llegada con agudos silbos. No tenemos el gusto de ver descender a los viajeros, entre los que vienen muchos oficiales del ejército de Balmaceda i sus familias; nos hallamos algo distante de la estacion.

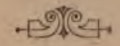
Nos dirijimos al vapor, pues es la hora de la comida, i en tierra no hemos visto un solo café que nos inspire confianza. En el muelle compro algunos ramos de flores, de esas elegantes flores de Chile, de colores distinguidos i de aristocrático aroma. Me asombran los bellos claveles del tamaño de una rosa.

En la noche el vapor es asaltado por una verdadera multitud. Son oficiales del ejército dictatorial i sus familias que se dirijen a Valparaiso; los camarotes desocupados no bastan a contenerlos, i hai necesidad de volver a trasformar el comedor en dormitorio.

Los hombres, al notar que son objeto de la curiosidad de los pasajeros, aparentan indiferencia por los últimos sucesos: pasean en grupo por la cubierta superior del vapor, con aire orgulloso i militar, como si todavía arrastraran la espada que pusieron a las órdenes de Balmaceda. Muchos pertenecen al ejército improvisado, i unos fueron incorporados con el grado de capitan, otros con el

de sarjento mayor i otros todavía con el de teniente coronel. En seis meses, i sin pelear con nadie, hicieron una carrera que para los antiguos oficiales del ejército fué de muchos años i de muchas i gloriosas batallas.

Como si todavía el porvenir les perteneciera i aplastaran a Chile con sus botas, forman en el comedor alegre algazara i liban copas a la salud de los vencidos. I miéntras ellos derrochan indiferentes los últimos dineros de la dictadura, vése en los camarotes a sus esposas abatidas, pensando en el triste dia de mañana. Algunas son hermosas i visten de luto, talvez por su situacion o haber perdido algun deudo en las recientes batallas. Al lado de estas mujeres, que inspiran profunda simpatía, se agrupan niños silenciosos, como si comprendieran que algo se ha desplomado sobre sus cabecitas. En un estremo oscuro del vapor veo un grupo de señoras, que conversan i lloran en silencio... ¡Oh, la guerra, la infame i brutal guerra, me digo con pena, no se contenta con hacer sus víctimas en los campos de batalla sino que tambien las hace en el fondo de los hogares, i éstas son las mas infelices!





XLVII

Pronto el *Serena* fondeará en Valparaiso. El mar está mui ajitado: olas negras i espesas azotan el barco i parece que dificultan su marcha, aunque un fuerte norte nos empuja. Las járcias crujen con estrépito, como si el buque riera de contento porque va a llegar al término de su viaje.

Los pasajeros, agrupados en la cubierta, observan con curiosidad la costa i señalan los sitios que han sido teatro de las recientes batallas.—¡Ahí está Quinteros! esclaman. - Ese, ese es Concon!—Ahí desemboca el Aconcagua, que el ejército del norte atravesó con sus fusiles en alto, recibiendo impasible el fuego que los dictatoriales

le dirijian desde las alturas vecinas. Los mas débiles eran arrastrados por las aguas, miéntras otros caian heridos de muerte; i el ejército avanzaba, avanzaba sereno. Otros, provistos de grandes anteojos, señalan los campos de la Placilla i describen la situacion de los ejércitos i la batalla misma, como si todavía se peleara...

Dos grandes vapores marchan en direccion al norte, i algunos barcos a la vela danzan sobre las olas, sin atreverse a entrar al puerto. Se conoce que estamos a las puertas de una gran ciudad marítima.

—¡Viña del Mar!

I de entre frondosas arboledas se destacan los elegantes chalet de esa mansion de verano. Se ven los jardines que trepan los cerros, i una que otra torre blanca, que se alza sobre el follaje verde. De improviso una ola mas vigorosa que las demas levanta el vapor i me parece divisar hasta el fondo del valle.

Penetramos en la bahía que los españoles, mas bien por su clima que por su belleza, denominaron del Paraiso, i un espectáculo curioso e imponente se presenta a mi vista: es toda una escuadra inmensa que danza sobre las aguas. ¡Qué fiesta mas orijinal! Buques mercantes de todos tamaños i colores, venidos de todos los puertos del mundo, pesados navíos de guerra que ostentan el

pabellon de las grandes potencias, todos se entregan a un baile cadencioso i loco. El mar ruje, llora i se lamenta como si lo atormentaran antiguos recuerdos, i los buques se cimbran inquietos sobre su indignada superficie.

La ciudad, edificada sobre los cerros que rodean la bahía i la angosta faja de tierra que se estiende entre éstos i el mar, contribuye con su orijinalidad a dar estraña vida al espectáculo. Aquel cerro cubierto de casas, construidas con el mayor desórden, unas sobre otras, la de mas allá sobre una pendiente, la otra sobre un abismo, sobre una alta empalizada, sobre un derrumbe, parece haber sido despedazado por un terremoto i que las casas no hubieran alcanzado a caer, deteniéndose cuando ya venian rodando, unas con sus fachadas hácia el sur, otras al norte o al oriente. La vista se fatiga en los detalles i contrastes de colores de que están pintadas las viviendas.

I al lado de este barrio orijinal, que parece haber sido construido en ruinas, se alzan otros ordenados i elegantes, de lindas casitas en forma de chalet, i cuyas calles bordeadas de jardines han sido delineadas con cuidado. A ese barrio se sube por un ascensor, i al otro por una calzada especial, con barandas de fierro que sirven de apoyo i de seguridad. A cada paso hai aquí una

sorpresa: ya es una pequeña plaza decorada por una iglesia de alta torre, un pretil que impide el derrumbe de un cerro, una calle que se divide en diez, un barranco rodeado de reja i cubierto de hiedra, centenares de escaleras de piedras que suben a la derecha, a la izquierda a todos lados, i a medida que se asciende se domina el mar, el inmenso mar Pacífico, casi siempre alborotado e inquieto, i los suntuosos barrios comerciales de la ciudad baja. I cuando ya el viajero fatigado cree haber llegado al fin de su escursion, todavía divisa mas allá un pequeño barrio construido en una ámplia i elevada meseta, i mas abajo un caserío en el fondo de un abismo...

—Vea usted, me dice Selva, pasándome su anteojo; ahí, en aquel sitio, se ve una casa de diezisiete pisos.

En efecto, es una série de casas construidas unas en pos de otras, que hacen la ilusion de una sola. La primera tiene tres pisos, la segunda tambien, la tercera dos i así hasta llegar casi a la cumbre de la montaña. Es un barrio construido en forma de escalera; pero visto de otro lado, el efecto desaparece, i las casas se ven aisladas, formando parte de otros grupos.

—¡Qué ciudad mas orijinal! me dice Selva; es fea i hermosa a la vez.

Yo no participo de esa opinion, pues Valpa-

raiso me parece una ciudad encantadora i fantástica. Habrá en el mundo muchas otras mas bellas, populosas i ricas; pero ésta es la verdadera entrada a la patria, i se quiere todo lo que en ella se ve! ¡Qué suave i puro es el aire! ¡Qué espíritu tan varonil i guerrero el de este pueblo mercantil! ¡Qué aroma tan delicioso emana de estas montañas! I miéntras así pienso, el vapor se cimbra imitando la danza de los demas. Son los enanos de la fábula que bailan al compas del violin encantado.

Los pasajeros, apiñados sobre la cubierta, con sus equipajes prontos, esperan impacientes que calme el temporal para poder desembarcar. Los dueños de botes que han escalado el vapor i que circulan por la cubierta, dicen que eso no es nada i que se puede desembarcar sin el menor peligro; pero, como para desmentir a sus patrones, las pequeñas embarcaciones se alejan, miéntras otras llegan, pues les es difícil mantenerse cerca del vapor, contra el cual chocan. ¡Qué recibimiento tan poco cortes nos ha hecho este viejo gruñon que se llama el océano!

Venciendo el ímpetu de las olas, llega hasta el *Serena* un pequeño vapor que conduce a varios empleados de la capitanía de puerto, encargados de practicar la visita de ordenanza. Uno de ellos me reconoce i me invita a embarcarme en su se-

gura nave, i yo acepto el amable ofrecimiento. No quiero despedirme de nadie; despues veré en tierra a las personas que estimo; me parece de mal agüero este adios de despedida en medio de un temporal. Pero cuando ya estoi instalado en el pequeño vapor, miro a la cubierta del *Serena* i veo a mis amigos que me saludan. Una impresion estraña esperimento al notar a María entre las personas que se quedan. Viste una bata ámplia, de largos pliegues, del color de un mármol amarillento, i de su fisonomía solo diviso el perfil pálido. ¡Dios mio! ¡Qué semejante está en su actitud a la estátua de mármol que tanto me ha desvelado! Pero la estátua me ve i se anima, ráfaga de despecho pasa por su pálido semblante i lo ilumina; talvez se indigna porque me marcho sin despedirme. Avanza, entre el grupo de viajeros, hasta el borde de la cubierta, i afirmada en la baranda, con la cabeza saliente hácia el mar, me grita con su burlon acento:

—¡Adios, Stanley!

